
DANIEL BERTAUX

LOS RELATOS DE VIDA

Perspectiva etnosociológica

Aunque la utilización de relatos de vida se haya desarrollado de manera considerable en las últimas dos décadas, muchos sociólogos se plantean aún no pocos interrogantes acerca de esta «técnica». Por ejemplo, ¿qué es exactamente un relato de vida? ¿Tiene que abarcar toda la vida y todos los ámbitos de la existencia? ¿Cuáles son las diferencias entre relato de vida y autobiografía? ¿En qué se distingue un relato de vida y una simple entrevista? ¿Puede uno fiarse de lo que dicen los sujetos? ¿Es un relato de vida algo más que una reconstrucción subjetiva de la experiencia vivida? ¿Hay técnicas específicas de análisis de los relatos de vida? ¿Cómo pasar del contenido de los relatos de vida a la comprensión sociológica de un fenómeno social?

El objetivo de la perspectiva etnosociológica es estudiar un fragmento particular de la realidad social-histórica, un objeto social; comprender cómo funciona y cómo se transforma, haciendo hincapié en las configuraciones de las relaciones sociales, los mecanismos, los procesos, la lógica de acción que le caracteriza.

Daniel Beriaux, sociólogo francés, es miembro de la corriente de grandes maestros de la sociología francesa: Mauss, Durkheim, Bourdieu, Boudon, Touraine, etc. Daniel Castel, fue pionero en el uso de los relatos de vida, del cual es un especialista reconocido internacionalmente. Ha utilizado los relatos de vida en numerosas investigaciones sobre la panadería artesanal en Francia, sobre la generación política de 1968, sobre la pobreza en siete países europeos, sobre las trayectorias de vida de los rusos durante los años soviéticos. También es cofundador y presidente (2002-2006) de la Asociación francesa de Sociología.

Diseño de la cubierta: Joaquín Monclús

Traducido por: Godofredo González

Título original: *Les récits de vie*

© Nathan-Université, 1997

© Edicions Bellaterra, S.L., 2005
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 84-7290-296-X
Depósito Legal: B. 37.916-2005

Impreso por Hurope, S.L., Lima, 3 bis. 08030 Barcelona

Índice

Introducción, 9

1. La perspectiva etnosociológica, 15
Cuestiones epistemológicas, 15 • Los objetos de estudio de la investigación etnosociológica, 17 • Las técnicas de la investigación etnosociológica, 20 • Estatuto y funciones de los datos empíricos, 23 • Cuestiones de muestreo, 26 • El estatuto de las hipótesis, 30 • La generalización de los resultados, 32 • El tropismo del sociólogo hacia lo general, 34
2. Acerca del relato de vida, 35
Conceptos del relato de vida, 35 • Ámbitos de existencia, 41
3. Tres funciones de los relatos de vida, 51
La función de exploración, 52 • La función analítica, 53 • La función expresiva, 55
4. La obtención de relatos de vida, 57
Verdaderas y falsas dificultades, 57 • La apertura de un campo, 58 • La concertación de la entrevista, 62 • La preparación de la entrevista, 64 • El desarrollo de la entrevista, 65
5. El análisis de un relato de vida, 73
Introducción, 73 • ¿Retranscribir?, 74 • Hallar la estructura diacrónica de la historia reconstruida, 76 • Reconstruir la evolución de la composición de los grupos de cohabitación, 87 • El análisis comprensivo,

90 • Intento de clasificación de los niveles de significado, 95 • Otras técnicas de análisis de los relatos de vida, 99

6. El análisis comparativo, 103

El espíritu comparativo, 103 • Recurrencias en los itinerarios, 105 • La construcción de hipótesis y de conceptos sociológicos, 110

7. Formato y redacción, 117

La consolidación del modelo, 117 • El planteamiento del informe, 119 • La publicación de relatos de vida, 124

Conclusión, 131

Bibliografía, 135

Introducción

La expresión «relato de vida» se introdujo en Francia hace un par de décadas (Bertaux, 1976). Hasta entonces el término consagrado en las ciencias sociales era el de «historia de vida», traducción literal del inglés *life history*; pero este término tenía el inconveniente de no distinguir entre la *historia* vivida por una persona y el *relato* que ella podría hacer de esa historia a petición de un investigador, en un momento determinado de su historia. Esta distinción es esencial. Además, los debates contemporáneos que oponen a «realistas» y «antirrealistas» se basan precisamente en esa distinción, ya que los primeros —entre los que nos encontramos— afirman que el relato de vida es una descripción aproximada de la historia realmente vivida (tanto objetiva como subjetivamente), mientras que los segundos sostienen que la relación entre relato e historia es incierta, e incluso que la expresión misma de historia «realmente vivida» no tiene sentido. Insistiremos sobre esto.

En las ciencias sociales, el relato de vida es el resultado de una forma peculiar de entrevista, la entrevista narrativa, en la que un investigador (que puede ser un estudiante) pide a una persona, llamada a continuación «sujeto», que le cuente toda o parte de su experiencia vivida.

Aunque la utilización de relatos de vida se haya desarrollado de manera considerable después de dos décadas (por lo que se refiere a los trabajos en lengua francesa, véase Heinritz y Rammstedt, 1991), muchos sociólogos se plantean aún no pocos interrogantes acerca de esta «técnica». Por ejemplo, ¿qué es exactamente un relato de vida? ¿Tiene que ser completo? ¿Tiene que abarcar toda la vida y todos los

ámbitos de la existencia? ¿Cuáles son las diferencias entre relato de vida y autobiografía? ¿En qué se distingue un relato de vida y una simple entrevista? ¿Puede uno fiarse de lo que dicen los sujetos? ¿Es un relato de vida algo más que una reconstrucción subjetiva de la experiencia vivida? ¿Comporta en sí mismo algún contenido objetivo? ¿Qué valor tienen las descripciones de contextos sociales llevadas a cabo por los sujetos? O también, ¿son extrapolables las técnicas que se usan para analizar las entrevistas a los relatos de vida? ¿Hay técnicas específicas de análisis de los relatos de vida? ¿Cómo pasar del contenido de los relatos de vida a la comprensión sociológica de un fenómeno social? ¿Cuánto material hay que recopilar para llegar a conclusiones que se puedan generalizar? ¿Sobre qué tipo de fenómeno social? Y por fin, ¿hay que conservar en fase de publicación, y cómo, lo que parece ser la esencia específica del relato de vida, la impresión de autenticidad que emana de cualquier testimonio sobre la experiencia vivencial? ¿Cómo compaginar esta cualidad, que da la impresión de pertenecer a la estética literaria y/o a una ética humanista, con la intención necesariamente cognitiva y objetivista de la investigación en las ciencias sociales?

Estas preguntas parecen sencillas; sin embargo, cada una de ellas ha dado lugar a complejos debates. La diversidad de las respuestas que se han dado es una consecuencia de la diversidad de los puntos de vista teóricos y epistemológicos fundamentales. En el transcurso de la redacción del manuscrito nos ha parecido que la exposición de esta diversidad sobrepasaba con creces el marco de esta obra. Por lo tanto, no hemos tenido más remedio que limitarnos a una orientación precisa: la *perspectiva etnosociológica*. La conocemos muy bien por haberla utilizado en muchas investigaciones empíricas.

Esta perspectiva es decididamente objetivista, en el sentido de que su finalidad no es tomar desde el interior los esquemas de representación o el sistema de valores de una persona aislada, ni siquiera de un grupo social, sino estudiar un fragmento particular de la realidad social-histórica, un *objeto* social; comprender cómo funciona y cómo se transforma, haciendo hincapié en las configuraciones de las relaciones sociales, los mecanismos, los procesos, la lógica de acción que le caracteriza. Bajo este punto de vista, el recurso a los relatos de vida

no excluye en absoluto el recurso a otras fuentes, como estadísticas, textos reglamentarios, entrevistas con informadores situados en una posición «central» u observación directa de los comportamientos.

Precisaremos a lo largo del texto qué hay que entender por «fragmento particular de la realidad socialhistórica». Señalemos aquí solamente que las sociedades contemporáneas se caracterizan por una enorme diferenciación y especialización de sus sectores de actividad: cada sector utiliza sus propios modos de funcionamiento, su división del trabajo y sus formas de relación social de producción, sus mercados internos, sus normas, su lenguaje específico, los conocimientos y la capacidad necesaria para ejercer una actividad en ese marco, sus valores y conflictos de valores, sus creencias, sus apuestas y las «reglas» de esas apuestas, en una palabra, su propia subcultura. La perspectiva etnosociológica toma nota de esta fragmentación: de hecho consiste en concentrar el estudio sobre tal o cual *mundo social* centrado en una actividad específica o en tal o cual *categoría de situación* que agrupa el conjunto de personas que se hallan en una determinada situación social.

El recurso a los relatos de vida enriquece de manera considerable esta perspectiva proporcionándole en concreto lo que le falta a la observación directa, concentrada demasiado exclusivamente en las interacciones cara a cara: una dimensión *diacrónica* que permite captar la lógica de la acción en su desarrollo biográfico, y la configuración de las relaciones sociales en su desarrollo histórico (reproducción y dinámica de transformación). Por el contrario, la perspectiva etnosociológica lleva a orientar los relatos de vida hacia la forma de *relatos de prácticas en situación*, en los que prevalece la idea de que a través de los usos se pueden comenzar a comprender los *contextos sociales* en cuyo seno han nacido y a los que contribuyen a reproducir o a transformar.

Los fenómenos ideológicos y culturales colectivos (valores, creencias, representaciones, proyectos, es decir, la semántica colectiva de la vida social) también forman parte de la realidad objetiva; sin embargo, en la perspectiva que hemos elegido, su estudio no es un objetivo prioritario, ya que la prioridad recae en el estudio de las relaciones y los procesos sociales *estructurales*. Para llegar a estos últimos es necesario centrar la atención en las prácticas *recurrentes*. Es cierto que el esfuerzo de comprensión de las prácticas puede llevar a

interesarse por el nivel semántico de las creencias, representaciones, valores y proyectos que, uniéndose a las situaciones objetivas, inspiran la lógica de acción de los actores; sin embargo, a la inversa de otras orientaciones teóricas, que se mantienen a ese «nivel» sin tener en cuenta las condiciones materiales y sociales en las que se hallan los actores, la perspectiva etnosociológica trata de ir más allá en su afán de captar ciertas relaciones y procesos sociales estructurales, según el principio de que *la existencia es anterior a la conciencia*; lo cual no obsta para que la conciencia pueda examinar retrospectivamente la existencia mediante los actos.

El plan de la obra responde a las diversas tareas de una investigación que se basa en los relatos de vida.

Comenzaremos por señalar las principales características de la perspectiva etnosociológica y a desarrollar sobre todo las respuestas que ofrece a las cuestiones que se plantean a cualquier forma de investigación: las cuestiones del estatuto de los datos, del estatuto de las hipótesis, de la determinación de su admisibilidad (más bien que de su verificación) y de la generalización de los resultados. Se precisarán igualmente los tipos de objetos sociales que mejor se prestan al recurso a los relatos de vida (cap. 1).

Se examinará después la naturaleza del relato de vida. Se pondrá de manifiesto su característica principal, la de constituir un intento de descripción de la estructura diacrónica del recorrido vivencial, característica que lo distingue radicalmente de las demás formas (no narrativas) de entrevista. Se propondrá un concepto específico del relato de vida: existe un relato de vida desde el momento en que hay una descripción en forma narrativa de un fragmento de la experiencia vivida. Por otra parte, la orientación (por parte del investigador) del relato de vida hacia la forma de «relato de prácticas en situación» ofrecerá la solución al problema del desarrollo de conocimientos sociológicos objetivos basados en testimonios subjetivos por naturaleza: se verá cómo una entrevista narrativa orientada a la reconstrucción de una serie de acontecimientos, de situaciones, de interacciones y de actos contiene necesariamente un buen número de informaciones generalmente exactas basadas en hechos. Se señalará después lo que el recurso a los relatos de vida puede aportar al conocimiento sociológico de los principales ámbitos sociales de la existencia (cap. 2).

Un breve capítulo explicará la distinción entre las tres grandes

funciones que pueden desempeñar los relatos de vida en una investigación etnosociológica: la función de exploración, donde los relatos de vida contribuyen a abrir un terreno; la función «explicativa» o analítica, donde ellos constituyen la principal técnica de investigación; y la función expresiva (cap. 3).

El capítulo 4 aborda las cuestiones de recogida de relatos de vida: entablar contacto con «sujetos» potenciales, establecer una relación de confianza, dirigir la entrevista narrativa.

Los capítulos 5 y 6 tratan del análisis de los relatos de vida. Se demostrará en primer lugar que el análisis de un relato de vida puede llevar a resultados objetivos (en cuanto independientes de la subjetividad del investigador). Se verá después que cualquier relato de vida contiene no pocos *indicios* sobre las relaciones y los procesos sociales que se trata de identificar y de comprender, y se propondrán ejemplos. Finalmente se ofrecerá una tipología original de las clases de realidad a las que se refieren los múltiples significados contenidos en cualquier relato de vida (cap. 5).

El capítulo siguiente estará consagrado a relacionar los indicios de un relato de vida con los de otro, y a la construcción progresiva por parte del investigador de un modelo plausible del objeto de estudio. Aquí procederemos a partir de ejemplos (cap. 6).

Un último capítulo examinará los problemas que supone redactar el informe de la investigación y la inserción de extractos de entrevista en el cuerpo del texto (cap. 7).

1. La perspectiva etnosociológica

Cuestiones epistemológicas

Nos parece indispensable recordar aquí en líneas generales la epistemología de la que depende la indagación etnosociológica, forma en la que está inserto el recurso a los relatos de vida tal como nosotros lo concebimos.¹

Mediante la expresión «perspectiva etnosociológica» designamos un tipo de investigación empírica basada en el trabajo de campo, inspirado en la tradición etnográfica para sus técnicas de observación, pero que construye sus objetivos por referencia a ciertas problemáticas sociológicas. De hecho, el sociólogo no puede contentarse, como hace el etnólogo, con describir un campo particular (una comunidad humana de dimensiones restringidas) y analizar su subcultura. A pesar del interés intrínseco de tales descripciones monográficas y sociológicas, tiene que tratar de pasar de lo particular a lo general, descubriendo dentro del campo observado formas sociales —relaciones sociales, mecanismos sociales, lógicas de actuación, lógicas sociales, procesos recurrentes— que se podrían presentar igualmente en múlti-

1. El artículo de Schwartz (1993) constituye hasta ahora el mayor esfuerzo para tratar de las cuestiones epistemológicas planteadas por la encuesta «etnográfica» de campo llevada a cabo en un marco sociológico. La obra de Lapassade titulada *Ethnosociologie* (1991) presenta de forma sucinta las principales orientaciones estadounidenses de la sociología cualitativa y después algunas investigaciones de campo efectuadas en Gran Bretaña sobre diversos aspectos del funcionamiento de establecimientos escolares. Sobre los etnólogos que estudian la sociedad francesa, véase Althabe, Fabre y Lenclud, 1992.

plos contextos similares. Esta tensión entre lo particular y lo general tiene su expresión en el término mismo de *etnosociología*. El prefijo «etno» remite aquí no a los fenómenos de etnicidad, sino a la coexistencia dentro de una misma sociedad de mundos sociales que desarrollan cada uno su propia subcultura (Laplantine, 1996).

Por lo demás, este término no es completamente satisfactorio, porque pasa por alto una dimensión constitutiva de fenómenos sociales, la dimensión histórica. C. Wright Mills decía que «la ciencia social trata de los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de las estructuras sociales» (Mills, 1967, cap. 8). Eso se puede interpretar como una invitación a los sociólogos a adoptar una perspectiva que sería etno-histórico-sociológica. La advertencia de que cualquier fenómeno social se halla inserto en el movimiento histórico general de transformación de las sociedades, y también de que la presencia de la dimensión temporal se halla inserta en todo fenómeno social, nos parece tanto más necesaria cuanto que muchos trabajos sociológicos hacen abstracción de ella.

El punto central de este capítulo es que una investigación etnosociológica no se halla en el mismo espacio epistemológico que aquel otro, mucho más familiar a los sociólogos, que se elabora partiendo de otra forma muy distinta de indagación, la encuesta mediante cuestionarios sobre una muestra representativa o encuesta «cuantitativa», que ha sido durante mucho tiempo la forma canónica de la indagación empírica en sociología. La finalidad es la misma: fomentar los conocimientos sociográficos y sociológicos; pero los caminos que conducen a ese fin son distintos porque cada uno tiene su lógica específica. Ahora bien, si la de la encuesta cuantitativa, la lógica hipotético-deductiva, es ya del dominio común y se enseña por doquier, aún no ocurre lo mismo en Francia por lo que respecta a las otras formas de indagación. Por eso se cae en la tentación de evaluarlas según los criterios de buena metodología elaborados para la encuesta cuantitativa, preguntándose si su muestra es realmente representativa, si sus datos son realmente objetivos, si las hipótesis de partida han sido bien verificadas...

Sin embargo, a nadie se le ocurriría aplicar los criterios propios de los trabajos de campo a una encuesta cuantitativa: ¿ha favorecido la observación de un fenómeno en profundidad? ¿Se ha adaptado la tabla de preguntas a la situación específica de cada entrevistado? ¿Ha permitido la encuesta descubrir algunos procesos y teorizarlos? Lo

absurdo de tales preguntas salta a la vista, pero las cuestiones simétricas no lo son tanto, salvo para los investigadores que ya están familiarizados con el trabajo de campo. Por eso tenemos que precisar no sólo a qué tipo de fenómenos sociales se aplica la perspectiva etnosociológica, sino también cuáles son los principales criterios de validez de las indagaciones hechas en esa perspectiva.

Los objetos de estudio de la investigación etnosociológica

Las sociedades contemporáneas están caracterizadas por un doble movimiento contradictorio de *homogeneización* y de *diferenciación*. La homogeneización es bien visible no sólo en los modos de consumo o los referentes culturales comunes, sino también, por ejemplo, en la tendencia a la extensión de los derechos sociales a toda la población (Casfel, 1995). Pero a la vez, los progresos de la diferenciación funcional terminan multiplicando los sectores de actividad o «mundos sociales» (Strauss, 1995, pp. 269-282) cada vez más numerosos y especializados. Este último fenómeno es el que Bourdieu trata de teorizar mediante el concepto de «campo», pero, como reconoce él mismo, ninguna teoría general de los campos sería capaz de predecir de antemano, más allá de ciertos principios universales, las formas que adoptarán tal o cual campo estructurando las actividades de un mundo social determinado. Cada uno de ellos exige un estudio empírico específico.

Por otra parte, la vida social engendra una variedad cada vez mayor de «categorías de situación» emergentes o socialmente reconocidas.

La perspectiva etnosociológica toma nota de esta diversidad y propone una forma de investigación empírica adaptada a la captación de la lógica propia de tal o cual mundo social, o de tal o cual categoría de situación.

Los mundos sociales

Un mundo social se construye en torno a un tipo de actividad específica. La panadería artesana, el transporte por barco, el taxi, el trans-

porte por carretera, la producción y venta de chalets, correos, ferrocarriles, la policía, la enseñanza primaria, el periodismo, la televisión, tal o cual aspecto del arte (la pintura, la literatura) son otros tantos ejemplos de mundos sociales centrados en una actividad *profesional*. Pero también hay ciertos mundos sociales que se desarrollan en torno a actividades no remuneradas, ya sean culturales, deportivas, asociativas, etcétera.

Dentro del macrocosmos que forma la sociedad global, los mundos sociales constituyen en cierto modo mesocosmos de los que cada uno está constituido por numerosos microcosmos: panaderías, escuelas primarias, comisarías de policía, oficinas de correos, consultorios de protección materna e infantil.

La hipótesis central de la perspectiva etnosociológica es que las lógicas que rigen el conjunto de un mundo social o mesocosmos se dan igualmente en cada uno de los microcosmos que lo componen: observando con atención uno solo, o mejor varios de estos microcosmos, y por poco que se logre identificar las lógicas de acción, los mecanismos sociales, los procesos de reproducción y de transformación, se deberían poder captar al menos algunas de las lógicas sociales del mesocosmos mismo.

Ésta no es más que una hipótesis, pero una hipótesis que ha demostrado ser muy fecunda: ha sido la inspiradora de no pocos trabajos de la Escuela de Chicago, de los interaccionistas simbólicos (Becker, Goffman, Glaser y Strauss), de la sociología del trabajo o de la sociología de las organizaciones. No obstante, es necesario precisarla.

Ante todo, el funcionamiento mismo de un mundo social puede dar lugar a una variedad más o menos grande de tipos de microcosmos; estudiar sólo uno de ellos llevaría a generalizar de forma abusiva en el mundo social las características propias de un solo tipo. Para evitar este error es necesario multiplicar los campos de observación y compararlos. Pero no es indispensable que este trabajo comparativo lo lleve a cabo el mismo investigador; la investigación es una tarea colectiva y en principio acumulativa a la que cada trabajo aporta su propia contribución.

Por otra parte, los mundos sociales, y en particular los mundos centrados en una actividad profesional, constituyen espacios que los agentes pueden recorrer a lo largo de su carrera profesional. Por poco que se recurra a los relatos de vida se podrán acumular testimonios

que describen «desde el interior» no pocos microcosmos y la lógica del paso de uno a otro.

Las categorías de situación

Un segundo tipo de objeto social favorable al enfoque etnosociológico es el que llamaremos el de las «categorías de situación». Madres que educan solas a sus hijos, padres divorciados, agricultores solteros, jóvenes poco cualificados en busca de empleo; toxicómanos, minusválidos físicos, minusválidos mentales, personas que padecen una enfermedad crónica; parados de larga duración, personas sin domicilio, extranjeros en situación irregular constituyen para la administración y/o para el sentido común otras tantas categorías con características específicas. Y se podrían citar muchas otras.

El fenómeno de «situación particular» no implica necesariamente la formación de un mundo social. Las madres que educan solas a sus hijos no tienen una actividad común, igual que los parados de larga duración o los enfermos crónicos. Es la situación misma lo que es común para ellos. Esta situación es social en la medida en que origina presiones y lógicas de acción que tienen no pocos puntos comunes, en la medida en que se percibe a través de los esquemas colectivos, y en la medida en que una misma institución se ocupa eventualmente de ella.

El recurso a los relatos de vida demuestra ser aquí particularmente eficaz, puesto que esta forma de recogida de datos empíricos se ajusta bien a la formación de las trayectorias; eso permite captar mediante qué mecanismos y qué procesos ciertos individuos han terminado encontrándose en una situación dada y cómo tratan de acomodarse a esa situación.

Las trayectorias sociales

¿Habrá que considerar las trayectorias sociales como un tercer tipo de objeto social a cuyo estudio los relatos de vida se adaptarían especialmente bien? La extraordinaria variedad de trayectorias en la vida, la enorme contingencia (el fruto del «azar») de la articulación de los

diversos tipos de mecanismos en el proceso de formación de cada trayectoria convierten el estudio global de los fenómenos de movilidad social por medio de los relatos de vida en una tarea imposible. Las historias de familia son a este respecto mucho más operativas (Laurens, 1992; Bertaux, 1992, 1994; Bertaux y Thompson 1997). Para poder generalizar en el estudio de la formación de trayectorias biográficas hay que reducir el campo de observación a un tipo particular de trayectoria o de contexto.

Imaginemos que se trata de definir una clase de trayectorias con referencia a la movilidad social estudiando, por ejemplo, el «éxito social» o «el fracaso social»; pero lo que designan tales expresiones abarca tal variedad de trayectorias que difícilmente se puede dominar el objeto (véase, no obstante, Terrail, 1990, cap. 7). Si, en cambio, se trata de estudiar cómo se llega a enfermera, a institutriz, a educador, camionero, informático, empresario de la construcción o delincuente profesional, toxicómano, SDF,* parece que lo que da coherencia a tales objetos es el hecho de pertenecer a un mismo mundo social o a una misma categoría de situación.

La perspectiva etnosociológica sólo se aplica a objetos sociales relativamente bien circunscritos y a quienes el recurso a los relatos de vida permite captar desde el interior y en sus dimensiones temporales. El investigador que se comprometiera en el estudio genérico de «trayectorias sociales» no especificadas de antemano correría el riesgo de verse enfrentado a tal variedad de ellas que superarían con mucho sus posibilidades de análisis.

Las técnicas de la investigación etnosociológica

El proceso etnosociológico, a la inversa del hipotético-deductivo, que establece primeramente ciertas hipótesis en función de las teorías existentes y después inicia un estudio empírico destinado a verificarlas, consiste en indagar sobre un fragmento de realidad social-histórica de la que no se sabe gran cosa *a priori*. Lo que el investigador cree saber de antemano sobre el tema da la impresión muchas veces

* Sin domicilio fijo. (N. del T.)

de pertenecer al orden de los estereotipos, prejuicios y otras representaciones colectivas cargadas de juicios morales que circulan dentro del sentido común; y el hecho de desbrozar y después sacar al espacio público ciertos elementos de conocimiento objetivo y crítico basados en la observación concreta es precisamente una de las virtudes de este tipo de investigación. Sus técnicas de observación no buscan tanto verificar las hipótesis establecidas *a priori* como comprender el funcionamiento interno del objeto de estudio y elaborar un modelo de ese funcionamiento en forma de un cuerpo de hipótesis plausibles.

El investigador se presenta sobre el terreno consciente de su ignorancia y, como haría cualquier etnólogo, se dirige a las personas que ejercen su actividad en él y que viven en él, para saber «cómo funciona eso». Esas personas —agentes, actores, miembros del mundo social o que viven la situación social que se estudia— adquirirán para él la condición de *informadores*, es decir, una condición muy distinta de la que se suele dar a los entrevistados en una encuesta sobre opiniones, actitudes o representaciones, ya se sirva de conversaciones sin directrices o de cuestionarios. Aquí el acento se pone no en la interioridad de los sujetos, sino en lo exterior a ellos: los contextos sociales de los que ellos han adquirido por experiencia un conocimiento práctico (Beaud, 1996).

En esta perspectiva, el relato de vida puede constituir un instrumento precioso de adquisición de conocimientos prácticos, con la condición de orientarlo hacia la descripción de experiencias vividas en primera persona y de contextos en los que esas experiencias se han desarrollado. Eso equivale a orientar los relatos de vida hacia la forma que un día propusimos llamar «relato de prácticas» (Bertaux, 1976).

El relato de prácticas guarda una profunda analogía con la *acción en situación* que, según ciertos autores, constituye el centro de gravedad de las nuevas sociologías (Corcuff, 1995). Pero no podemos mostrar aquí hasta qué punto, en la historia de la sociología empírica, las técnicas de observación han influido en la reflexión sociológica predeterminando los objetos de la misma. Contentémonos con señalar la profunda analogía que existe entre el proyecto (cientificista) de hacer de la sociología una ciencia «como las demás» (es decir, como las ciencias de la naturaleza) y el recurso a las encuestas cuantitativas, que dejan el camino expedito a teorizaciones pensadas en térmi-

nos de «relaciones entre variables», a semejanza de lo que ocurre con las relaciones entre magnitudes físicas cuyo descubrimiento constituye el alma de la física newtoniana. También existe una analogía profunda entre la observación directa, tal como la han practicado entre otros Erving Goffman, Barney Glaser y Anselm Strauss, y las teorías de la escuela interaccionista que tienden a concebir todos los fenómenos en términos de interacción cara a cara.

Según esto, ¿cuál sería la forma de los datos que correspondería de la manera más adecuada a un pensamiento sociológico basado en la acción en situación? Sin pretender recargar las tintas, podemos avanzar que esa forma es la del relato de prácticas.

Esta afirmación puede causar sorpresa; sin embargo, no es más que la conclusión lógica del exhaustivo trabajo de reflexión que Paul Ricœur ha efectuado sobre la hermenéutica de la acción (Ricœur, 1983-1985, 1986). Lo que Ricœur muestra es, si no la homología estructural, al menos la profunda analogía que existe entre la acción y el relato. (La acción, en el sentido más genérico del término, se desarrolla en el tiempo, y la forma que mejor la describe es la forma narrativa, la del relato.) Aunque Ricœur haya dirigido su atención a las formas canónicas del relato, el relato histórico y el relato de ficción, más que al relato vivencial (o la autobiografía), toda su argumentación lleva al sociólogo que le lee a la conclusión de que, en lo que concierne al estudio de la acción social (la acción «en situación»), la forma apropiada es la forma-relato. Por lo demás, ésta puede llevarse a cabo de múltiples modos: como alma de las técnicas de observación (el relato de vida sería un ejemplo), de la reflexión sociológica (enriqueciéndola con las dimensiones histórica y procesual) e incluso de la forma de escritura de la sociología (al darle la forma de relato como fruto de la síntesis que sigue al análisis, a imitación de ciertos pasajes de los clásicos; Bertaux, 1979).

Pero, atención: no se trata de abogar por un recurso exclusivo de los relatos de vida, sino de su articulación con otras formas de observación y con otras fuentes documentales. Ciertas técnicas, como la observación directa de las prácticas y de las interacciones en situación, las conversaciones informales, el recurso a informadores centrales ya han sido ampliamente experimentadas por la tradición etnográfica y después por la Escuela de Chicago (Coulon, 1992), por la corriente interaccionista y por la etnometodología. El funcionamien-

to mismo de las sociedades contemporáneas da lugar a numerosas fuentes documentales como las estadísticas, los documentos oficiales y otras fuentes escritas. Cada fuente, cada técnica productora de nuevas fuentes contribuye con su granito de arena. El relato de vida, en cuanto testimonio de la experiencia vivida, aporta entre otras la dimensión *diacrónica*, que es también la dimensión de la articulación concreta de «factores» y de mecanismos muy diversos.

Estatuto y funciones de los datos empíricos

En la investigación *cuantitativa*, los datos tienen una doble función: la de ofrecer descripciones estadísticas fiables de fenómenos colectivos producidos por la agregación de comportamientos, de actitudes e incluso de opiniones individuales, y la de verificar hipótesis, ésta más difícil de llevar a cabo (de Singly, 1992, cap. 1).

En la investigación *etnosociológica*, los datos desempeñan otras funciones completamente distintas. Éstos jamás desembocan en descripciones estadísticas; tampoco se proponen verificar las hipótesis; muestran más bien cómo «funciona» un mundo social o una situación social. Esta función descriptiva es esencial y lleva a lo que el etnólogo norteamericano Clifford Geertz llama *thick description*, una descripción en profundidad del objeto social que tiene en cuenta su configuración interna de relaciones sociales, su relación de poder, sus tensiones, sus procesos de reproducción permanente y su dinámica de transformación.

El objetivo de una investigación etnosociológica es elaborar poco a poco un cuerpo de hipótesis plausibles, un *modelo* basado en las observaciones, fructífero en descripciones de «mecanismos sociales» y en propuestas de interpretación (más que de explicación) de los fenómenos observados.

Las descripciones estadísticas que producen las indagaciones cuantitativas se consideran generalmente objetivas. Por el contrario, los relatos de vida, puesto que son claramente de naturaleza subjetiva, parecen adolecer de falta de objetividad. Sin embargo, los datos de la encuesta mediante cuestionario, antes de quedar codificados y convertidos en cifras, están formados por respuestas a cuestiones es-

tandarizadas, y esas respuestas, evidentemente, son subjetivas. Todo el mundo sabe que dependen en parte de la formulación precisa de las preguntas, de su orden de aparición, de las características del encuestador (sexo, edad, etcétera), así como de la impresión que el encuestado quiere causar en el encuestador. El hecho de que se codifiquen después esas respuestas en forma de cifras no les confiere un carácter más objetivo, sino al contrario: el hecho de la codificación supone ciertas elecciones teóricas; además, esa codificación puede introducir otros elementos sesgados.

Por otra parte, si cuando a un encuestado que responde a un cuestionario da su fecha de nacimiento, su lugar de residencia, su nivel escolar, su profesión, las de su padre y de su madre, su religión, sus motivaciones a la hora de comprar, sus preferencias políticas se le cree, ¿por qué no habría de creérsele cuando ofrece esa misma información en el marco de una entrevista prolongada cara a cara, donde es mucho más difícil mentir?

Sin embargo, hay muchos sociólogos que todavía creen que resulta ingenuo fiarse de lo que dice la gente acerca de su experiencia biográfica. Digamos que esta opinión es puramente especulativa; viene a ser una premisa que no se basa en ninguna observación empírica. Una encuesta reciente llevada a cabo con el objeto de comparar las informaciones recogidas por una parte mediante cuestionarios y por otra mediante conversaciones del tipo relato de vida ha demostrado lo infundado de esa opinión.

Esa encuesta consistía en volver a entrevistar, bajo la forma de conversaciones abiertas, a cincuenta personas que habían respondido algunos meses antes a un cuestionario biográfico preparado por el INSEE.* El cuestionario trataba de reconstruir con exactitud las trayectorias profesionales y familiares, cargando el acento en las situaciones de crisis: pérdida de empleo, divorcio, problemas de salud. La comparación de los cuestionarios del INSEE rellenados por los encuestados y de las transcripciones de sus relatos biográficos condujo a los investigadores a la conclusión de que las informaciones contenidas en los relatos biográficos eran no sólo más ricas, sino también más fiables que las recogidas mediante cuestionario (Battagliola, Bertaux-Wiame, Ferrand e Imbert, 1991, 1993).

* Instituto Nacional de la Estadística y Estudios Económicos. (N. del T.)

Por lo demás, no es extraño que sea así, pero conviene que eso se haya comprobado: los encuestados, al haber tenido la posibilidad de explicarse, gracias al carácter abierto de la segunda entrevista, pudieron matizar, precisar y comentar la descripción de situaciones, de acontecimientos y de actos que habían caracterizado su itinerario biográfico. Aunque ofrecieron por segunda vez las mismas informaciones fácticas sobre los acontecimientos que habían jalonado su itinerario biográfico, pudieron ante todo *poner de relieve* ese itinerario, precisando los sucesos más importantes y que más les habían impactado. También pudieron explicar las *razones* de tal cambio de profesión, de residencia o de situación familiar. Ahora bien, tales razones proceden de ordinario no de lógicas propias de uno de los ámbitos de la existencia (vida familiar, profesión, residencia), sino de sus procesos de interacción: uno puede verse obligado a cambiar de profesión o de residencia por razones familiares, de residencia por razones profesionales, o viceversa. Además, la formación del itinerario biográfico de un individuo está en interacción constante con la del itinerario de su cónyuge: «El espacio conyugal aparece como un campo de constantes interferencias» (*op. cit.*, 1993, p. 334). Un cuestionario cerrado no permite captar esas interferencias; el relato de vida abre un espacio que facilita su descripción.

Eso hace que la idea de «datos objetivos» sea más relativa. Esa noción, además, corre el riesgo de inducir a error: incluso la observación directa de los comportamientos, tan apreciada por los interaccionistas, no ofrece más que datos *fácticos* (tal persona ha hecho esto, ha dicho aquello a tal otra en tal situación), pero sólo se pueden percibir los sentidos subjetivos, el sentido intersubjetivo, y aproximarse así a su sentido «objetivo» (social) si se comprende la o las lógicas que conecta(n) la interacción observada. La metáfora del juego puede servir de ejemplo: cualquiera puede observar a dos jugadores de ajedrez y anotar sus jugadas sucesivas, pero hay que conocer las reglas de ese juego y sobre todo sus sutilezas para captar el sentido de cada situación, adivinar las intenciones del jugador y apreciar el valor de cada jugada.

Una vez replanteada así la oposición clásica entre subjetivo y objetivo se comprenderá mejor en qué aspecto los relatos de vida pueden ocultar una gran riqueza de informaciones fácticas exactas y de descripciones fiables —aunque, evidentemente, incompletas— de

encadenamiento de situaciones, de interacciones y de acciones. Y son precisamente estas informaciones y descripciones las que el sociólogo puede utilizar con ventaja para comprender las razones ocultas y las reglas del juego social que trata de identificar.

Ésa es la intención del recurso a los relatos de vida en una perspectiva etnosociológica: ir de lo particular a lo general gracias a la comparación y cotejo de casos particulares, de lo que contienen de datos fácticos situados en su orden diacrónico, de indicios descriptivos o explicativos propuestos por los sujetos, gracias al descubrimiento de recurrencias de un itinerario biográfico a otro y a la *elaboración de conceptos e hipótesis* a partir de esas recurrencias. Bajo este punto de vista, la función de los datos no es comprobar las hipótesis establecidas de antemano, sino facilitar la construcción de un cuerpo de hipótesis.

Cuestiones de muestreo

Para descubrir lo qué hay de general, incluso de genérico, en cada caso particular hay que disponer no de un solo caso, sino de una serie de casos organizada de tal forma que sea posible su comparación, lo que implica a la vez similitudes y diferencias: ésa es la problemática de la obtención de la muestra.

La variedad de las posiciones

En el trabajo de campo, la noción de muestra «estadísticamente representativa» apenas tiene sentido; queda reemplazada por la de «construcción progresiva de la muestra» (el *theoretical sampling* de Glaser y Strauss, 1967).

Teniendo en cuenta la omnipresencia de las relaciones de poder en nuestras sociedades, es de suponer que el mundo social que se intenta comprender sea el producto de actividades reguladas y de interacciones de un cierto número de categorías de agentes/actores situados en *posiciones* diferentes los unos respecto de los otros. Esas posiciones se caracterizarán por estatutos formales e informales, por roles, intereses, recursos para la acción, relaciones intersubjetivas de

alianza y de oposición, márgenes de maniobra, y todas esas características variarán considerablemente según el tipo de posición que se ocupe. Así pues, es fácil suponer que los agentes/actores contribuirán no sólo con experiencias diferentes de las relaciones sociales según su posición estructural (y su itinerario pasado), sino también con puntos de vista diferentes (incluso opuestos en cuanto a su carga de evaluación) sobre las mismas realidades sociales: los puntos de vista difieren según se sea empresario, directivo u obrero de una misma fábrica; o bien delincuente profesional, inspector de policía, magistrado o abogado; o también paciente en un hospital, enfermera o médico. Este fenómeno de múltiples percepciones (y de prácticas múltiples) de una misma realidad es fundamental: la percepción que un actor consigue de una situación dada constituye para él *la* realidad de esa situación; y el actor social se verá impulsado a actuar en función de esa percepción y no de la realidad objetiva tal como trata de conocerla el sociólogo. Incluso las percepciones más alejadas de la realidad son «reales en sus consecuencias», según la famosa fórmula de W. I. Thomas.² Y es en función de este fenómeno de variedad de posiciones y de puntos de vista como se logra construir poco a poco una muestra, recurriendo a las diferentes categorías de agentes/actores, y a las subcategorías que hubieran parecido pertinentes a lo largo de la encuesta (por ejemplo, obreros afiliados a un sindicato o no afiliados, militantes o pasivos). Y puesto que ninguna categoría de actores posee por sí sola la verdad, el trabajo de construcción de un modelo de objeto de estudio consistirá en relacionar todos ellos de forma crítica por parte del investigador.

La diferencialidad

Es necesario ir más lejos y mencionar el fenómeno que proponemos llamar *diferencialidad*: personas situadas exactamente en el mismo

2. «Para poner un ejemplo extremo, el director de una prisión de Nueva York se negó a [...] dejar salir a un prisionero [...]. Explicó que el hombre era demasiado peligroso. Había matado a muchas personas que tenían la desdichada costumbre de hablar consigo mismas cuando caminaban. Al verlas mover los labios se imaginaba que le injuriaban [...] y él se comportaba en consecuencia. Si hay hombres que definen ciertas situaciones como reales, esas situaciones son reales en sus consecuencias» (William I. Thomas y Dorothy S. Thomas, *The Child in America*, 1928).

escalafón pueden desempeñar su papel, ejercer su actividad de forma muy diferente porque su personalidad no tiene la misma estructura o, para adoptar el concepto elaborado por Bourdieu, no tienen el mismo *hábito*, en el sentido del conjunto de «esquemas de percepción, de apreciación y de acción».

El fenómeno es universal; pensemos, por ejemplo, en las diferencias de conducta entre los docentes de un mismo colegio. El importante testimonio de un intelectual establecido como obrero en un taller de las oficinas Citroën puso de manifiesto las grandes diferencias de personalidad de los empleados que allí trabajaban como OS;* diferencias claramente vinculadas a las de sus respectivos itinerarios en la vida. Esas diferencias aparecieron ya en la forma de ejecutar cada uno su trabajo y habrían de ser cruciales cuando se manifestó un conato de huelga (Linhart, 1981).

La sociología del trabajo ha demostrado que, incluso para los agentes en posición de simples ejecutantes, los márgenes de manobra siguen siendo muy amplios. Monjardet (1996) lo ha demostrado con los policías de base, a pesar de ser uno de los oficios más coartados por su propio reglamento interno; véase también Benguigui, Orlic, Chauvenet (1994) para los guardas de prisión. En una comisaría de barrio situada cerca de una ciudad dormitorio «difícil», ciertos sociólogos pudieron observar que, cuando había que intervenir, eran siempre los mismos policías los que iban al tajo. Uno de ellos había crecido en una ciudad similar, lo que le permitía comprender mucho mejor que sus colegas la forma de actuar de los habitantes y prever su conducta (Delcroix y Cunha, 1991). Ese *capital de experiencia biográfica* le diferenciaba notablemente de sus colegas; lo mismo que su vocación de policía le distinguía de quienes habían entrado en el cuerpo para lograr en él la condición de funcionario.

Otro ejemplo, observado durante una encuesta sobre el divorcio: la ley deja al magistrado la libertad de confiar la tutela del niño al padre o a la madre. Ahora bien, las estadísticas judiciales demuestran que la proporción de los juicios en que se otorga la tutela al padre varía considerablemente según los tribunales. Este fenómeno apenas puede explicarse si no es por la diferencialidad de los magistrados que trabajan en ellos.

* Obrero no cualificado. (N. del T.)

Por lo demás, las empresas privadas o públicas, las organizaciones políticas, sindicales y asociativas colocan y cambian su personal teniendo en cuenta el fenómeno de la diferencialidad. El principio es general; E. Campagnac lo ha ilustrado con un ejemplo muy particular, pero muy claro: al estudiar el reclutamiento de las nuevas acerías gigantes de Dunkerque observó que la dirección elegía para los hornos y para el tren de laminado a antiguos mineros acostumbrados a condiciones de trabajo muy duras y peligrosas y al trabajo en equipo; en cambio, para los puestos de «caristas» —conductores de pequeños vehículos que circulan rápidamente por el laberinto de la fábrica— elegían a antiguos conductores de máquinas llegados del oficio (Campagnac, 1982).

Este último ejemplo muestra que la diferencialidad que resulta del capital específico de experiencia biográfica no atañe sólo a la diferenciación de las conductas en un mismo puesto: a medio plazo, también influye en el reparto de las personas en los distintos puestos.

Para entender este fenómeno y sus consecuencias locales hay que tratar de discernir claramente lo que, en función de los itinerarios biográficos específicos o de los complementos subjetivos específicos de esos itinerarios, ha convertido a los individuos en portadores de esquemas de conducta diferentes: de ahí el recurso a los relatos de vida.

La exigencia de variación

Lo que importa en la perspectiva etnosociológica es que se haya recurrido de la forma más exhaustiva, según las posibilidades del investigador, a la *variedad* de los testimonios posibles. Lo que está en juego no es solamente de carácter descriptivo, sino que va en ello la validez misma del modelo.

Supongamos por ejemplo que el investigador, gracias a la observación de ciertas reiteraciones, haya llegado a una primera formulación del modelo. Aún tiene que ir a buscar casos muy distintos de aquellos a partir de los cuales ha trabajado hasta ahora y asegurarse de que esos casos no ponen su formulación en tela de juicio; y si así fuera, tendrá que modificar el modelo en consecuencia.

La mejor ilustración de este proceso sigue siendo la de la investigación de Lindesmith (1949) sobre los heroinómanos. Su hipótesis

inicial era que la toxicodependencia aparecía tras la experiencia del *flash*, hipótesis confirmada por todos los toxicómanos entrevistados. Pero Lindesmith quiso entrevistarse también con personas que, durante su estancia en el hospital, habían recibido sin saberlo dosis de morfina destinadas a aliviar sus dolores. Esas personas habían experimentado un repentino estado de bienestar; sin embargo, no se habían convertido en toxicómanos. Por lo tanto, había que revisar la hipótesis inicial: entre la inyección y la experiencia de sus consecuencias había que introducir, para explicar la aparición de la toxicodependencia, al menos la mediación *consciente* de la relación causa-efecto. Los pacientes del hospital no conocían la causa de su súbita euforia y por ello no se convertían en dependientes. Lindesmith acababa de descubrir el principio metodológico de «la investigación del caso negativo», el que obligará al investigador a replantear su teoría. Ese principio tiene un valor universal: puesto que el objetivo de una encuesta etnosociológica es elaborar progresivamente un cuerpo de hipótesis, es decir, un modelo de la forma en que suceden las cosas, ese modelo sólo se puede considerar seguro si el investigador ha ofrecido todas las posibilidades de desestimarlos.

El estatuto de las hipótesis

Un último aspecto que diferencia radicalmente la investigación etnosociológica del proceso hipotético-deductivo es el del estatuto de las hipótesis: aquí no se trata de verificarlas, sino de elaborarlas partiendo de las observaciones y de una reflexión basada en las recurrencias.

En el trabajo de campo el investigador se cuida ante todo de abrir los ojos, los oídos, la inteligencia y la sensibilidad a todo lo que se le pueda decir o mostrar. Ha ido hasta allí no para comprobar hipótesis planteadas *a priori*, sino para elaborar al menos algunas; y no sólo ni principalmente bajo la forma de «relaciones entre variables», sino bajo la forma de hipótesis sobre la configuración de relaciones, de los mecanismos sociales, de los procesos recurrentes; sobre ciertos juegos sociales y lo que va en ellos; en una palabra, sobre toda clase de elementos que permitan imaginar y comprender «cómo funciona eso».

Su tarea en cuanto sociólogo consiste en discernir, sobre el cam-

po mismo o mediante el análisis de los materiales recogidos, la presencia de tales elementos y en determinar sus límites, en nombrarlos (buscar la denominación más adecuada), en revisar las diversas formas bajo las cuales los ha hallado para estar seguro de que no son un puro producto de su imaginación y en construir con ellos en forma de hipótesis una representación discursiva por medio del vocabulario sociológico existente o, si fuera necesario, corregido o enriquecido. Así es como llegará poco a poco, mediante continuas idas y venidas entre observaciones y teorizaciones parciales, a adquirir una visión coherente, formulada en términos sociológicos, de su objeto de estudio.

Puesto que las hipótesis elaboradas de esta forma corresponden a observaciones concretas, ya contienen en sí mismas una cierta garantía contra las especulaciones gratuitas (Kaufmann, 1996). Otras se habrán formulado y después se habrán abandonado durante la investigación tras el examen ulterior del campo y del análisis de los datos; las que quedan son las que han resistido. Éstas «se han comprobado» caso por caso y han resistido a la investigación de los casos negativos; pero, para estar seguros de que se trata efectivamente de hipótesis «explicativas», habría que recurrir en rigor al método experimental, lo que en las ciencias sociales está fuera de contexto.

Así pues, se dirá que el modelo elaborado de esta forma tiene el valor de una *interpretación plausible* más bien que de una explicación en sentido estricto. Otros investigadores que trabajaran en terrenos similares (por ejemplo los de las barriadas del extrarradio) quizá hubieran llegado a interpretaciones notablemente diferentes, pero no necesariamente contradictorias; se hubieran interesado por otros aspectos del proceso social-histórico y habrían hecho hincapié en ellos para elaborar su modelo. La vía del conocimiento en ciencias sociales progresa mediante la comparación de interpretaciones alternativas basadas en observaciones y no mediante el imposible método experimental.

Añadamos sólo que la comparación constituye, como muestra la obra de Max Weber, un poderoso medio de consolidar una interpretación y de aumentar su alcance potencial: no hay como un cambio de ámbito para poner a prueba una interpretación elaborada inicialmente acerca de un ámbito específico.

Así pues, la pregunta habitual «¿ha verificado usted sus hipótesis?» adquiere en la investigación etnosociológica un significado es-

pecífico. Responder que se ha «verificado» una hipótesis porque concuerda efectivamente con los casos concretos a partir de los cuales se ha elaborado sería una tautología. En cambio, lo que se puede decir en apoyo de una hipótesis elaborada de esta forma es que se han examinado otras y que la que se ha elegido ha demostrado ser la mejor de momento.

Por supuesto, también es necesario que todas las hipótesis elegidas concuerden entre sí. Sin embargo, la búsqueda sistemática de la coherencia podría llegar a ser una trampa especulativa, en la medida en que apareciera demasiado pronto en el proceso de investigación e impidiera mostrarse sensible a muchas señales que aparecerán necesariamente en el trabajo de campo. Con cierta frecuencia esas señales «contradictorias» constituyen las pistas más interesantes; esas señales, con la sola condición de observarlas atentamente y seguirlas con decisión, pueden llevar a poner en tela de juicio las representaciones espontáneas del investigador.

La generalización de los resultados

Acabemos este examen general epistemológico con la cuestión de la *generalización*, que los etnólogos y los historiadores tienen la dicha de poder olvidarse de ella, pero que para los sociólogos constituye un paso obligado.

Lo que otorga un valor generalizador a los datos recogidos mediante cuestionarios es su número y sobre todo el principio de la *muestra* (estadísticamente) *representativa*: sólo ella permite generalizar a millones de individuos la configuración estadística (distribución y correlación de las variantes) observada en algunos miles e incluso en algunos centenares de ellos. Es cierto que esta ventaja tiene su precio (la estandarización de las cuestiones, por ejemplo), pero salta a la vista y tiende a imponerse como respuesta única y exclusiva a la cuestión de la generalización.

• ¿Cómo es posible generalizar los resultados de un trabajo de campo a una sociedad entera? Lo que se ha observado en una ciudad dormitorio, en una oficina de correos, una comisaría, un taller, un club de tiro, un asilo para ancianos, un servicio de hospital o cual-

quier otro microcosmos, ¿puede considerarse característico de *todos* los microcosmos del mismo tipo que existen en todo el territorio? ¿Basta la observación elaborada partiendo de unas cuantas decenas de casos de divorcio, o del itinerario seguido por unas cuantas decenas de jóvenes delincuentes, de diabéticos o de disminuidos mentales para elaborar un modelo generalizable a *todas* las personas que se hallan en la misma «situación»?

La verosimilitud de una respuesta positiva a esta cuestión es mayor cuando el microcosmos estudiado (escuela maternal, comisaría, oficina de correos, consultorio de protección materna e infantil) depende de una institución nacional que impone por doquier las mismas reglas de funcionamiento. Pero sigue existiendo, aunque en un grado menor, cuando se trata de otro tipo de microcosmos, como por ejemplo las ciudades dormitorio o las «urbanizaciones» artificiales construidas por un mismo promotor inmobiliario. La verosimilitud de las generalizaciones acerca de un modelo social depende totalmente del descubrimiento de «mecanismos genéricos», de configuraciones específicas de relaciones sociales que describen situaciones, de lógicas de acción que se ponen en práctica —por encima de los fenómenos de diferencialidad— en respuesta a esas situaciones, de procesos sociales originados de este modo. La forma de avanzar por este camino es descubrir lo general entre las formas particulares. Eso requiere la investigación de recurrencias y lo que ha dado en llamarse la *saturación* progresiva del modelo (Glaser y Strauss, 1967; Bertaux, 1980).

En la investigación etnosociológica sobre una categoría de situación, el camino hacia la generalización sigue una lógica parecida. Es cierto que aquí no hay microcosmos; y no es una sola entrevista con un «sin hogar», por más que se trate de un relato completo acerca de toda su vida, lo que permitirá captar la situación de los SDF en general. Se trata más bien de multiplicar los estudios de casos individuales variando todo lo posible las características de los casos observados. No obstante, por poco que se concentre la atención sobre los procesos sociales que se hallan en un segundo plano respecto de los casos individuales, se conseguirá descubrir rápidamente ciertas recurrencias, a partir de las cuales se podrá comenzar a elaborar algunas hipótesis sobre el proceso o el *tipo* de procesos mediante los cuales las personas llegan a encontrarse en la situación estudiada, sobre las características estructurales de esas situaciones, sobre la lógica de ac-

ción que se crea en respuesta a tal situación. A pesar de la verdad de cada caso, se llega a la confirmación de las hipótesis y a una cierta saturación del modelo elaborado por el investigador, modelo que adquiere de esta forma un valor generalizado.

El tropismo del sociólogo hacia lo general

En la investigación etnosociológica, el investigador va hacia el campo si no sin ideas preconcebidas, al menos parcialmente consciente de su ignorancia. Sin embargo, si ha elegido ese objeto de estudio es porque se plantea una *pregunta* acerca de él, pertinente sin duda desde el punto de vista del sentido común. Lo que trata de responder la investigación es esta pregunta, a veces sin formular, a veces manifiesta de manera un poco artificial. Podemos garantizar que si la pregunta está bien planteada, terminará reformulando la cuestión, que en cualquier caso no dejará de inspirar al investigador y de dar forma a su construcción del modelo a lo largo de la investigación.

Pero no puede tratarse más que de una cuestión *general*: no se refiere a tal o cual microcosmos, a tal o cual caso, sino a un mundo social o a una situación social. El modelo se va a construir en torno a ese mundo o a esa situación: por ejemplo, «¿qué diferencia a los jóvenes que hallan inmediatamente un empleo estable de sus camaradas de la misma promoción?» y no, por ejemplo, de los jóvenes de *tal* ciudad o de *tal* barrio. El sociólogo, a la inversa del etnólogo, lleva ya en su interior un interrogante sobre un fenómeno social que se extiende a toda la sociedad estudiada, a la totalidad de su territorio. Como ese interrogante se plantea en términos generales, orientará constantemente su reflexión hacia un «nivel» de teorización que supere el marco necesariamente local de las observaciones. Es una de las razones, quizá la principal, que hace que el sociólogo no tenga por qué temer sumergirse durante un tiempo en las particularidades de un campo o de una serie de casos particulares: tiene suficientes recursos intelectuales que terminarán por llevar su reflexión, lo quiera o no, hacia conclusiones de alcance general.

2. Acerca del relato de vida

Conceptos del relato de vida

El callejón sin salida del concepto maximalista

La simple mención del término «relato de vida» evoca de inmediato una representación que circula en el sentido común, incluido el sentido común sociológico: la de un relato de vida «completo», es decir, que trata de toda la historia de un sujeto. Comenzaría por el nacimiento, incluso por la historia de los padres, su entorno, es decir, por sus orígenes sociales. Se extendería a toda la historia, de la vida del sujeto. En cada período de esta historia el relato describiría no sólo la vida interior del sujeto y sus acciones, sino también sus contextos interpersonales y sociales.

Esta representación «total» se halla presente en nuestra cultura desde la publicación de las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau: es la de la autobiografía. Aplicada de forma irreflexiva al relato de vida, la autobiografía propone un ideal al que sólo se puede acceder al precio de un largo trabajo con *una sola* persona, de donde se derivan no pocas dificultades, porque el conocimiento sociológico es por definición el conocimiento de fenómenos colectivos. Si en la historia de la antropología o de la sociología estadounidenses la publicación de autobiografías redactadas a petición de ciertos investigadores ha hecho época, se debe sobre todo a que tales materiales ponían al alcance del gran público testimonios procedentes de regiones del espacio social anteriormente desprovistas de cualquier acceso a la palabra pública y portadores de una carga de autenticidad considerable. Su fuerza *expresiva* (por lo de-

más exagerada, aunque de forma invisible, en el trabajo de reescritura del investigador) es lo que constituye aún hoy en día su valor, pero su aportación intrínseca al conocimiento antropológico o sociológico es todavía objeto de debate. Si se quiere poner el relato de vida al servicio de la *investigación* hay que concebirlo de forma distinta.

El relato de vida como forma narrativa

El concepto que nosotros proponemos consiste en considerar que hay relato de vida desde el momento en que un sujeto cuenta a otra persona, investigador o no, un episodio cualquiera de su experiencia vivida. El verbo «contar» (narrar) es aquí esencial: significa que la producción discursiva del sujeto ha adoptado una forma *narrativa*.

Esta forma no excluye la inserción de otras formas de discurso. Para contar bien una historia hay que plantarse ante los personajes, describir sus relaciones recíprocas, explicar las razones por las que actúan; describir el contexto de las acciones y las interacciones; elaborar juicios (evaluaciones) sobre las acciones y los actores mismos. Descripciones, explicaciones, evaluaciones, sin ser formas narrativas, forman parte de cualquier narración y contribuyen a elaborar los significados. Pero si, por ejemplo, el discurso se reduce a descripciones, o si, aun relatando una serie diacrónica de acontecimientos, se limita a yuxtaponerlos sin decir nada de sus relaciones mutuas (es la forma de la «crónica»), no adopta una forma narrativa.

Por el contrario, desde el momento en que aparece la forma narrativa en una conversación y el sujeto la utiliza para examinar el contenido de una parte de su experiencia vivida, entonces decimos que se trata de un relato de vida. Este concepto «minimalista» libera a los investigadores de la influencia enormemente embarazosa del concepto «completo» evocado antes. Es esencial para situar el recurso a los testimonios vividos en la perspectiva etnosociológica.

Historia vividas y relatos

Ante todo hay que distinguir claramente entre la *historia real* de una vida y el *relato* que se hace de ella en ciertas circunstancias precisas.

Nosotros, frente a cierta moda «textualista» que niega a la historia de una persona cualquier realidad objetiva y defiende que las únicas realidades conocibles son las realidades discursivas formadas por los discursos mismos (considerados como *textos*), partiremos de la afirmación llamada «realista», según la cual la historia de una persona (y también de una ciudad, de una institución o de un país) posee una realidad previa a la forma en que se cuenta e independiente de ella. Más que tomar esta afirmación como si fuera una hipótesis y tratar de demostrar su validez, lo que nos llevaría demasiado lejos, nos contentaremos con otorgarle aquí la condición de postulado (Roos, 1994) Si eso no se admitiera se pondría en entredicho al mismo tiempo todo un sector «objetivista» de las ciencias sociales. Sólo aceptando el postulado realista se puede hacer progresar el conocimiento de las relaciones sociales objetivas.

Al multiplicar los relatos de vida de personas que se hallan o se han hallado en situaciones sociales similares, o participando en el mismo mundo social, y al centrar sus testimonios en esas situaciones se trata de sacar provecho de los conocimientos que ellas han adquirido mediante su experiencia directa de ese mundo o de esas situaciones, sin enredarse por ello en su necesaria singularidad, ni en el carácter inevitablemente subjetivo de su relato. Al relacionar numerosos testimonios sobre la experiencia vivida de una misma situación social por ejemplo, se podrán superar sus singularidades para lograr, mediante una construcción progresiva, una representación sociológica de los componentes *sociales* (colectivos) de la situación.

Las líneas de vida

Puesto que un relato de vida cuenta la historia de una vida es normal que se halle estructurado en torno a una sucesión temporal de *acontecimientos* y de *situaciones* derivadas de ellos; esta sucesión constituye en cierto modo su columna vertebral. Hay que entender aquí el término acontecimiento en un sentido muy amplio, que incluye no sólo lo que ha ocurrido o lo que le ha sucedido al sujeto, sino también sus propios actos, que para sus allegados adquieren de hecho la condición de acontecimientos.

La «columna vertebral» definida de este modo constituye la línea de una vida. Esta línea no se puede equiparar a una recta o a una curva armoniosa, como parece indicar el término utilizado a veces de «trayectoria». La mayoría de las existencias, por el contrario, se bambolean a merced de fuerzas colectivas que reorientan su recorrido de forma imprevista y generalmente incontrolable. Una guerra, una revolución, un golpe de Estado, una crisis económica grave, una epidemia o una catástrofe natural que desvían a la vez el curso de millones de existencias individuales. El cierre de minas, de fábricas o de despachos (o por el contrario su apertura), el desarrollo o la decadencia de una ciudad o de una región, de una actividad económica como consecuencia de la competencia o el progreso tecnológico y muchos otros fenómenos regionales o locales pueden afectar a miles de trayectorias individuales. En fin, una multitud de acontecimientos microsociales contingentes —un encuentro imprevisto, una ocasión inesperada, un accidente, una enfermedad crónica, la muerte súbita de un allegado— vienen a modificar también el curso de la existencia.

La experiencia filtrada

En la autobiografía, forma escrita y autorreflexiva, el sujeto que dirige en solitario una mirada retrospectiva a su vida pasada la considera *en su totalidad y como una totalidad*. En cambio, en el relato de vida etnosociológico, forma oral y más espontánea, y sobre todo forma *dialogica*, el sujeto, en principio, es invitado por el investigador a considerar sus experiencias pasadas a través de un *filtro*.

Efectivamente, al sujeto se le ha informado en la primera toma de contacto, ya sea por medio del investigador mismo o por un intermediario, del interés que tiene el investigador: «Estoy investigando sobre...» (un mundo social o una categoría de situación determinada del que el sujeto forma parte o ha formado parte en el pasado). Esta forma de entrar en materia equivale a proponerle, digamos, un contrato de entrevista. Si el sujeto acepta la propuesta, ésta se transforma en un pacto que quedará confirmado con la frase que iniciará la entrevista: «Por eso, lo que quisiera que me contara es de qué forma ha llegado a...» o «Qué le ha llevado a...».

Este pacto tiene el valor de filtro, ya que orienta y *centra previamente* la entrevista. Por ejemplo, una persona a quien se pregunta en tanto que miembro de una categoría profesional determinada espera que no se le pregunte sobre su vida privada. Una persona con quien se contacta porque ha ejercido tal profesión, aunque después la haya cambiado, espera que se dejen de lado las etapas de su vida posteriores a ese cambio de profesión. Esa persona podrá hablar de ellas si quiere, pero es ella y sólo ella quien tiene que decidirlo.

A veces sucede que el sujeto y el investigador no entienden de la misma forma el pacto a que han llegado; en ese caso el investigador tiene que explicarse. En una encuesta sobre las relaciones de los padres divorciados con sus hijos queremos que los padres hablen no sólo de la experiencia de después del divorcio, sino también sobre su familia de origen. Es notorio hasta qué punto está marcado cada uno de nosotros por las vivencias de la infancia, por ejemplo por el tipo específico de relaciones que él o ella tuvieron con su padre y con su madre: esas relaciones «dan forma» a sus respectivas conductas de adulto (forma de asumir el papel conyugal y parental, relaciones con los hijos). Algunos entrevistados se sorprendieron de que nos interesara su infancia, pero algunas breves explicaciones bastaron para convencerles. El psicoanálisis y la psicología son ya tan de sentido común que nadie ignora la influencia de las experiencias de la infancia sobre la conducta de la edad adulta. De igual modo, los debates públicos sobre la desigualdad de oportunidades han convertido en familiar la idea del peso del origen social en la trayectoria posterior; los sujetos interrogados sobre su itinerario profesional no se extrañarán demasiado de que se les invite a hablar de la profesión y del medio social de sus padres. Como se ve en estos dos ejemplos, el filtro tácito puede remontarse hasta la infancia por poco que el sujeto entienda, con un poco de sentido común, por qué recordarla puede ser interesante para el investigador. Así pues, lo que genera el relato de vida es, a causa del filtro subyacente, mucho menos profuso, mucho más centrado en la evocación de los mecanismos sociales que la autobiografía redactada en solitario.³

3. Nosotros hemos decidido dejar completamente fuera del campo de esta obra la recopilación y análisis de autobiografías escritas por investigadores en ciencias sociales. La recopilación se lleva a cabo mediante la creación de concursos públicos anunciados en la prensa, que se dirigen generalmente a una categoría de población

Un concepto realista de los relatos de vida

Entre las experiencias vividas por una persona y su elaboración en forma de relato se interponen necesariamente un gran número de factores. Concentrar la atención en esos factores (percepción, memoria, capacidad de reflexión del sujeto, dotes narrativas, parámetros de la situación de entrevista, etc.) puede llevar a la conclusión —es la posición textualista— de que todo discurso autobiográfico, y por extensión todo relato de vida, no sería más que una reconstrucción subjetiva que, en definitiva, no tendría ninguna relación con la historia realmente vivida. Sólo tendría interés en cuanto forma discursiva.

Esta conclusión extrema queda claramente en muy mala posición para explicar todo lo que ya se ha llevado a cabo mediante los relatos de vida en disciplinas tales como la historia (recurso a las fuentes orales o «historia oral»), la etnología o la sociología. No cabe duda de que es muy apropiada para las disciplinas que sólo se interesan por el discurso: sociolingüística, estudios literarios, sociología de las ideas, incluso psicología clínica. Aceptarla sería suicida para las disciplinas que estudian los fenómenos sociohistóricos y tratan de acceder a ellos mediante los testimonios personales.⁴

Sin embargo hay que reconocer a la crítica textualista el haber esclarecido algunas de las mediaciones subjetivas y culturales a través de las cuales la experiencia vivida se expresa de forma narrativa. Por ejemplo, entre una situación social o un acontecimiento y la forma en que son «vividos» en el momento por el sujeto se interponen sus esquemas de percepción y de evaluación. Entre la memorización de las situaciones, acontecimientos y acciones y su evocación posterior se interpone la mediación de los significados que el sujeto les atribuye retrospectivamente mediante la totalización más o menos reflexiva que ha hecho de sus experiencias (totalización que no puede evitar tener en cuenta las percepciones y evaluaciones de esos mis-

particular; de este modo se recogen de una sola vez centenares de autobiografías. Los trabajos de sociólogos y antropólogos como J.-P. Roos en Finlandia, Marianne Gustafstad y Reidar Almas en Noruega muestran el gran interés de este tipo de datos, sobre todo para la comprensión de fenómenos semánticos colectivos, o de la manera en que los miembros de tal o cual categoría social han vivido el cambio social-histórico (Roos, 1987).

4. Insistiremos sobre esta cuestión en el capítulo 5.

mos acontecimientos o acciones por sus allegados). Entre lo que él ha vivido y totalizado y lo que acepta decir hoy se interponen aún otras mediaciones.

Todo eso es cierto, pero lo que tratan de contar los sujetos es justamente su *propio* itinerario y no el de cualquier otro. La intervención de las mediaciones señaladas apenas afecta a la *estructura diacrónica de las situaciones y acontecimientos* de que está sembrado ese itinerario. Para emplear una metáfora, su «dibujo» ha quedado restaurado; en cambio la rememoración que de él se hace puede modificar retrospectivamente sus colores.

Si sólo se trabajara apoyándose en un único relato de vida, como hacen por ejemplo los especialistas de las autobiografías literarias, se uno podría preguntar indefinidamente sobre su grado de veracidad y de reconstrucción. Pero en la perspectiva etnosociológica se dispone de toda una serie de testimonios sobre el mismo objeto social. Relacionar entre sí esos testimonios permite eliminar esa parte de colocación retrospectiva que pueda haber y aislar un núcleo común a todas las experiencias, el que corresponde a su dimensión *social*, que es precisamente lo que se trata de descubrir. Ese núcleo hay que buscarlo en los hechos y en las prácticas más que en las representaciones.

Nos parece útil explicar este último punto examinando algunos grandes ámbitos de la experiencia social. Así se verá mejor lo que una investigación etnosociológica que utiliza los relatos de vida es capaz de aportar.

Ámbitos de existencia

Volvamos a la imagen de la línea de una vida, hecha de una sucesión de períodos, de acontecimientos y de situaciones. No sería realista el hecho de representarse al sujeto como un individuo aislado que busca su camino en entornos pasivos, sacando partido de cada situación para maximizar sus intereses individuales, y sin relaciones instrumentales con los demás. De hecho son raras las personas que viven solas en la edad adulta y más raras aún —si es que existen— las que han vivido solas su infancia. Los seres humanos viven en grupos, comenzando por la familia.

Las relaciones familiares e interpersonales

Las familias, y también los grupos de camaradas, y en un grado menor las redes de relaciones, constituyen micromedios de relaciones intersubjetivas donde dominan no las relaciones instrumentales sino las relaciones afectivas, morales y «semánticas», es decir, generadoras de sentido. La vida en grupo implica necesariamente compromisos emocionales y morales más o menos recíprocos frente a otros miembros del grupo, sentimientos, derechos y deberes, responsabilidades específicas, expectativas de solidaridad (De Singly, 1996). Sobre cada miembro de un pequeño grupo humano se ejerce una presión para que él o ella adapten su conducta a las expectativas compartidas por los demás miembros del grupo. No sería posible comprender las acciones de un sujeto ni la «producción» de los sujetos si se desconociera todo acerca de los grupos de los que él o ella han formado parte en tal o cual momento de su existencia. El proyecto mismo de vida, tomado en un momento determinado de la existencia, no se ha elaborado *in abstracto* dentro de una conciencia aislada, sino que se ha hablado, dialogado, construido e influido o negociado en el transcurso de la vida en grupo.

A poco que el sujeto acepte evocar las familias y otros tipos de pequeños grupos de los que ha formado parte, a poco que se decida a describir con cierta precisión la «sociometría», el clima y la economía moral, se abre la puerta a toda una serie de materiales inmensamente ricos para la comprensión de la acción en su contexto. Advirtamos a este respecto que las relaciones intersubjetivas no quedan reflejadas en ninguna parte; no dejan tras de sí ninguna huella escrita, a no ser algunas veces en la correspondencia; sólo se puede acceder a ellas a través de las encuestas retrospectivas del tipo relato de vida.

La importancia de la apuesta científica queda reflejada en la extraordinaria variedad de formas de relaciones intrafamiliares que coexisten dentro de una misma sociedad. La institución «familiar» tal como está regulada en el código civil no es más que un marco jurídico. Las familias concretas que se forman ya sea dentro de ese marco o bien fuera de él como ocurre cada vez con más frecuencia, son enormemente diversas según los medios sociales, los oficios de los cónyuges, sus fuentes y niveles de ingresos, sus *hábitos* y orientaciones culturales, la naturaleza de sus pactos y muchos otros factores.

Si se puede concebir cada grupo familiar como una microempresa de producción «antropométrica», es decir, centrada en la actividad de producción y de reproducción de las energías de sus miembros (Bertaux, 1977), también existen entre las familias diferencias considerables de recursos materiales y culturales, coacciones externas, contextos residenciales, aspiraciones y proyectos. Esas diferencias repercuten en los niños que crecen en su seno: su personalidad se estructura de forma diferente, dentro de *hábitos* bien marcados que son como otras tantas matrices potenciales para su conducta de adultos. Su campo de posibilidades, sus oportunidades en la vida dependen en gran medida de la situación social de su familia de origen (y también de su orientación cultural).

El solo análisis de la esfera familiar basta a veces para comprender grandes tramos de la existencia de las mujeres en no pocas sociedades «tradicionales» donde quedan asignadas exclusivamente a la esfera llamada *doméstica* y a sus trabajos antropométricos en cuanto madre además de nuera, abuela, hija mayor o criada. La producción antropométrica no consiste solamente en traer al mundo y criar niños —una tarea continua, difícil y de resultados nada seguros— y en producir cada día las energías físicas, mentales y morales de todos los miembros del hogar. También incluye los cuidados (el mantenimiento de la salud física), el aprendizaje cultural —la lengua «materna», los códigos de buena conducta, el desarrollo de las facultades mentales— y muchas otras tareas culturales y religiosas que, en las sociedades modernas, quedan encomendadas a instituciones especializadas (Bertaux, 1993). Así pues, basta con considerar a las familias como lugares de *producción antropométrica* para darse cuenta de su gran complejidad. Ahora bien, ésta sólo se analiza bien en una perspectiva a la vez sincrónica y *diacrónica*, porque esta producción, lo que se juega en ella, sus reglas implícitas y sus objetivos sólo se descubren *a largo plazo*.

Dicho de otro modo, los relatos de vida —y las historias familiares a modo de relatos convergentes dentro de una misma familia— pueden contribuir al conocimiento sociográfico de formas y tipos de familias situadas de nuevo en su contexto social y su época, y también, por ejemplo, de aspectos cruciales de ciertos fenómenos de movilidad social (modos de transmisión de los «capitales» familiares) o más generalmente del cambio en la sociedad: por ejemplo, de la evolución histórica de las relaciones sociales de género.

La experiencia de la escuela y de la formación de los adultos

En las sociedades desarrolladas, la escolarización ya forma parte de toda experiencia de vida. Su objetivo primordial es socializar y desarrollar las capacidades de los individuos: en este sentido, como observó acertadamente Durkheim, produce a la vez lo mismo y lo diferente. Sean cuales sean los orígenes de los niños, la escolarización trata de inculcarles una misma lengua nacional, los mismos códigos de buena conducta, los mismos símbolos, los mismos valores, para que todos los individuos así formados (en el sentido estricto de «dar forma») puedan después comunicarse entre sí, comprenderse, anticipar correctamente sus comportamientos recíprocos, poseer referencias comunes. Ésa es la tarea principal asignada a la enseñanza primaria.

Pero la escuela produce también lo diferente, es decir, capacidades específicas. Ésa es la tarea de la enseñanza especializada (final de la secundaria, enseñanza superior, formación de los adultos). Va acompañada de un proceso de competencia y de selección, inevitable pero doloroso dadas las grandes diferencias de retribución entre los diferentes oficios en una sociedad de clases (Dubar, 1991; Dubet y Martucelli, 1996). La selección escolar viene a ser una apuesta arriesgada en la que cada familia moviliza sus recursos económicos, culturales, incluso relacionales para tratar de que sus hijos puedan superar con éxito las etapas sucesivas del proceso de selección.

El estudio de la trayectoria de formación por medio de relatos de vida permitirá comprender mejor lo que sucede dentro de este inmenso proceso, aportando datos sobre fenómenos inaccesibles mediante otras técnicas (para la formación postescolar, véase por ejemplo Pineau y Jobert, 1989).

La inserción profesional

La formación va a desembocar en principio en el empleo, pero ese paso no es automático. Las encuestas estadísticas del INSEE muestran que son muchas las personas que ejercen una profesión que no se corresponde con su formación escolar. ¿Cómo analizar sociológicamente la búsqueda de empleo sin recurrir a las descripciones que pueden hacernos aquellos y aquellas que la han vivido? Las encuestas es-

tadísticas fracasan, como ha mostrado Chantal Nicole-Drancourt (1994), a la hora de dar cuenta de las diferencias de trayectoria de empleo para una misma formación.

Para captar la razón de esas diferencias, Nicole-Drancourt reunió en Chalons-sur-Saône los relatos de vida de cincuenta jóvenes de treinta años que habían acabado el ciclo escolar doce años antes, es decir, a los dieciocho años. Sólo así pudo mostrar con toda claridad un factor importante, que no está vinculado ni al «capital» de las familias de origen ni a las características del mercado de trabajo, sino a la personalidad de los jóvenes, chicos o chicas: su «relación con el trabajo» (Nicole-Drancourt, 1991). Esta encuesta abrió el camino a otras que «seguirían» *sobre el terreno* el recorrido de inserción de grupos específicos de jóvenes, y que permitirían de este modo comprender, por encima de la fachada institucional de los períodos de prácticas y otros contratos de inserción, lo que pasa realmente entre el final del período escolar y la búsqueda de un empleo estable (quedando abierta la cuestión de saber quién es el que «toma» al otro, el empleado o el empleador).

El empleo

La esfera del empleo está formada por un gran número de mundos sociales: ramas, sectores profesionales, oficios. Cada empresa privada o pública constituye un universo específico que tiene sus propias tradiciones, sus reglas explícitas y sus normas tácitas, que ofrece sus propias perspectivas de formación en el taller, de carreras potenciales, y también sus riesgos (sobre la salud, por ejemplo), y que presenta sus propias jerarquías: relaciones de autoridad, modos de organización, derechos reconocidos a los asalariados, posibilidades de sindicación y de construcción colectiva de una relación de fuerzas frente a los poderes del empleador.

... *h. na* La sociología del trabajo y la de las organizaciones tienen por objeto estudiar, analizar, comprender las relaciones sociales de producción y de poder con que se estructuran las empresas. Esas dos disciplinas especializadas han prestado hasta ahora más atención a los aspectos sincrónicos que a los diacrónicos de su objeto de estudio. Pero no es difícil imaginar todo lo que un análisis de las trayectorias

profesionales dentro de una misma empresa o de una misma rama contribuiría a su comprensión.

Permitiría, por ejemplo, percibir el fenómeno que hemos mencionado antes y que llamábamos «diferencialidad». Atañe a los individuos y también a los grupos enteros. No deja de tener interés, por ejemplo, saber que, en contra de lo que ocurría en las empresas alemanas, dirigidas por gerentes formados siempre si no dentro de la misma empresa, al menos dentro del mundo industrial y comercial, la mayoría de las grandes empresas francesas públicas o privadas estaban dirigidas por miembros salidos de la Escuela de Administración.* Este hecho apunta a un gran problema que hay que estudiar al amparo de los modos de reclutamiento, las alianzas y el papel del capital social, las luchas sordas pero decididas entre grandes cuerpos del Estado y el papel de las afiliaciones políticas en esas luchas. Ahora bien, lo que vale para los dirigentes, es decir, la diferencialidad de su conducta de dirigentes en función de sus orientaciones anteriores y de la organización colectiva de tales orientaciones, vale para cada nivel jerárquico de las organizaciones.

En la medida en que las conductas se toman a largo plazo, también se pueden deducir los tipos de conducta a medio plazo, que son valorados o devaluados bien por los compañeros de trabajo, o bien por la dirección (que no son necesariamente los mismos); lo que conduce no sólo a una mejor comprensión de la lógica de promoción, de marginación o de despido, sino también a la economía moral colectiva específica de una organización. Los/las empleados/as no son simples máquinas, sino personas que persiguen con ilusión sus propios objetivos, a la vez que mantienen y fomentan sus expectativas respecto de la organización; expectativas que la dirección sólo percibe de una forma confusa, puesto que tiende a considerar a sus empleados como instrumentos. Este fenómeno puede desembocar en conflictos tan violentos como imprevistos.

Se puede ir más lejos y estudiar sólo un ramo partiendo de los relatos de vida de sus agentes, como hemos hecho nosotros con la panadería artesana (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1980; Bertaux-Wiame, 1982a, 1982b) o Danielle Gerritsen con el barcaje y el taxi (Gerritsen,

* En francés *énarques*, ex alumnos de ENA (Escuela Nacional de Administración). (N. del T.)

1987). Si cada panadería constituye un microcosmos de trabajo y de vida, el conjunto de las panaderías del país —regidas por los mismos reglamentos estatales, los mismos imperativos materiales y las mismas normas tácitas de la profesión— constituyen un *mundo social* alimentado por la energía de más de cien mil personas, y que contribuye a su vez a alimentar a más de cincuenta millones. Sólo al amparo de estos relatos de vida vistos como relatos de prácticas hemos podido comenzar a descifrar no sólo la lógica del itinerario de sus agentes, sino también la dinámica interna de este ramo artesano a largo plazo, la única capaz de explicar su extraordinaria capacidad para resistir los asaltos permanentes de la panadería industrial que, en tantos otros países, ha acabado con la panadería artesana.

La articulación de los ámbitos de existencia

La breve enumeración de cuatro grandes ámbitos de existencia no debe hacernos olvidar su *articulación concreta* en las experiencias de vida. Son muchos los sociólogos que, desde hace unos quince años, han puesto en tela de juicio la compartimentación entre sociología del trabajo, sociología de la familia y sociología del hábitat. Ésa es incluso una característica específica de la sociología francesa, como muestran, por ejemplo, los trabajos del taller producción-reproducción del IRESO, de Agnes Pitrou, de Marie-Agnès Barrère-Maurisson, de François de Singly, de Isabelle Bertaux-Wiame y de sus colegas, de Françoise Bloch y Monique Buisson. Todos esos trabajos muestran que la elección de la orientación escolar, las estrategias de inserción profesional, la elección de residencia no son tanto opciones personales como familiares. Las familias son el lugar donde se llevan a cabo permanentemente negociaciones, deliberaciones, microsíntesis y transacciones entre distintas lógicas. Para captar este tipo de fenómenos hay que concentrar la atención en los lugares donde se originan, considerándolos no sólo en la sincronía, sino también en una perspectiva diacrónica que incorpora su componente temporal. Las familias *contienen* el tiempo más y mejor que las existencias individuales; mejor, porque generan nuevas *temporalidades* mediante la producción de nuevas vidas, lo que, mediante el fenómeno de la transmisión intergeneracional, introduce la temporalidad cíclica de las generaciones.

¿Cómo captar esta doble dimensión de la *articulación* de los ámbitos de la existencia y de la *duración* en la que se efectúa si no es precisamente mediante el recurso a los relatos de vida individuales, o aún mejor, *cruzados* (marido y mujer, véase Delcroix, 1995), y a las historias familiares que constituyen su prolongación natural (Bertaux, 1992)? ¿Qué otra actividad podría recoger en su fuente esa dinámica temporal de articulación?

Ámbitos específicos

La lista de ámbitos que se puede estudiar mediante el recurso a los relatos de vida incluye igualmente no pocos ámbitos *específicos* para los que, efectivamente, se han utilizado. Así, por ejemplo, las trayectorias de elección de residencia (Bertaux-Wiame), de la emigración y de la situación de inmigrado (de Thomas y Znaniecki a Catani y Abdel-Malek Sayad), de la delincuencia juvenil (de Clifford Shaw a Christian y Nicole Léomant), de la delincuencia profesional (Sutherland), del uso de estupefacientes (de Lindesmith y Howard Becker a los numerosos estudios contemporáneos), de las madres solteras (Nadine Lefaucheur, Vincent de Gaulejac y Nicole Auber), de las relaciones de padres divorciados a sus hijos (Bertaux y Delcroix), de los parados de larga duración (Grell y Wéry), de los mandos en paro (Schnapper), de la experiencia de la pobreza (Laé y Murad), de los sordos (Mottez), de los discapacitados mentales (Diederich), de los enfermos crónicos (Baszanger), de la experiencia de los campos de concentración (Pollak). Esta lista no es exhaustiva (para las referencias, véase Heinritz y Rammstedt, 1991); aquí sólo tiene valor de recordatorio. Los temas que esperan ser objeto de investigaciones biográficas son todavía muy numerosos.

Conclusión

«Cualquier experiencia de vida encierra en sí una dimensión social.» Esta frase de Alfred Schütz resume por sí sola el espíritu en el que los relatos de vida, en tanto que testimonios acerca de la experiencia vi-

vida, pueden ponerse al servicio de la investigación sociológica. En la perspectiva etnosociológica, las experiencias vividas son otros tantos yacimientos de saberes que sólo piden ser explotados en beneficio del conocimiento sociográfico y sociológico (Bertaux, 1980). Pero para eso hay que liberarse de la poderosa influencia del modelo autobiográfico. Aquí no se trata de intentar comprender a un individuo determinado, sino una parte de la realidad social-histórica, un objeto social.

La primacía dada a la dimensión social me ha llevado a fomentar un concepto específico del relato de vida, el relato de vida como relato de prácticas sobre el terreno. El método etnosociológico trata de comprender un objeto social «en profundidad»; si recurre a los relatos de vida no es para comprender tal o cual persona en profundidad, sino para adquirir datos de quienes han pasado una parte de su vida dentro de ese objeto social, para obtener informaciones y descripciones que, una vez analizados y reunidos, ayuden a comprender su funcionamiento y su dinámica interna.

Si hemos insistido tanto en este punto ha sido por la confusión tan extendida que existe entre relato de vida y autobiografía. Aunque es una confusión comprensible: desde los primeros trabajos de la Escuela de Chicago, fue la publicación *in extenso* de autobiografías redactadas a petición de ciertos investigadores lo que más atrajo la atención del público. Pero como ocurre en la historia de los árboles que no dejan ver el bosque, esas autobiografías célebres de personas anónimas ocultaron el trabajo de campo de los investigadores ante decenas, incluso centenares de otros «casos». La publicación al final de una investigación etnosociológica de una sola «historia de vida», especialmente típica porque sirve de ejemplo de los mecanismos y de los procesos sociales propios del objeto social estudiado, no responde a la «función de investigación» de los relatos de vida sino a otra función, la *función expresiva* o «función de comunicación». Es necesario distinguir ambas funciones; ése es el objeto del capítulo siguiente.

3. Tres funciones de los relatos de vida

El relato de vida tomado como un medio de investigación es algo muy distinto de la forma oral de una autobiografía en potencia. Es cierto que, lo mismo que la autobiografía, es un testimonio de la experiencia vivida, pero es un testimonio orientado por la *intención de conocer* del investigador que lo recoge. Esta intención, manifestada ya en el primer contacto, comprendida, aceptada eventualmente, queda interiorizada por el sujeto bajo la forma de un filtro implícito a través del cual selecciona, en el universo semántico de la totalidad interior de sus experiencias, lo que será capaz de responder a las expectativas del investigador.

Quizá sorprenda la forma de cargar el acento sobre el papel del investigador. ¿No se ha dicho y se ha repetido, incluso por parte del autor mismo de estas líneas, que el relato de vida sólo adquiere toda su importancia en la medida en que el sujeto logra hacerse con la dirección de la entrevista? Sí, eso sigue siendo cierto; pero esa dirección por parte del sujeto se lleva a cabo dentro de un pacto previamente establecido, que marca de entrada una orientación general de la entrevista.

Y es el investigador quien marca esa orientación al manifestar su objeto de estudio. También es él, y sólo él, quien sabe lo que pretende hacer con el relato al que va a asistir. Si aún está al comienzo de su investigación, en su fase de *exploración*, los primeros relatos de vida le servirán para «amojonar» el terreno. Si comienza a conocer bien el terreno y ha observado (o ha creído observar) algunos fenómenos interesantes del proceso, tratará de orientar hacia ellos el testimonio del sujeto: los relatos de vida se reciben entonces con una in-

tención *analítica*. Finalmente, si piensa que ha llegado al punto en que su modelo ya está bien saturado, pero ha decidido aceptar el relato de vida de alguien cuya experiencia le parece *a priori* que contiene, encarna y sirve de ejemplo a una extensa parte de las relaciones y de los procesos sociales estudiados (con la intención de publicar amplios extractos), entonces se trata de algo distinto: de dar a *este* relato de vida una *función expresiva*.

Sucede en la práctica que las tres funciones se solapan parcialmente. Sin embargo, su distinción previa contribuye a esclarecer considerablemente las cosas. Esto lo hemos tratado en un artículo citado con frecuencia (Bertaux, 1986) del que sólo podemos decir aquí lo esencial.

La función de exploración

Cuando un estudiante o un investigador entra en un terreno desconocido, no cabe duda de que su primera reacción será buscar uno o varios «informadores centrales» capaces de proporcionarle una descripción de conjunto del objeto social estudiado. Esas entrevistas no pretenden adquirir ya la forma de relatos de vida; se trata más bien de conversaciones generales para «otear el horizonte». Pero es conveniente no olvidar ya que el horizonte de percepción depende por completo de la posición desde donde se le observa... Tales informadores ofrecen descripciones «vistas desde el centro», y a veces «vistas desde lo alto», es decir, desde una posición de poder. Tienen intereses que proteger y representaciones del objeto social que defender. En definitiva se corre el riesgo de no recoger más que las conversaciones convenientes, al menos mientras el magnetófono está en marcha.

Por eso será necesario en la medida de lo posible recurrir a simples participantes e interrogarles sobre su experiencia concreta del objeto social estudiado, a lo que el «relato de prácticas en situación» se presta perfectamente.

Esos primeros testimonios versarán sobre la descripción de los hechos que aún no le son familiares al investigador. En el mejor de los casos sólo los comprenderá a medias. Tendrá que interrumpir a veces el hilo de la conversación para que le expliquen tal o cual pala-

bra del lenguaje local (la jerga del oficio, por ejemplo) o tal o cual fenómeno mencionado antes con una simple alusión. No debe sentirse culpable por transgredir de esa forma una de las reglas de oro de la entrevista narrativa: animar al sujeto para que hable, mediante sencillas aprobaciones y palabras de ánimo, interrumpiéndole lo menos posible. En esta fase de exploración el investigador tiene que aprenderlo todo y también —es lo más difícil— desaprenderlo todo: tiene que poner en tela de juicio las ideas preconcebidas con que llegaba. En cierto modo se halla al comienzo de un proceso de formación continua que durará hasta el final del trabajo de campo. En esta fase de exploración, las primeras entrevistas tienen por principal objeto iniciarle en las particularidades del terreno.

La función analítica

En la investigación etnosociológica, el análisis comienza por las primeras entrevistas. Escucharlas una y otra vez, transcribirlas, leerlas y releerlas, analizarlas, releer las notas del trabajo de campo es el mejor método para hacer que avance rápidamente la «formación» del investigador. Pero esta palabra hay que interpretarla al menos en dos sentidos. En primer lugar se trata de la formación para la recogida misma de entrevistas: el investigador, al escucharse, caerá en la cuenta de sus errores. Pero se trata también de formación como desarrollo progresivo, en la mente del investigador, de lo «que sucede realmente» dentro del objeto social que se está estudiando.

En esta fase analítica, que por lo demás viene a continuación de la fase exploratoria, la función de los relatos de vida cambia progresivamente. El investigador, aleccionado por la escucha y el análisis de las primeras entrevistas y por la información recogida en otras fuentes, dispone ya de una representación mental —es cierto que todavía muy incompleta— de los mecanismos de funcionamiento (*inner workings*) de su objeto de estudio. Trata de perfeccionarla multiplicando los relatos de vida, siguiendo mediante la reflexión las pistas que le descubren los testimonios, desarrollando los indicios que se le ofrecen en los rodeos de una frase. Su forma de escuchar es mejor; ahora, mientras el sujeto sigue contando su experiencia personal, pue-

de fijar su atención más allá, sobre lo que esa experiencia le revela acerca de las relaciones sociales dentro de las cuales se halla inscrita.

Pero los relatos de vida desvelarán progresivamente sus riquezas sobre todo mediante el análisis de su transcripción. Su función en este caso es ofrecer una multitud de indicios que permitan ensamblar hipótesis tras hipótesis, comprobarlas mediante la comparación y no conservar más que las más pertinentes para la construcción del modelo. Ésa es la función analítica de los relatos.

La fase analítica termina cuando las entrevistas apenas aportan algún valor añadido al conocimiento sociológico del objeto social. Para alcanzar el punto llamado de «saturación» del modelo hace falta tiempo y/o un trabajo en equipo. Según mi experiencia, lo que más tiempo lleva no es la aparición de recurrencias empíricas: éstas, a poco que se haya elegido un objeto de dimensiones restringidas, llegarán rápidamente ya desde los primeros relatos de vida. Lo que más tiempo lleva es captar sus verdaderos significados y expresarlos en términos justos, lo cual quiere decir, en principio, en términos sociológicos.

Por eso hay que comenzar el análisis desde el principio del trabajo de campo. Por eso el investigador debe prestar la máxima atención a todo lo que le sorprende de alguna forma, le incomoda, incluso lo que va en su contra, porque esas reacciones espontáneas son otros tantos signos de que la realidad no se corresponde con lo que él imaginaba. Si la realidad sólo se expresa bajo la forma de archivos o de estadísticas, le costará trabajo traspasar la costra de los prejuicios del investigador. En la entrevista, la experiencia de la realidad adquiere forma humana, adquiere vida y cobra voz; su fuerza de persuasión aumenta de manera considerable. Si el investigador sabe permanecer atento a lo que desequilibra sus representaciones, podría muy bien llegar a hacer tambalear ciertas hipótesis, a echar por tierra una perspectiva que tendría mucho que ver con la famosa «ruptura con el sentido común». En ese caso habrá descubierto realmente algo nuevo, lo que bastaría para justificar su trabajo —aunque no llegara, por falta de tiempo o de experiencia, a saturar su modelo.

La función expresiva

Algunos relatos de vida están tan cargados de fuerza expresiva que el investigador se verá tentado a publicarlos. Los problemas que esto plantea y los efectos que esto produce se examinarán en el último capítulo de este libro. Señalemos aquí solamente que la publicación íntegra de relatos de vida no es indispensable y que, de todos modos, no es la prolongación de las otras dos funciones. Al publicar un relato de vida *in extenso* se le obliga a desempeñar una función no de investigación sino de *comunicación*.

Para comprender esto vamos a utilizar el ejemplo de la obra publicada por Pierre Bourdieu y veintitrés colaboradores en 1993, *La miseria del mundo*. Esta obra obtuvo una gran acogida, además muy merecida. Pero ¿cuál es la función que en ella desempeñan las cincuenta y tantas transcripciones de entrevistas que contiene y que a veces dan la impresión de ser minirrelatos de vida? No puede ser una función de investigación, en la medida en que cada uno de esos sociólogos que ha recogido y comentado un relato disponía ya de un excelente conocimiento, adquirido a lo largo de muchos años de investigaciones, acerca del campo de relaciones sociales dentro de las cuales se hallaba inmerso el itinerario vivencial del testimonio.

La función que les hace ejercer la economía semántica de la obra es precisamente la función expresiva, mediante lo que Bourdieu llama «ejemplificación». Una obra universitaria con una serie de capítulos en la que unos cuantos sociólogos hubieran descrito minuciosamente la situación objetiva y las dificultades de los campesinos, de los obreros, de los empleados/as, de los/las docentes, de los trabajadores sociales, de los/las estudiantes de segunda enseñanza en la Francia contemporánea, no habría tenido el mismo éxito. La inserción de transcripciones íntegras de entrevistas le ha dado una forma completamente distinta, la de una *obra ilustrada* —dicho sea sin connotación peyorativa alguna—. Sólo que aquí las «ilustraciones» son textos de testimonios, fáciles de leer (si no de comprender), que llaman de inmediato la atención del lector, del mismo modo que ojeando una obra ilustrada la vista va enseguida tras las imágenes, porque «hablan» inmediatamente a la imaginación.

Está claro que la función expresiva de los relatos de vida no pertenece en absoluto a la misma lógica que sus otras funciones de in-

vestigación (la de exploración y la analítica). Eso probablemente explique las grandes reticencias de muchos universitarios hacia este tipo de publicaciones. Quizá tengan la impresión de que el investigador, al hacer públicos sus datos, tiende a abandonar su papel de analista, poniendo así en peligro el carácter científico de su disciplina. Se trata de un malentendido, pero es especialmente correoso; volveremos sobre él en el último capítulo.

4. La obtención de relatos de vida

Verdaderas y falsas dificultades

Henos aquí ya a pie de obra. En los capítulos precedentes se ha descrito un marco en el que se utiliza el recurso etnosociológico a los relatos de vida y en ellos se ha ofrecido una concepción de los relatos adaptada a ese marco. Obtener un relato de vida en ese sentido plantea no pocos problemas, pero no los que se cree de ordinario. Lo más difícil no es tanto dirigir bien la entrevista cuanto lograr que se cree una situación de entrevista.

Sin duda os habréis encontrado en la situación en que una amiga o un camarada os cuentan un episodio más o menos dramático de su vida. Habéis sabido escucharle, manifestar vuestro interés mediante la expresión de vuestro rostro y haciéndole preguntas como «¿Por qué hizo eso?», «¿Y tú que has hecho?», «¿Cómo te lo has tomado?». Después de todo, ya habéis adquirido una cierta experiencia de lo que es escuchar un relato de vida (muy pequeña en este caso). Sabéis que la persona en cuestión, una vez lanzada y debidamente alentada, llegará hasta el final de su relato. Tened confianza. Obtener un relato de vida más amplio no requiere esfuerzos sobrehumanos. Si dais con alguien que tiene ganas de hablar, si tenéis interés en escucharle y sabéis manifestar ese interés, ya tenéis lo esencial. Además, a medida que vayáis dominando el campo iréis mejorando progresivamente vuestra capacidad de hacer entrevistas. Mediante ese dominio aprenderéis a escuchar, a dar un impulso a la conversación cuando lo necesita, a «oír» y comprender al instante las palabras del otro, a dominar vuestros impulsos y a plantear las *oportunas* cuestiones en el momento *oportuno*.

Lo más difícil será hallar los primeros voluntarios, puesto que apenas tenéis experiencia de cómo hacerlo y de eso apenas hablan las obras de metodología. Así pues, comencemos por ahí.

La apertura de un campo

Supongamos que vuestro primer campo de operaciones es un microcosmos, una *community*, un lugar donde todo el mundo se conoce al menos de vista. Os dirigís a él para observar, pero tan pronto como aparecéis por allí os dais cuenta de que se os observa. La gente se pregunta qué es lo que habéis ido a hacer allí, cuáles son vuestras intenciones, quién os envía, qué institución está detrás de vosotros, para quién trabajáis, para qué (y para quién) será de provecho ese trabajo, en resumen, cuál es vuestra «identidad».

Muy pronto tendréis que responder a esas preguntas de forma convincente, tendréis que *construir vuestra identidad de investigador*. Sin trampas, por supuesto, con toda naturalidad, pero también con convicción, sin asomo de dudas. Si sois estudiante, eso es una ventaja, se ofrecerán a ayudaros. Si sois investigador, significa que estáis pagados para hacer ese trabajo: ¿por quién?, ¿para hacer qué? «Historiador» tiene más aceptación que «sociólogo»; «etnólogo» puede originar actitudes de rechazo. Evitad el término «investigación», que suena demasiado a inspector. Y dejad bien claro que no sois periodista porque en muchas partes éstos tienen mala reputación. No variéis vuestras respuestas, ya que éstas circularán de boca en boca y vuestras contradicciones causarían mal efecto.

Si ya tenéis un contacto con una persona en el campo de operaciones, eso hará más fácil vuestra inserción. Pero tendréis que explicarle lo que pretendéis y ganar su confianza. Si lográis convencerla, ella os orientará hacia ciertos informadores centrales y quizá os los presentará ella misma. Hablaréis con ellos. Si esos primeros encuentros de exploración tienen éxito, si habéis causado buena impresión, os ayudarán indicándoos otras personas a quienes podréis entrevistar. Les hablaréis de vuestro proyecto de investigación.

Pero tendréis que convencerlos también a ellos, por teléfono o cara a cara, de que acepten una entrevista. Cosecharéis no pocas ne-

gativas, cuyas razones es necesario entender, puesto que son como mensajes silenciosos sobre el clima que reina en ese lugar, sobre lo que está en juego, sobre los conflictos que no afloran a la superficie y la configuración de los entramados. No os desalentéis porque, a pesar de todo, vuestra investigación sigue avanzando. Comprender los obstáculos que se encuentran durante el trabajo de campo equivale a comprender un poco ese mismo campo.

He aquí algunos ejemplos. Cuando en mi primera investigación decidí interesarme por la panadería artesana, comencé por visitar todas las panaderías de mi barrio (un rincón del distrito 13 de París) para pedir una entrevista con «el jefe». Éste salía del horno, estresado, viendo cómo se interrumpía su trabajo; me preguntaba quién era yo y por qué me interesaba tanto por su panadería. Yo daba a conocer mi identidad de sociólogo del CNRS («institución pública de investigación básica»): eso no parecía convencerle demasiado como para aceptar una entrevista. Yo explicaba entonces que mi investigación estaba financiada por el CORDES, la rama de investigación de la Comisión del Plan. Entonces, educadamente, me condujo hasta la puerta de salida.

Tras repetirse varias veces esta experiencia desalentadora, terminé por comprender que presentarse a los pequeños comerciantes como alguien apoyado por el Estado no es la mejor manera de entrar en materia (hoy, sin la menor duda, les diría que trato de escribir un libro sobre la dura vida del panadero).

Traté entonces de buscar panaderos obreros. Me dirigí a la Bolsa del Trabajo donde me enteré de que existía un (pequeño) sindicato CGT de los obreros panaderos que atendía todos los lunes por la tarde. Me dirigí a él y di con tres obreros panaderos de unos sesenta años. Me recibieron con los brazos abiertos: ¡por fin alguien se interesaba por sus problemas! ¡Tenían tantas cosas que denunciar! El trabajo de noche, las sesenta horas semanales (seis noches de diez horas por semana), los bajos salarios, las malas condiciones de trabajo, el cansancio acumulado, las enfermedades profesionales no reconocidas. Me consideraban un aliado. Todos se ofrecieron voluntarios para contarme su vida de trabajo, desde el aprendizaje, desde la infancia si era necesario.

Más tarde, cuando Jacqueline Dufrêne, que había participado en la encuesta de París, se trasladó a Marsella, tuvo también una cálida acogida por parte de los obreros panaderos marseleses.

De estas primeras experiencias de campo yo llegué a la conclusión, que se había de confirmar más tarde, de que si se pueden presentar los trabajos de investigación de tal forma que parezcan útiles a ciertas categorías de personas, no habrá dificultad para que se os abran las puertas. Esta norma vale sobre todo para las categorías sociales —muy numerosas por cierto— de las que nunca se habla en los medios de comunicación, o si se hace es sólo para caricaturizarlas.

En cuanto a los artesanos panaderos, yo he terminado por tener aceptación entre ellos. En vacaciones en un pueblo de Bearn, entré una vez en una panadería con mi mujer Isabelle quien, como historiadora, comenzaba a interesarse por mi investigación. Era una hora de poca actividad. Preguntamos a la dueña si podíamos ver a su marido. Llegó del horno, blanco de harina. Le expliqué que mi mujer y yo trabajábamos juntos en una investigación sobre... Él me cortó: «¡Mira por dónde, ustedes son como nosotros, trabajan en pareja! Nosotros hacemos pan y ustedes investigan!». Refinamos todos juntos. La imagen que yo proyectaba «ante mí» (mi identidad en el trabajo de campo) había cambiado de pronto: ya no se me veía como un enviado del «Estado»; gracias a la presencia de mi mujer junto a mí, yo adquiría la figura simpática de uno de los miembros de una pareja de trabajo. En cierto modo un artesano, cosa que, hasta cierto punto, también lo soy efectivamente...

Entrevistamos a esa pareja y después a sus amigos panaderos de los valles vecinos. De vuelta a París, nos presentamos de nuevo en pareja y todo funcionó. Desde que comenzamos a conocer un poco ese medio, todo fue más fácil. Comprendimos muy pronto qué era aquello de lo que los panaderos querían hablar (su éxito social a pesar de las dificultades); ellos mismos sabían lo que les íbamos a preguntar, al menos aquellos a quienes nos dirigíamos a través de nuestros contactos. Al final de la encuesta teníamos más propuestas de entrevista de las que podíamos atender.

Ése es el fenómeno llamado de «bola de nieve» (*snowball sampling*): los comienzos son muy difíciles, pero después todo resulta sencillo. En la década de 1970, en plena dictadura militar, la socióloga brasileña Aspasia Camargo creó el proyecto de reunir los relatos de vida de los políticos y generales que habían dirigido el país durante una fase precedente de dictadura. Todos ellos estaban ya retirados pero, a pesar de todo, al principio obtuvo una sucesión de negativas.

Después un viejo general se decidió, seguido de un hombre político. Muy pronto se vio asediada por las peticiones: los demás también querían dar su versión de los hechos (Camargo, 1981).

Este último ejemplo demuestra que no hay situación desesperada. Cualquier mundo social tiene sus puertas de entrada que es necesario descubrir; buscarlas no deja de tener su interés.

Si vuestro objeto de estudio es del tipo «categoría de situación», eso significa que las personas que os interesan se hallan dispersas en la población. ¿Cómo encontrarlas? Puede suceder que al menos una parte de ellas tengan un punto de encuentro, y es ahí donde debéis ir primero; pero sabed que allí no encontraréis más que una sola «clase» de personas. No todas las que se encuentran sin trabajo frecuentan la ANPE;* limitándoos a las que allí encontraríais permitiríais que una administración del Estado definiera vuestro campo de observación en vez de tomar las «clasificaciones» que ella lleva a cabo como objeto de reflexión sociológica.

Encontrar sujetos potenciales es mucho más difícil si vuestra categoría de personas no cuenta con un punto de reunión. ¿Cómo hallar padres divorciados o separados que ya no ven a sus hijos? Catherine Delcroix se tuvo que enfrentar a este problema. Como era de suponer, la noticia de boca en boca sólo le puso en contacto con divorciados de la clase media asalariada. Para llegar a las clases populares se dirigió a un centro de trabajo social que contaba entre su clientela regular con unas veinte madres que se cuidaban solas de su(s) hijo(s). Pudo hablar con ellas. Esperaba, por su mediación, poder contactar con los padres, pero no hubo nada que hacer. Algunas hubieran querido de buena gana hallar de nuevo al padre que el hijo reclamaba, pero habían perdido su rastro. Otras habían suspendido el contacto por su propia iniciativa y no deseaban en modo alguno reanudarlos. También había algunas que tenían miedo de que el padre diera con su paradero.

Este fracaso fue aleccionador. La hipótesis inicial de esta investigación era que la razón por la cual cerca de la mitad de los padres divorciados o separados sólo mantienen contactos esporádicos con su(s) hijo(s) se debía a la actitud egoísta de los propios padres. Esta hipótesis comenzó a ponerse en tela de juicio cuando se pudieron

* Para ésta y otras siglas similares véase al final de la obra. (N. del T.)

comprobar las enormes reticencias de las madres para reanudar el contacto con el padre.

Así pues, ¿dónde encontrar a esos padres y cómo convencerlos para que cuenten la forma en que «abandonaron» a sus hijos? Catherine Delcroix visitó todos los centros sociales del barrio, restaurantes de mediodía de precios módicos, peluquerías para hombres, y sobre todo cafés populares hacia el final de la tarde. Encontró, efectivamente, «padres separados». Ella esperaba una acogida más bien fría, pero esos hombres, al menos los que aceptaron hablar con ella, sufrían enormemente por la pérdida de contacto con sus hijos. Reconocían sus errores, pero se creían víctimas de un proceso inflexible —«hagas lo que hagas, la justicia siempre da la razón a la madre»— y deseaban manifestarlo. Así fue como la encuesta fue adquiriendo importancia (Delcroix, 1990).

En resumen, no se deben subestimar las dificultades iniciales, y es de suponer que uno va a atascarse un poco al principio; pero tampoco se trata de sobrestimarlas, porque las personas pueden tener sus propias razones de hablar. No obstante, sólo se fiarán de vosotros si sienten confianza. Lograr una identidad de investigador con el fin de inspirar ese sentimiento constituye la apuesta principal de la apertura de un campo de trabajo.

La concertación de la entrevista

Situémonos en la posición más delicada: aún no habéis encontrado a la persona, ella nunca os ha visto; no obstante, alguien cuya confianza os habéis ganado y en la que ella también confía le ha dicho que la llamaréis para pedirle una entrevista. Tenéis que convencerla de que acepte.

Tendréis que ser claros, precisos, naturales y concisos. Ensayad vuestras frases antes de descolgar el teléfono. Ponedlos en la situación del otro: él o ella no tiene *a priori* ningún interés en contar su vida a un(a) desconocido/a y, por otra parte, tampoco es eso lo que vosotros queréis. A vosotros os interesa sólo su experiencia *en cuanto* miembro de una categoría social. Este matiz es fundamental. Por lo tanto, diréis en primer lugar quiénes sois («trabajo en una tesina de magis-

terio, una tesis, un libro sobre...»); tendréis que mencionar el objeto social en términos familiares, dejando de lado el vocabulario propiamente sociológico y os las ingeniaréis para introducir de alguna forma el verbo «contar» o un equivalente (por ejemplo, «Me han dicho que usted podría contarme cosas interesantes»). Si la persona duda, si dice por ejemplo que no tiene nada que valga la pena contarse, decidle que son precisamente esas personas las que a vosotros os interesan. Añadid que tendréis para algo más de una hora. Insistid un poco, pero no demasiado: el respeto al otro debe ser prioritario. De todas formas, no podréis obligar a una persona a que os conceda una entrevista si ella no quiere. En caso de fracasar, sed educados, manifestad vuestro pesar, obrad como si vuestros caminos hubiesen de encontrarse de nuevo.

Si la persona acepta la posibilidad de mantener una entrevista, no la dejéis que comience por teléfono, proponedle un encuentro con ella. La gente tiene obligaciones, empleos del tiempo y ritmos cotidianos sobrecargados que tendréis que aprender a respetar. Mientras no conozcáis esos ritmos, dejad que ellas elijan el momento del día y el lugar del encuentro. Sabed, no obstante, que el éxito de la entrevista depende en parte del contexto, y que lo ideal es un lugar y un momento en los que os halléis cara a cara, sin interferencias, sin un teléfono al alcance de la mano y con suficiente tiempo por delante. Fijad una fecha lo más cercana posible; dejad, en la medida de lo posible, un número de teléfono donde se os puede localizar o dejar un mensaje. Si la persona se lo piensa y la anula, manifestad vuestra decepción y tratad de obtener otra entrevista.

Todo será más fácil si os habéis visto con la persona previamente, si habéis podido intercambiar algunas frases y si habéis concertado la entrevista en esa ocasión, porque en ese caso ya sabe con quién va a tratar.

Conviene recordar que vivimos en sociedades estructuradas en clases, fracciones de clases, sectores profesionales; ciertas relaciones entre grupos sociales existen antes que los contactos y los «codifican» previamente. Nosotros no podemos cambiarlos, ni podemos cambiar nuestra pertenencia social; no nos queda más remedio que asumirlos. Pero, desde que los sociólogos hacen un trabajo de campo, siempre han hallado una forma u otra de resolver los problemas (Mauger, 1991; Pinçon y Pinçon-Charlot, 1997).

Una de las normas de nuestra sociedad establece que no se niegue la comunicación sin un motivo válido. Eso os será muy útil, sobre todo si os presentáis como quien trata de comprender una situación que vuestro interlocutor, gracias a su experiencia, conoce mucho mejor que vosotros.

La preparación de la entrevista

La futura entrevista tendrá tanto más éxito cuanto mejor os hayáis preparado para ella. Considerad el tiempo de preparación —una a dos horas— como parte integral de vuestro trabajo de investigación.

Desde el inicio de vuestra indagación habréis tenido a mano un *cuaderno de campo* en el que habréis anotado todas vuestras actividades, vuestras entrevistas, sus resultados, vuestras observaciones y también vuestras reflexiones. Si habéis tomado notas durante las entrevistas precedentes —cosa que se recomienda encarecidamente—, esas notas también estarán en el cuaderno. Releedlas y haced balance de lo que ya creéis haber entendido del objeto en sí y sobre todo de lo que todavía resulta oscuro.

Después tomad de nuevo vuestra *guía de la entrevista*. No se trata, evidentemente, de un cuestionario, sino de una lista de preguntas que os surgen acerca del tema de estudio, su modo de funcionar, su contexto de acción. Durante la entrevista la tendréis al alcance de la mano sobre vuestra mesa, pero no os remitiréis a ella más que al final de la entrevista. Porque lo que tratáis es seguir el modelo de *entrevista narrativa*, que se compone de dos partes: en la primera, la más importante, induciréis al sujeto a que cuente su historia. Le alentaréis para que tome la dirección de la entrevista, mostrando vuestro gran interés por todo lo que él dice. No obstante, tendréis que saber aprovechar de pasada la oportunidad de pedirle que se extienda sobre tal o cual punto que forma parte de vuestra guía de la entrevista. Sólo al final de ella, si aún queda tiempo, os remitiréis a la guía para insistir en los puntos que no se han tratado (si falta tiempo, pediréis una segunda entrevista, o al menos una aclaración por teléfono).

Así pues, hay que leer la guía de la entrevista con ojo crítico. Y tiene que ser evolutiva: mediada la investigación no os plantearéis las

mismas preguntas (sociográficas o sociológicas) que al principio. Si, por ejemplo, en el transcurso de las entrevistas precedentes habéis intuido la existencia subyacente de un mecanismo particular, éste es el momento de añadir preguntas capaces de confirmar su existencia y de precisar su naturaleza.

Repasad también lo que os han dicho sobre la persona que vais a entrevistar; imagináros la clase de conocimientos que puede haber adquirido dada su situación y su trayectoria. Tomad nota para preguntarle sobre esto en el transcurso de la entrevista.

El objetivo de estas «revisiones» es prepararse mentalmente para la entrevista; y también agudizar el espíritu. Habrá que entender a medias palabras, imaginar por ejemplo situaciones que sólo se van a describir bajo uno de sus aspectos (el principal, desde el punto de vista del sujeto), plantear algunas preguntas pertinentes, pocas y en el momento oportuno. «Cuanto más claras se tengan las ideas sobre lo que se trata de entender y sobre la mejor manera de preguntarlo, más se aprenderá *sea quien sea* el informante.» Esta observación de Paul Thompson, uno de los fundadores de la historia oral en Gran Bretaña, resume todo lo que acabamos de decir (Thompson, 1988). Además, prepararse para una entrevista haciendo una revisión general de todas las circunstancias es también hacer avanzar el trabajo de análisis.

En fin, no hay que olvidarse de los detalles prácticos: comprobad pilas y grabadora, vestiros de forma adecuada a la situación de entrevista, comprobad el itinerario: llegar a la hora convenida es la primera muestra de seriedad.

El desarrollo de la entrevista

Hay que proscribir de entrada dos situaciones extremas: hablar demasiado, interrumpir constantemente, o no decir nada (cara inexpressiva, silencio equívoco). Tal como observa acertadamente Franco Ferrarotti, uno no cuenta su vida a un magnetófono. Y a un maniquí tampoco.

La actitud general

Cada uno hallará su propio estilo. Sed vosotros mismos, lo más naturales posible, atentos pero no ansiosos, abiertos pero concentrados. Relajaros, porque también tenéis derecho a equivocaros. De todas formas, la calidad de la entrevista no depende sólo de vosotros. Nunca sabréis si hubierais podido hacerlo mejor, tratad únicamente de hacerlo lo mejor posible. Vuestro interlocutor os ayudará a conseguirlo. Si ha aceptado la entrevista es porque, de una forma o de otra, tiene interés en ella. Liberaos de cualquier sentimiento de culpabilidad: no sois usurpadores de vidas ajenas, sino gente que origina testimonios. Vosotros pedís ayuda, pero con ello otorgáis al sujeto un «reconocimiento social» que quizá de otro modo sólo obtiene de forma muy escasa. Al ir a verlo demostráis que él sabe cosas que vosotros, a pesar de vuestro «título universitario», no sabéis, cosas que «la sociedad» no sabe.

El comienzo de la entrevista

«Para que una entrevista comience es necesario un contexto social, es necesario que quede clara la finalidad de la entrevista y que, como mínimo, se plantee una primera pregunta.» Así es como Paul Thompson, que en cuanto historiador que recurre a los testimonios considera lo mismo que nosotros a sus interlocutores como informadores, define la cuestión del arranque de tal entrevista. Hay tres puntos que merecen un comentario.

El «contexto social» ya se ha establecido en los contactos precedentes. Tenemos dos identidades sociales que se encuentran cara a cara: el sujeto sabe que se dirigen a él no en cuanto persona privada, sino en cuanto que posee una experiencia social específica, la que corresponde a vuestro objeto de estudio. Ante él vosotros representáis la universidad, el saber, «la sociedad». Él se dirigirá en primer lugar a esa sociedad a través de vosotros. En cierto modo va a ser necesario ir más allá de ese contexto social, hacer que surja y se desarrolle una *relación interpersonal* que invierta la relación social. No tengáis miedo de reconocer explícitamente vuestra ignorancia; si os dicen: «Yo, sabe usted, no tengo nada que valga la pena contar», responded que,

muy al contrario, lo que el sujeto ha vivido como tantos otros no está escrito en ninguna parte.

Mencionad de nuevo vuestro objeto de estudio en términos familiares y comenzad la entrevista con una frase que contenga el verbo «contar». Personalmente, yo nunca he utilizado una «consigna» (una frase de entrada) del tipo «Me gustaría que usted me contara su vida»: ¡es demasiado intimidatorio! En cambio, las entradas en materia del orden de «Quisiera que usted me contara cómo llegó a hacerse panadero», o incluso (para la investigación sobre los padres divorciados) «que me contara cómo se produjo el divorcio en su caso; ¿ha podido mantener usted el contacto con sus hijos?», siempre han funcionado bien. Si se pide explícitamente un relato de vida, eso significa que hay interés por la *persona* misma *en cuanto tal*, por la totalidad de su experiencia, incluso la privada. En cambio, si se menciona ya en la consigna la categoría social a la que pertenece o ha pertenecido (lo que corresponde de todos modos a la delimitación previa de la entrevista, al «filtro» que se establece desde el primer contacto), eso significa que el interés se refiere a un fenómeno *colectivo*. De ese modo se desactiva el carácter inquisitorial de la entrevista, orientando el espíritu del sujeto hacia ese fenómeno colectivo del que él o ella tienen una experiencia directa.

Acompañar

Queréis llevar a cabo una entrevista narrativa. Eso significa que queréis que vuestro interlocutor asuma lo más rápidamente posible el papel de narrador. Para ello podéis y debéis ayudarle de dos maneras: manifestando vuestro interés por lo que os cuenta (mímica, murmullos de aprobación) e interrumpiéndole lo menos posible. Si se detiene para elegir las palabras o reflexionar, dejad que pasen algunos segundos. Pero si la parada significa que os corresponde a vosotros hablar o preguntar, partid de su última frase, repetid sus últimas palabras, invítadle a continuar: «¿Cómo sucedió?», o «¿Qué pasó después?».

Cuando la entrevista, o más bien el sujeto, ya está bien lanzado, podréis intervenir con algunas preguntas. Pero atención, no le interrumpáis, esperad a que haya acabado una explicación (la interrup-

ción intempestiva es el defecto más común entre los principiantes) y no planteéis nunca dos o más preguntas a la vez.

Pronto aprenderéis a distinguir diferentes tipos de preguntas. Unas tienen que ver con el impulso para que prosiga, y consisten por ejemplo en pedir aclaraciones sobre una palabra que se acaba de emplear, una palabra claramente preñada de significados para el sujeto, y de la que quisierais saber el significado exacto.

Un tipo de pregunta bastante parecido es aquel mediante el cual se piden descripciones de contextos que pueden ser muy ricos en elementos sociales: «¿Puede describirme un poco el ambiente de...» (ese taller, ese servicio). Procurad en esta ocasión que os precisen las diferentes categorías de actores que intervienen (pero no utilizéis jamás la palabra «actor» que, para los no sociólogos, sólo evoca el teatro o el cine), los poderes de unos sobre otros, los objetivos de unos y de otros, sus tácticas, y el tipo de relaciones, eventualmente conflictivas, que originan sus mutuas interacciones.

Un tercer tipo de preguntas trata de hacer más explícita una secuencia que conecta una situación y una acción. Alguien, el sujeto mismo o cualquiera de los personajes de su historia, ha reaccionado ante una situación de una forma que os ha sorprendido. Eso quiere decir que no comprendéis su lógica de acción, que proyectabais implícitamente vuestros propios esquemas de acción (lo cual es muy normal); con ello se pone de manifiesto que allí había una lógica distinta. Podéis preguntar: «¿Por qué hizo usted eso?», «¿Por qué lo hizo él o ella?», aunque se corre el riesgo de no obtener en principio como respuesta más que una racionalización *a posteriori*. Seguid preguntando: «¿Podría usted (o él, o ella) haber obrado de otra forma?»; hay muchas posibilidades de que esta vez obtengáis como respuesta la descripción de una norma (cultural, moral) o de una regla explícita con un valor sociológico de coacción sobre la conducta.

De una forma más general, tratad de incitar al sujeto para que describa ciertos campos de posibilidades ante los cuales se ha encontrado, con preguntas como: «¿Era eso lo que usted quería hacer?», o bien «¿Hubiera preferido usted actuar de otro modo?» (o ¿«hacer otra cosa»?). Con este tipo de preguntas se trata de descubrir los puntos de confrontación, los momentos de «elección», las trayectorias alternativas que el sujeto habría podido seguir y que ha pretendido seguir. Esas trayectorias alternativas «en punteado» forman parte no de la

realidad positiva (lo que realmente ha sucedido), sino de otro orden de realidad, lo que *habría podido* suceder. Son trayectorias que el sujeto no ha «sabido», no ha podido, o no ha querido seguir. No ha *sabido* que existían habida cuenta de ciertas cuestiones de percepción y de información que remiten a fenómenos culturales y sociales. No ha *podido* seguirlas por razón de recursos familiares o personales, materiales, culturales o relacionales, de obstáculos sociales o de compromisos morales ante sus allegados. No ha *querido* seguirlas: por la apreciación subjetiva, por el coste personal demasiado elevado comparado con «lo que eso valía», porque calculó los riesgos que entrañaba o porque preveía un fracaso. Sea lo que sea, sus «explicaciones» os proporcionarán retazos de la respuesta a las cuestiones que vosotros planteáis sobre la lógica de acción, sobre la economía moral, la lógica social (estructural o «simbólica», o sería mejor decir «semántica») presente en vuestro objeto de estudio.

Administrar lo inesperado

Aprenderéis poco a poco a administrar los silencios prolongados, las emociones fuertes que acompañan la evocación de momentos dramáticos, las confidencias con marchamo de secreto, los momentos de desazón de uno o de otro. Este tipo de entrevista es emocionalmente abrumador; más de una vez terminaréis literalmente «agotados». Es necesario que la realidad os impresione, que impresione no sólo vuestro intelecto, sino también vuestros nervios para que pueda desplazar, aunque sólo sea un poco, los prejuicios que lleváis encima de forma inconsciente.

Así pues, no temáis ante las emociones del sujeto y dejad que aparezcan también las vuestras, pero controlando su manifestación. Esas emociones nunca son gratuitas, sino más bien la señal de que se ha evocado algo importante. La carga emocional es también una carga de significado. Siempre habrá tiempo, a la hora del análisis, de distinguir las y de valorarlas.

Se recomienda encarecidamente que, antes de dar por terminada la entrevista, se evoquen los momentos positivos en la vida del sujeto, que se pregunte, por ejemplo, cuál ha sido el momento más feliz de su vida o que se insista en lo que él o ella creen que ha sido su ma-

yor éxito. Pensad en eso como en una correspondencia a la dádiva que el sujeto os ha hecho con su relato. Pensad también en el recuerdo que conservará de la entrevista (y de vosotros) y en lo que dirá en su círculo de amistades. Y como respuesta adivinad una sonrisa en sus ojos.

Entonces podréis apagar el magnetófono. Pero permaneced atentos, porque quizá sea en ese momento preciso cuando os van a decir lo más importante, por ejemplo una «clave» sin la cual no llegaríais a comprender lo que, precisamente, tratáis de conocer. Esa clave la conocen todos los iniciados, pero no se puede decir en público —y vuestro magnetófono, por el hecho de *grabar*, es como el rincón de una plaza pública—. Pero sobre todo no volváis a ponerlo en marcha, poned en marcha más bien el «casete» de vuestra grabadora mental, tratad de recordar al pie de la letra lo que acaban de deciros. Podéis tomar notas: escribir no es lo mismo que grabar; escribir es asunto *vuestro*. Si no lo entendéis bien, pedid que os expliquen de nuevo la clave.

Antes de despediros pedid permiso para llamar por teléfono para alguna eventual información; si habéis sabido terminar bien la «entrevista», ese permiso se os concederá de buena gana.

La recopilación

Hay dos formas de recopilar una entrevista: grabándola o tomando notas de ella. Nosotros aconsejamos utilizar las dos simultáneamente.

El magnetófono es un instrumento maravilloso. Aprended a utilizarlo como si fuera una extensión natural de vuestro cuerpo. Al comienzo de la entrevista, en el momento de ocupar vuestro asiento, ponedlo encima de la mesa o en el suelo y preguntad con toda la naturalidad del mundo: «No le importa, ¿verdad?, que grabe la entrevista». Si eso os lleva a tener que prometer el anonimato, prometedlo y mantened la promesa.

* La presencia del magnetófono modifica la naturaleza de la entrevista. Algunas personas lo olvidan enseguida, pero hay otras que continúan notando su presencia. Si advertís como una especie de desazón, apagadlo.

De todos modos tenéis que aprender a tomar una entrevista por escrito. Eso no tiene mayores inconvenientes. El sujeto, viendo que escribís, habla más despacio; se toma su tiempo para reflexionar (y vosotros también). Si se produce un silencio, podéis seguir escribiendo a la vez que preparáis vuestra frase de reanudación. Podéis anotar los gestos y las expresiones del rostro de vuestro interlocutor, cosa que el magnetófono ignora por completo.

Inmediatamente después de despediros, entrad en un café y anotad en vuestro cuaderno de campo todo lo que habéis retenido del contexto de la entrevista y de su desarrollo. Tratad de describir la actitud general del sujeto respecto de vosotros, respecto del tema de la entrevista y respecto de su propia historia. ¿Qué «mensaje» os ha transmitido? ¿De dónde parecía hablar? ¿Qué temas parecía querer tratar por extenso y cuáles evitar?

Si os surgen ideas, preguntas, hipótesis o intuiciones, anotadlas. Concentraros en lo que más os ha sorprendido o extrañado; tratad de poneros en el lugar del sujeto; intentad también comprender por qué os habéis sorprendido. ¿No será porque pone en tela de juicio alguna de vuestras representaciones previas? («no es así como yo me lo imaginaba...»). Fomentad en caliente vuestra reflexión mediante vuestras impresiones, vuestras intuiciones y vuestras emociones: la fase del análisis ha comenzado ya.

5. El análisis de un relato de vida

Introducción

Los relatos de vida no revelan de buenas a primeras todos sus secretos. Este capítulo está consagrado al análisis de la información y los significados pertinentes que contienen.

Eliminemos de entrada un malentendido: la investigación etnosociológica no consiste en elaborar primero un *corpus* de materiales empíricos, relatos de vida u otras formas de datos y después únicamente en dedicarse al análisis de ese *corpus*. En este tipo de investigación, el análisis comienza muy pronto y se desarrolla simultáneamente a la recopilación de testimonios. Los resultados del análisis de las primeras entrevistas no sólo se integran en el modelo en construcción, sino que se recogen en la guía de la entrevista evolutiva. También influyen en la elección de las personas que se entrevistarán con posterioridad. En fin, que la principal forma de consolidar el modelo es mediante la *comparación* de los relatos de vida.

Esto equivale a decir que el análisis de un relato de vida constituye un episodio dentro de una totalidad dinámica. Pero en cambio, para que las comparaciones entre los diversos relatos sean fructíferas y acumulativas, para que, por ejemplo, aparezcan en ellas recurrencias es necesario que los contenidos latentes de cada uno de los relatos recopilados sea explicitado con anterioridad. Si no existe, que yo sepa, ninguna técnica para lograrlo, sí que se pueden aplicar algunos procedimientos sociológicamente pertinentes.

Un relato de vida no es un discurso cualquiera: es un discurso *narrativo* que trata de contar una historia *real* y que, además, a dife-

rencia de la autobiografía escrita, se improvisa en el marco de una relación dialógica con un investigador que, de entrada, orienta la entrevista hacia la descripción de experiencias que le ayuden al estudio de su objeto.

Así pues, la cuestión del análisis se hace mucho más precisa: no se trata de extraer de un relato de vida *todos* los significados que puede contener, sino sólo los *pertinentes*, los que pueden ayudar al estudio del objeto de investigación y que adquieren en este caso la condición de *indicios*. Esos significados se refieren a diferentes «niveles» u órdenes de realidad que trataremos de precisar y de ejemplificar.

Por lo tanto, el objetivo de este capítulo es proponer un modelo de análisis válido no para cualquier relato de vida *aislado*, sino un modelo de análisis destinado a explicitar lo que cada uno de los relatos de vida recopilados a lo largo de una investigación etnosociológica contienen de elementos pertinentes de información y de significado, con el fin de poder relacionarlos mediante el análisis comparativo.

¿Retranscribir?

La mayoría de los sociólogos que trabajan con relatos de vida no sólo registran las entrevistas, sino que las retranscriben o las mandan retranscribir.⁵

Ni la retranscripción, ni siquiera la grabación son indispensables; tomar notas durante la entrevista puede ser suficiente. Pero son necesarias si se quiere analizar a fondo un relato de vida.

5. El término «transcripción» puede significar la acción de transcribir o su resultado. Para evitar confusiones designaremos aquí la acción de transcribir mediante la palabra «retranscribir» y «retranscripción», reservando el término de «transcripción» al texto resultante. Se necesitan aproximadamente entre cinco y seis horas para retranscribir una hora de entrevista (menos si se está bien entrenado y si se dispone de un magnetófono con pedal). Una hora de entrevista da cerca de treinta páginas de texto a doble espacio. La retranscripción parcial plantea un problema específico: hay que escucharla de nuevo íntegramente en un magnetófono con un contador fiable para localizar los pasajes que no hay que retranscribir de los que se anotará el tema y el contenido. Ahora bien, está demostrado que se pasa aproximadamente el mismo tiempo, si no más, decidiendo qué pasajes hay que eliminar que si se retranscribieran por completo...

En una conversación entre dos personas, la comunicación pasa por tres canales simultáneos: la comunicación no verbal (gestos, movimiento de los ojos, expresiones del rostro), la entonación de la voz y las palabras mismas. La grabación sonora no capta la comunicación no verbal, lo mismo que la operación de retranscripción no capta la voz. Sólo quedan las palabras que, según algunos especialistas, no contienen más que el 10 por 100 de los mensajes emitidos.

Así pues, hay que considerar la operación de retranscripción como un trabajo en sí mismo, destinado a retener no sólo todas las palabras, sino una parte de la entonación. Sea quien sea la persona que lleva a cabo la primera retranscripción, es absolutamente necesario que ésta quede minuciosamente revisada por el entrevistador. Al escuchar de nuevo la entrevista y al leer el texto de la transcripción, añadirá las palabras que faltan e indicará los silencios con su duración y las entonaciones. A este texto se le adjuntará la parte del diario de campo concerniente a la entrevista.

Si no se pueden retranscribir todas las entrevistas, ¿cómo elegir entre ellas? Por una parte, las primeras entrevistas son, en general, desde el punto de vista del investigador, las más ricas en descubrimientos, informaciones y significados nuevos. Por otra parte, la ignorancia inicial y la falta de experiencia reducen sus cualidades intrínsecas respecto de las siguientes; aún más, los primeros sujetos hallados no son necesariamente los mejores informadores. A pesar de este segundo tipo de argumentos, yo recomiendo *retranscribir íntegramente las tres o cuatro primeras entrevistas efectuadas*, para proceder de inmediato a su análisis, porque de esta forma el investigador puede pasar más rápidamente al pleno estudio. Actuando de este modo aprenderá mucho no sólo sobre el objeto de su investigación y sobre las lagunas de su guía de la entrevista, sino también sobre sus defectos como entrevistador. Si le falta tiempo o medios, podrá contentarse, en las entrevistas siguientes, con escuchar las grabaciones —lápiz en mano— y *con las notas tomadas durante la entrevista*, incluso si tiene que volver a la retranscripción íntegra en el caso de que tal o cual entrevista posterior le pareciera especialmente fructífera.

Hallar la estructura diacrónica de la historia reconstruida

Hay dos características del relato de vida como producción discursiva —que habla de *realidades* externas al sujeto y que habla de ellas de forma *narrativa*— que lo distinguen de las producciones discursivas recogidas en otras clases de entrevista. Éstas obligan a habilitar modos de análisis que respeten esas características.

Tres órdenes de realidad

Un relato de vida constituye un esfuerzo por contar una historia realmente vivida. Para entender bien lo que esto significa hay que distinguir no dos sino tres clases de realidad:

- *la realidad histórico-empírica* de la historia realmente vivida, que designaremos aquí con el nombre de *itinerario biográfico* (que preferimos al de «trayectoria». Advirtamos de paso que este itinerario incluye no sólo la sucesión de situaciones objetivas del sujeto, sino también la manera en que las ha «vivido», es decir, percibido, evaluado y «actuado» en aquel momento; así como los acontecimientos de su itinerario;
- *la realidad física y semántica* formada por lo que el sujeto sabe y piensa retrospectivamente de su itinerario biográfico. Es el resultado de la totalización subjetiva que el sujeto ha hecho de sus experiencias hasta ese momento;
- finalmente, *la realidad discursiva* del relato mismo como producido en la relación dialógica de la entrevista, y que corresponde a lo que el sujeto quiere decir acerca de lo que sabe (o cree saber) y piensa de su itinerario.

De forma muy esquemática, esas tres clases de realidad mantienen entre ellas el mismo tipo de relación que el que Saussure señala respectivamente entre *referente*, *significado* y *significante*.

Así pues, entre el itinerario biográfico y el relato que le cuenta hay un nivel intermedio, el de la totalización subjetiva (siempre en evolución) de la experiencia vivida. Esa totalización constituye el conjunto de materiales mentales a partir de los cuales el sujeto trata

de producir un relato. Está formada de recuerdos y de su consideración en perspectiva, de reflexiones y de evaluaciones retrospectivas. La memoria, la reflexión y el juicio moral contribuyen conjuntamente a su formación, lo mismo que las demás facultades intelectuales del sujeto, su «bagaje» cultural y su ideología.

En la perspectiva etnosociológica, la cuestión esencial es saber si se puede fiar uno del relato de vida como descripción del itinerario biográfico o, más exactamente, en qué medida se puede uno fiar de él. Tanto el sentido común como la experiencia nos llevan a rechazar simultáneamente dos posiciones demasiado categóricas: la que dice que todo lo que el sujeto cuenta en su relato es objetivamente exacto; y la que proclama, a la inversa, que *nada* de lo que dice el sujeto se puede dar por cierto.

Estas dos posiciones son falsas porque ignoran la naturaleza del trabajo que consiste en contar una historia que ha sucedido realmente (en contraste con una historia inventada, un «relato de ficción», como un cuento o una novela). El trabajo de historiador tiene que compaginar dos tareas distintas, aunque estén estrechamente vinculadas, e incluso entremezcladas: por una parte, reconstruir los *hechos*; por otra, relacionarlos mediante ciertas interpretaciones. Para entender bien lo que esto supone, hagamos una breve digresión para examinar el trabajo de redacción de una biografía.

El «biógrafo» que trata de escribir la biografía de un personaje célebre, hombre político, escritor, artista, o cualquier otro, dispone de una masa de materiales: archivos de la época que contienen las huellas de la vida y milagros de su personaje, sus archivos personales, su correspondencia. Es evidente que todo este cúmulo de materiales que constituyen las fuentes sobre las que se basa el trabajo del biógrafo no constituyen en cuanto tales una historia. Ésta (la biografía del personaje) hay que reorganizarla, completarla con la construcción de no pocos eslabones que faltan en la cadena de causalidades, y hay que darle la forma narrativa.

El trabajo del biógrafo consiste en primer lugar en reorganizar los hechos y buscar su orden diacrónico, es decir, la sucesión temporal de los acontecimientos, situaciones, actividades de su personaje y de su entorno; en segundo lugar tiene que tratar de comprender el contexto de esos hechos (trabajo de una magnitud indefinida); relacionar toda clase de hechos tomados en su contexto tratando de iden-

tificar el encadenamiento más lógico de causa a efecto; y por último tiene que dar forma a un relato que englobe toda la biografía.

Este trabajo exige que se dedique una buena parte a la *selección* y a la *interpretación*. Un biógrafo dará más énfasis a los contextos políticos o culturales de la época para tratar de comprender cómo su personaje quedó marcado por ellos, cuál era el «campo de sus posibilidades», dado el «puesto» que ocupaba, y cómo se vio impelido a hacer esto o aquello. Otro, por el contrario, con una cierta apetencia psicológica o psicoanalítica, tratará de reconstruir la formación del psiquismo de su personaje, su carácter, sus modelos de conducta recurrentes. Un tercero centrará su atención en las redes de relaciones interpersonales.

Todos estos puntos de vista son legítimos; cada uno representa una forma distinta de esclarecer los hechos y un método de explicación específico, pero ninguno de ellos puede pretender abarcar *todos* los aspectos del objeto «itinerario biográfico». Por muy objetivo que pretenda ser el trabajo del biógrafo, el resultado no puede más que tender hacia la objetividad; siempre dependerá en cierto modo del punto de vista de su autor (punto de vista que encarna de un modo particularizado el punto de vista de su época y de su grupo social). Así pues, siempre se podrá argüir que toda biografía lleva consigo la marca de la subjetividad de su autor, con la condición de reconocer que es precisamente gracias a la movilización de su capacidad subjetiva (conocimientos, imaginación, inteligencia, reflexión, capacidad de análisis, de relacionar los hechos, de síntesis y de estilo narrativo) como se ha podido escribir una biografía.

Lo mismo se puede decir del autobiógrafo que trata de escribir (poner en forma narrativa) la historia de su propia vida. Lo que le diferencia del biógrafo es que conoce esa vida desde el interior y que la considera retrospectivamente desde un punto de vista subjetivo; eso comporta, con respecto al punto de vista exterior, riesgos de tergiversación, pero también tiene ventajas cognitivas innegables: esa vida, él o ella la conocen desde el interior.

Al término de esta breve digresión se comprenderá mejor qué es un relato de vida: una improvisación sin notas (sin el recurso a los archivos escritos), que se basa en la rememoración de los principales acontecimientos tal como fueron vividos, memorizados y totalizados, poniendo sumo cuidado en discernir su concatenación.

El hecho de que en todo eso entre una buena parte de selección y de interpretación, sin la cual no habría más que una sucesión de hechos, un *currículum vitae* sin articulaciones, ni se puede negar, ni se puede evitar: de otro modo no habría relato.

Pero sería completamente arbitrario deducir de ahí que *todo* el relato no es más que una reconstrucción, incluso una ficción; en un caso extremo se puede hacer tal juicio *a modo de hipótesis* sobre la interpretación de concatenaciones propuestas por el sujeto pero, en tanto que juicio *a priori* sobre su esfuerzo por reconstruir la cronología de los acontecimientos mismos, es abiertamente inadmisible.

La estructura diacrónica de los acontecimientos biográficos

Sea cual sea la forma de relatar un itinerario —y ya hemos visto que depende del punto de vista general adoptado, de la selección y de las interpretaciones correspondientes—, ésta no puede constituir un callejón sin salida para un cierto número de hechos estructurantes que han marcado ese itinerario: ése es el núcleo central estable en torno al cual se construye necesariamente el relato que se lleva a cabo mediante la «creación de una intriga», como dice Ricœur en *Temps et récit*, con esos acontecimientos principales. No cabe duda de que las diferentes versiones de la misma historia real, que sitúan en perspectiva sus principales acontecimientos de forma notablemente distinta en función del punto de vista adoptado, tenderán a otorgar a cada uno de ellos un peso, un «lugar», un significado diferente. Pese a todo, esos acontecimientos, «lo que realmente sucedió», constituyen el núcleo común de todas las formas posibles de creación de intriga de esta historia.

Ahora bien, ese núcleo común tiene una estructura y esa estructura es *diacrónica*. Con esto queremos decir que los acontecimientos sobresalientes se han sucedido en el tiempo y que, por lo tanto, existen entre ellos relaciones previas y posteriores que son tan reales como los acontecimientos mismos.

Tratándose de la veracidad de los relatos de vida, la hipótesis más plausible es que el sujeto ha memorizado correctamente no sólo esos acontecimientos sobresalientes, sino también su orden temporal y que éste, por lo tanto, es capaz de reproducir en su relato no sólo los

acontecimientos, sino también ese orden. Es cierto que no lo hará de una forma lineal: el relato de vida vagabundea, salta hacia delante y después vuelve atrás, toma caminos en diagonal y atajos como cualquier relato espontáneo. Por eso se necesitará un trabajo paciente de análisis del relato mismo para *reconstruir la estructura diacrónica* que en él se evoca. Sea quien sea el analista y sus orientaciones hermenéuticas, tendría que llegar a los mismos resultados: así pues, esta estructura diacrónica goza de una objetividad discursiva.

¿En qué medida se corresponde ésta exactamente con la estructura diacrónica del itinerario mismo? Puede presentar algunas distorsiones como consecuencia de errores de memoria o de recuerdo, de confusión de acontecimientos, de «condensaciones» y de «desplazamientos», o de ocultaciones voluntarias; pero la mayoría de esas eventuales desviaciones tendrán que aparecer en el análisis bajo la forma de incoherencias. Éstas serán probablemente mínimas y de todas formas nos parece mucho más lógico presuponer una buena correspondencia entre ellas que decir que el relato de vida deforma la estructura diacrónica del itinerario biográfico hasta el punto de hacerlo irreconocible.

Estructura diacrónica y causalidad secuencial

La objetividad discursiva de la estructura diacrónica que subyace en todo relato de vida bastaría para hacer que se busque insistentemente esa estructura. Pero hay además otra razón, que se refiere ahora al proceso de la causalidad secuencial.

En efecto, lo que ha sucedido *antes* en modo alguno puede haber sido causado por lo que ha sucedido *después*. Las excepciones aparentes a esta regla no hacen sino confirmarla. Sólo abusando del lenguaje se puede decir que la acción orientada hacia un fin está «causada» por ese fin. La causa de la acción teleológica es el proyecto, y el proyecto está antes que la acción, por más que se desarrolle y se precise durante la acción. Del mismo modo, si el anticipo, el proyecto de un hecho origina una acción, no es el hecho mismo el que la origina, sino su proyecto; sin proyecto no se habría producido el hecho.

De aquí se deduce la importancia que tiene el hecho de reconstruir con toda precisión el encadenamiento o la ilación de las situa-

ciones, acontecimientos y acciones para poder comprender bien la causalidad secuencial. Esto es menos trivial de lo que parece a primera vista. Como veremos más adelante, el trabajo de reconstrucción paciente y modesto de la estructura diacrónica constituye un preámbulo indispensable para captar posibles cadenas de causalidad. Estas cadenas a su vez pueden arrojar mucha luz para la comprensión de los mecanismos sociales que se trata de identificar.

Por lo demás, los sujetos reconstruyen su propia historia siguiendo principalmente ese itinerario. Evidentemente, no está uno obligado a seguirles en todas sus imputaciones causales, y uno de los valores añadidos del estudio de itinerarios biográficos paralelos es precisamente sacar a la luz, mediante la observación de las recurrencias de uno y otro, fenómenos difícilmente perceptibles a nivel individual. Pero al menos, procurando hallar mediante el análisis de un relato la estructura diacrónica con la que trata de «crear la intriga», nos situamos en la misma perspectiva que la que ha dado origen al material discursivo mismo.

Estructura diacrónica y relato

El relato de vida, a diferencia de una autobiografía —texto escrito trabajado una y otra vez para darle una estructura lineal y una coherencia interna— es en gran medida espontáneo. Si la invitación al relato de vida lleva consigo una invitación implícita a la linealidad y a la coherencia, el sujeto no puede responder a esa invitación más que de manera muy imperfecta. La evocación de un allegado, de una escena, de una crisis, de un acontecimiento le arrastra a disgresiones que le hacen volver atrás o adelantar acontecimientos. La asociación de ideas, la necesidad de explicar, de justificar, de evaluar, alejan el discurso de una perfecta linealidad.

La forma más común de desviación del relato de una descripción lineal de la historia reconstruida no es tanto la vuelta atrás como el «salto hacia adelante»: por asociación de ideas o por cualquier otra razón, el sujeto salta como a pies juntillas por encima de todo un período de su vida; eso le lleva después, de forma espontánea o porque el entrevistador ha perdido completamente el hilo, a volver al momento preciso del salto.

En una entrevista biográfica de una hora y media con un aprendiz de panadero contamos una vez dieciséis saltos adelante, seguidos de otras tantas vueltas atrás. Esta cifra parece muy elevada en un trayecto tan corto, pero de hecho es completamente normal. Por supuesto, cada salto adelante enturbia no el curso del relato mismo, sino la imagen mental que el entrevistador (o el lector de la transcripción) trata de hacerse del itinerario biográfico. Ésa es una de las razones por las que las transcripciones raramente se publican tal cual: en la primera lectura «no se ven las cosas demasiado claras». Lo mismo ocurre en el transcurso de la entrevista; hay que acostumbrarse a ello.

En la fase de análisis, cada investigador pondrá en práctica sus propias técnicas gráficas para representar la estructura diacrónica de un itinerario. Lo importante es representarla, lo que exige no pocas lecturas sucesivas de la transcripción, lápiz en mano, hasta que se esté seguro del resultado. Por supuesto, el resultado depende del relato mismo. Puede suceder, por ejemplo, que ciertas declaraciones del sujeto aparezcan en el análisis como contradictorias: ha mencionado una vez el hecho A como anterior al B, y otra vez como posterior. Mediante el examen meticuloso del contexto discursivo de esas dos menciones, habrá que buscar no sólo cuál de las dos es la buena, sino también por qué razón subjetiva o intersubjetiva la otra mención, «el error», ha podido cometerlo el sujeto, ya que eso puede abrir una pista de reflexión interesante. En efecto, nosotros ponemos constantemente remedio a los fallos de nuestra memoria mediante la búsqueda consciente basada en el conocimiento que tenemos de la concatenación de causa a efecto, diacrónica o sincrónica, apoyándonos en puntos de referencia propios y que *para nosotros* tienen un sentido. Observar el trabajo de memorización de un sujeto que se esfuerza por reconstruir el hilo de su itinerario biográfico es una fuente de información sobre lo que tiene sentido *para él*.

Otra forma de comprobar la coherencia diacrónica de un relato es disponer de *relatos cruzados*, por ejemplo de un marido y de la mujer, del hermano y de la hermana. Durante una encuesta sobre la situación posterior al divorcio pudimos constatar que, incluso en el caso de divorcios muy conflictivos, las dos descripciones acerca de la sucesión de los acontecimientos que llevaron al divorcio y que continuaron después de él (conflictos en torno al problema de la autoridad paterna y del derecho de visita), aunque bastante distintas en cuestión de «tona-

lidad», eran compatibles entre (Bertaux y Delcroix, 1990). Es cierto que cada uno veía la historia común a su manera, con una tendencia a pasar por alto sus propios errores y a cargar las tintas sobre los del otro. En eso los dos testimonios eran complementarios, pero no contradictorios: desde el momento en que eran sinceros, se mostraban como convergentes y, por lo tanto, fiables en cuanto a las *informaciones fácticas* que cada uno de ellos ofrecía de los acontecimientos que habían marcado el proceso de desintegración de la pareja.

Todo relato de vida comporta asimismo lo que Fritz Schütze (1984) llama ciertas *background constructions*, ciertas descripciones de contexto o de segundo plano. La narración se interrumpe para ir siguiendo el hilo de una cadena de hechos sin relación *a priori* con el tema, pero que finalmente termina «tocando» su itinerario y modificándolo. Véase el ejemplo de una mujer de edad avanzada cuando describe cómo, siendo una joven pueblerina, llegó a París en 1935: «Mi madrina me escribió para decirme que ella podía darme alojamiento durante algún tiempo y ayudarme a encontrar un trabajo. Ella había llegado a París con su marido, a quien su tío había llamado para ayudarlo en su comercio. Y aproveché la ocasión; yo era joven y tenía ganas de moverme».

Aquí vemos cómo se combinan, en la formación de un itinerario, dos series de razones *a priori* independientes, que Alfred Schütz llama razones *because* y razones *in order to* (Schütz, 1987). Desde el punto de vista del sujeto, la ocasión se presenta tras una serie de circunstancias externas (razones «porque»), pero es el sujeto mismo quien, aprovechándose de esta ocasión para llevar a cabo uno de sus proyectos, hace de ellos una secuencia de su itinerario biográfico (razón «con el fin de»).

Si el fenómeno de *background construction* es tan frecuente es sobre todo porque constituye la forma discursiva mediante la cual se puede explicar un fenómeno muy común, es decir, aquel mediante el cual una cadena independiente de acontecimientos alcanza, como un meteoro errante, el recorrido de un sujeto y modifica su «trayectoria». Condorcet, anticipándose en dos siglos a la teoría del caos de Prigogine, ya había visto que en un universo regido por leyes deterministas pueden producirse ciertos hechos imprevisibles. Basta para ello que ciertas cadenas independientes de determinación se encuentren de forma aleatoria. Nos encontramos aquí ante el problema de la causa-

lidad histórica, que no se puede ni resolver ni ignorar, sino únicamente esclarecer de forma parcial mediante el razonamiento sociológico (en el ejemplo citado antes sería recurriendo a la teoría de las migraciones en cadena).

En el ejemplo siguiente vemos un esfuerzo de *background construction* rayano en lo patético; no obstante, ilustra muy bien la amplitud del problema. No se ha sacado de un relato de vida sino del artículo de un diario que señalaba el itinerario biográfico de Yolanda Giglioti (la futura Dalida), nacida en 1933 en El Cairo de padres italianos emigrados: «En 1954, Yolanda gana el concurso de Miss Egipto, a escondidas de su madre Peppina, que saca adelante sola a sus tres hijos desde la muerte del padre, que había vuelto desquiciado y violento tras tres años de encierro en un campo reservado a los italianos de Egipto, internados en 1940, cuando el rey Faruk se alía con Inglaterra contra la Italia de Mussolini» (V. Mortaigne, en *Le Monde*, 11-12 de mayo de 1997).

El empleo retrospectivo de sucesos y de situaciones cada vez más «macrosociales» es aquí especialmente claro, lo mismo que la articulación directa entre sucesos históricos de gran calado y sus consecuencias sobre los itinerarios familiares e individuales (la reclusión del padre, a pesar de ser el «primer violinista de la Ópera de El Cairo», por su nacionalidad italiana, acaba siendo la causa de la desestabilización del marco familiar, lo que permite la aparición de una vocación de artista).

Diacronía, cronología, historia y cambio social

No hay que confundir *diacronía* y *cronología*. La diacronía se refiere a la sucesión temporal de acontecimientos, es decir, a sus relaciones de antes/después; la cronología se refiere a su datación en cuanto a fecha de acaecimiento (1968, 1981, etcétera) o en cuanto a edad (individuo de dieciséis años, de cuarenta y cinco años, etcétera). Lo mismo que en el transcurso de la entrevista hay que tratar de que el sujeto ofrezca los elementos necesarios para la reconstrucción de la diacronía, así hay que tratar también de no importunarle con constantes preguntas sobre las fechas precisas de tal o cual acontecimiento.

Basta con algunas fechas o edades para reconstruir por completo la cronología a la hora del análisis. Las dos escalas temporales que

son el *tiempo histórico colectivo* y el *tiempo biográfico* son paralelas. Basta con conocer el año de nacimiento del sujeto para situarlas la una respecto de la otra. Cuando se trabaja en la reconstrucción de la estructura diacrónica de un itinerario se trazan con tinta sobre una hoja de papel cuadriculado dos ejes paralelos, el uno graduado en fechas y el otro en edades del sujeto. Se tienen ante la vista los hechos del itinerario, en lápiz cuando no están fechados de forma precisa en el relato, lo que permite desplazarlos cuando, atando cabos, se llega a situarlos de forma precisa.

Ver claramente el paralelismo entre tiempo histórico y tiempo biográfico supone haber consagrado la máxima atención a los primeros análisis, pero ese trabajo se ve recompensado por el «equipoamiento intelectual» que ofrece al espíritu del investigador, y cuya eficacia se comprobará en el transcurso de las entrevistas ulteriores. Ese paralelismo parece muy sencillo: una persona nacida en 1950 habrá tenido veinte años en 1970, cuarenta años en 1990, etcétera. Pero el encuadramiento de la temporalidad biográfica en el tiempo histórico significa mucho más que eso. Una persona nacida en 1950 habrá tenido dieciocho durante los acontecimientos de mayo-junio de 1968 y hay muchas probabilidades de que se haya visto afectada por esos acontecimientos. Si ha cursado estudios superiores, habrá llegado al mercado de trabajo en el momento en que esa coyuntura quedaba superada (1975). La cuestión de la sexualidad, del matrimonio y de la procreación se le habrá planteado en los términos de la problemática existente en la década de 1970 (nueva permisividad sexual, píldora contraceptiva difícilmente accesible, aborto legalizado sólo a partir de 1974; pero, en cambio, inexistencia de la epidemia del sida).

Otro ejemplo, un hombre nacido entre 1936 y 1942 se habrá visto sin duda directamente enfrentado a la guerra de Argelia puesto que tenía veinte años entre 1956 y 1962, cuando a los jóvenes que cumplían el servicio militar se les enviaba allí casi por sistema.

En cambio, las levadas nacidas a finales de la década de 1970 o a comienzos de 1980 se habrán encontrado con contextos colectivos muy distintos.

El tiempo histórico es un tiempo vivo; es también el tiempo del cambio social. Si en Francia no ha habido grandes conmociones históricas, exceptuado el período de 1940-1944 (basta comparar su histo-

ria desde 1918 con la de países como Alemania, España, Argelia, Rusia o los países de Europa central para darse cuenta de ello), el cambio social se ha efectuado allí de forma especialmente rápida, sobre todo desde la década de 1960. La experiencia del cambio social si se ha hecho colectivamente, ha afectado de forma muy distinta a las levadas y a las generaciones sucesivas (Terrail, 1995). La efervescencia de mayo del 68 afectó sobre todo a las levadas nacidas entre 1945 y 1952, y mucho menos a las demás (Bertaux, Le Wita, Linhart, 1985). La recesión económica afectó a todas las levadas nacidas después de 1957, precisamente las que se habían criado en una época de fuerte crecimiento, que se tradujo para sus padres en una relativa prosperidad que sus abuelos no conocieron. Y así se podría continuar con toda una serie de fenómenos.

Trabajar en la reconstrucción de las estructuras diacrónicas de los itinerarios biográficos y en su inserción en el tiempo histórico es adquirir poco a poco conciencia del impacto de los fenómenos históricos colectivos y de los procesos de cambio social en los itinerarios biográficos. Nos hallamos aquí ante el proyecto intelectual de C. Wright Mills.

Pero no basta con conocer las grandes líneas de nuestra historia colectiva, hay que analizar las innumerables *interacciones* existentes entre procesos colectivos de cambio social e itinerarios individuales o familiares.

Esas interacciones, evidentemente, son recíprocas: el cambio social no se ha producido él solo, no ha llegado de arriba. Ninguna autoridad obligó a los jóvenes campesinos a abandonar sus pueblos, ni a las familias a tratar de prolongar la escolaridad de sus hijos, ni a las mujeres a espaciar los embarazos, a reducir el número de hijos y a conservar el empleo después de la primera maternidad, ni a las parejas a unirse fuera de la institución del matrimonio (Thompson, 1980). Sin embargo, todos estos fenómenos «espontáneos» pero de masa transformaron considerablemente la morfología social del país. Al igual mismo que no se puede entender un relato de vida si no se le sitúa en el tiempo histórico colectivo, tampoco se pueden entender los fenómenos de cambio social sin referencia a la transformación de los modelos culturales, de las mentalidades y de las conductas «privadas» que, por su simple número y acumulación, han participado en la formación de esos fenómenos.

Las zonas blancas

La representación (en sucesión temporal) de los hechos que han constituido el itinerario biográfico del sujeto hará aparecer necesariamente «zonas blancas» sobre las que no se ha recibido ninguna información. Tales olvidos pueden ser fortuitos, o por el contrario enormemente significativos, ya sea porque se trata de períodos de existencia rutinaria, o ya sea, por el contrario, porque se trata de momentos o de segmentos que el sujeto prefiere no mencionar.

El papel del sociólogo no consiste en penetrar por asalto en la vida privada del sujeto. Tiene que respetar en cualquier circunstancia su voluntad de guardar algo para sí mismo. Pero siempre es útil, después —y solamente después— de haber efectuado un análisis profundo de una entrevista, telefonear al sujeto (ese nuevo contacto se obtendrá si se ha actuado de tal forma que éste guarde un buen recuerdo de la entrevista). Por razones evidentes, es el entrevistador mismo quien debe contactar de nuevo con él. Tras los saludos de rigor se le podrá pedir cierta información complementaria sobre su itinerario, pero es esencial que esta petición quede incluida en el «pacto» tal como se negoció en un principio.

El trabajo de reconstrucción de la *estructura diacrónica del itinerario* puede ocupar muchas horas, incluso muchos días si la entrevista (o la serie de entrevistas) es muy larga. Pero es un trabajo muy fructífero, no sólo porque al leer muchas veces el texto de la transcripción se verá cómo aparecen numerosas pistas de análisis (que se anotarán inmediatamente), sino porque ese trabajo es muy aleccionador. Se saldrá de él mejor entrevistador y mejor conocedor del terreno.

Reconstruir la evolución de la composición de los grupos de cohabitación

Cada individuo activo tiene en cierto modo varias vidas paralelas; cada una de ellas tiene sus lugares, su temporalidad y, sobre todo, su propia lógica de desarrollo. Cuando alguien trata de contar su itinerario biográfico, tiene que referirse unas veces a la historia (y a la «lógica»

gica secuencial») de uno u otro de los componentes de su vida, y otras veces a sus interferencias.

Los investigadores del INED, que llevaron a cabo una encuesta mediante cuestionarios para diseñar el itinerario biográfico de una muestra representativa de la población francesa, basaron su cuestionario en tres «dimensiones»: la formación (escolaridad) y la trayectoria profesional, la formación del grupo familiar y la trayectoria residencial (comprendida la movilidad geográfica). Por eso llamaron a su encuesta «Triple biografía» (Courgeau y Lelièvre, 1990).

Así pues, no hay por qué extrañarse cuando se trate de reconstruir la estructura diacrónica de un itinerario de vida, al constatar que los esfuerzos del sujeto para describir su historia siguen desarrollos paralelos, ora la carrera profesional, ora la formación del grupo familiar, la trayectoria residencial o cualquier otra argumentación. En la representación gráfica del itinerario se podrán anotar los hechos relativos a uno u otro de esos hilos conductores en líneas paralelas.

Pero habrá que concentrar también la atención en los puntos del relato donde éstos se cruzan, porque allí se ve cómo se articulan, incluso se oponen, lógicas *a priori* independientes. Una oferta de promoción profesional puede ser rechazada porque implicaría un traslado y el otro miembro de la pareja perdería su empleo. Sin embargo, se puede decidir un traslado para poder inscribir a los niños en un centro escolar bien considerado, o para estar cerca de un pariente enfermo. Con frecuencia es fácil comprender decisiones sobre la carrera o la residencia que se toman dentro de una lógica *familiar*. Eso significa que el modelo del actor individual que busca al máximo sus propios intereses en un campo determinado, ya sea profesional o de cualquier otra índole, es bastante irreal. No sólo los hechos y las decisiones de actuar, sino incluso los proyectos previos a los hechos se elaboran con frecuencia de forma colectiva, dentro de la pareja y de manera más amplia dentro del *grupo familiar* que se constituye entonces en el «responsable de la decisión»: ése es el lugar donde se afrontan los proyectos, que acaban convirtiéndose, por la vía de la negociación, en verdaderas *transacciones*.

Esta última observación indica el punto de partida de un segundo trabajo de análisis, es decir, la reconstrucción tan precisa como sea posible de la composición exacta del *grupo de cohabitación* o «familia» en cada período del itinerario del sujeto. Este trabajo, lo mismo

que la reconstrucción de la estructura diacrónica del itinerario, trata de obtener un resultado objetivo, independiente si no del relato mismo, al menos del analista.

Dentro de un mismo grupo familiar se cruzan ciertos destinos que interactúan constantemente y quedan modificados a causa de sus interacciones. Por ejemplo, dentro de la familia de origen, el *orden de nacimiento* es muy importante. Se supone que los primogénitos, mucho más que los menores, son los encargados de colmar las expectativas de uno u otro de sus progenitores. Según un proceso observado con frecuencia, un padre o una madre cuyo ideal de escolarización, profesional (deportivo, o artístico) se vio frustrado en su juventud, proyecta ese ideal hacia uno de sus hijos, en general el mayor del mismo género, sin perjuicio de que el hijo acepte o rechace ese ideal, lo que no es sencillo ni en un caso ni en otro. En comparación, ese proceso se les ahorra a los nacidos posteriormente, ya que quedan libres de manifestar y de asumir su propia orientación.

Otro fenómeno está relacionado con los recursos económicos de la familia de origen. Por lo común, esos recursos van creciendo, lo que significa, para las familias con recursos limitados, que la presión de los padres recaerá sobre todo en los hijos mayores. ¡Cuántas veces no hemos oído: «Yo hubiera continuado de buena gana mis estudios, pero tuve que comenzar a trabajar; éramos muchos en casa»! En este sentido, los más jóvenes de la familia gozan con frecuencia de una triple ventaja cuando llega el momento de la elección (continuar los estudios o buscar trabajo): los mayores ya no están al cargo de los padres; los ingresos de éstos son ahora mayores; en fin, la oferta local de escolarización ha aumentado mientras tanto. Por supuesto, esta norma cuenta con muchas excepciones que, por cierto, no son las menos interesantes. Se podrían multiplicar los ejemplos. Limitémonos a subrayar lo importante que es tener en cuenta las diferentes dimensiones de lo que se podría llamar la «economía familiar». «Economía», primeramente en el sentido económico: la economía de los recursos disponibles, que a veces limitan de forma drástica el campo de posibilidades de los hijos (hay que recordar a este propósito que la famosa encuesta del INED que inspiró a Bourdieu y Passeron el concepto de «capital cultural» tuvo como resultado principal demostrar que la selección y la autoselección escolares dependían sobre todo de los recursos *económicos*, más que *culturales*, de los padres (véase Bertaux, 1985).

Pero el sentido del término economía familiar se puede extender también a la economía cultural, afectiva y, sobre todo, *moral* de un grupo familiar. Los miembros de un mismo grupo familiar están vinculados los unos a los otros no solamente por relaciones afectivas y psíquicas profundas (véase Freud), sino por *compromisos morales* recíprocos. Yo estoy convencido de que la clave de esta economía moral hay que buscarla entre los tipos de acciones «racionales en valor» (Weber) y/o «de cara a la integración» (Dubet, 1994). Los estudios de casos familiares efectuados por Françoise Bloch y Monique Buisson (1991; 1994) muestran hasta qué punto la lógica de la *dádiva*, del *sentimiento de deuda* que la dádiva puede crear, y del deseo o de la obligación de *correspondencia*, se hallan subyacentes en las transacciones familiares a largo plazo.

Decir más que esto sobrepasaría los límites de esta obra. Hemos querido subrayar la importancia central de lo familiar y de sus múltiples efectos sobre los itinerarios de vida individuales. La mejor forma de adquirir plena conciencia de ello es tratar de reconstruir la composición de los grupos familiares sucesivos de los que el sujeto ha formado parte. Incluso si el objeto de estudio es un medio profesional, será muy oportuno no ignorar el entorno familiar; allí se encontrarán no pocas claves para la comprensión del modo de actuar, tanto entre los empresarios como entre los asalariados.

El análisis comprensivo

Imaginación y rigor

El análisis de una entrevista biográfica tiene por objeto explicitar las informaciones y significados pertinentes que en ella se contienen. La mayoría de esas informaciones y significados no aparecen en la primera lectura; sin embargo, la experiencia demuestra que van surgiendo unas tras otras en el transcurso de las lecturas sucesivas. Cada lectura «revela» nuevos contenidos semánticos.

Este fenómeno se halla en el centro del método hermenéutico. Hay numerosas obras que tratan de este método (la principal referencia en este caso es Gadamer, *Vahrheit und Methode*), pero nosotros no

nos ocuparemos más que de un principio fundamental: los significados de un texto se hallan en el punto de encuentro de dos «horizontes», el del sujeto y el del analista. Lo que está más allá del horizonte del analista no puede ser percibido por él. Ésa es la razón por la que un psicoanalista y un sociólogo, como yo mismo he podido comprobar, harán lecturas muy distintas de una misma entrevista; «leerán» en ella significados distintos, porque proyectan lo que leen a horizontes semánticos distintos. El psicoanalista encontrará rastros de procesos que, por el hecho de su cultura específica, le son familiares, a la vez que se sitúan más allá del horizonte del lector sociólogo, y viceversa. Del mismo modo, cuanto más rica es la cultura sociográfica, sociológica e histórica de un lector sociólogo, más dilatado será su horizonte, más capaz será de encontrar en una entrevista biográfica las huellas apenas perceptibles de los procesos sociales. Eso se puede constatar fácilmente volviendo, al final de una investigación, a la primera entrevista, donde se descubrirán con toda seguridad significados que al principio pasaron desapercibidos.

Nosotros hablaremos aquí más que de análisis «hermenéutico», que remite a una tradición consagrada a descifrar textos canónicos, de *análisis comprensivo*. El término alemán *verstehen* («comprender», «entender»), utilizado por Dilthey y después por Weber, expresa exactamente el espíritu de esta forma de análisis. Se puede hallar una buena descripción y aplicación de dicho término en las obras de J.-C. Kaufmann (véase sobre todo Kaufmann, 1996, cap. 4).

Imaginación y rigor, tal es el binomio fecundo que da origen a un buen análisis comprensivo. Pero aquí la prioridad es de la imaginación, puesto que se trata de *imaginar*, es decir, crearse una representación (primero mental y después discursiva) de las relaciones y procesos que han dado origen a los fenómenos de los que hablan los testigos, casi siempre de forma alusiva. El investigador, mediante el trabajo de su imaginación sociológica, moviliza los recursos interpretativos de que dispone y anima todo el espacio cognitivo situado dentro de su horizonte. Trabajar en equipo para el análisis de una entrevista enriquece el análisis, porque cada uno de los investigadores aporta su propio horizonte.

La reconstrucción de la estructura diacrónica no es sólo una operación técnica; esa reconstrucción prepara al analista para la búsqueda de vías de causalidad secuencial, de procesos en cadena que se

pueden hallar en otros relatos de vida. Es también una preparación para poder imaginar de forma conveniente los itinerarios de vida en sus contextos sociohistóricos.

De igual modo, la atención que se presta a lo familiar y a su economía moral ayuda al analista a visualizar un «plan» situado entre lo individual y lo socioestructural, entre *habitus* y campos, entre «acción» y «estructuras»: el plan de las relaciones intersubjetivas estrictas.

Los indicios

Todo relato de vida orientado hacia las prácticas del sujeto y los contextos sociales de esas prácticas comporta necesariamente no pocas indicaciones sobre los fenómenos propiamente sociales. No se puede esperar que el sujeto describa tales fenómenos y su lógica social; el sujeto, salvo excepciones, aludirá a esos fenómenos, a veces en forma de una simple frase, incluso de una sola palabra («me estoy comprometiendo»). A no ser que se haya estado lo suficientemente atento como para coger la alusión al vuelo y se le haya invitado a explicar la alusión, o que se esté ante un sujeto especialmente reflexivo (existen en todas las categorías sociales, incluso entre los disminuidos mentales; véase Dietrich, 1990), habrá que contentarse con esas pocas palabras. Uno de los principales retos del análisis comprensivo consiste precisamente en identificar las palabras que remiten a un mecanismo social que ha influido en la experiencia vivencial, a considerarlas como otros tantos *indicios*, a preguntarse por su *significado* sociológico, es decir sobre aquello a lo que hacen referencia en el mundo sociohistórico.

Entre todos esos indicios que oculta un relato de vida, algunos «brillan» y nos sorprenden de entrada, mientras que otros permanecen durante mucho tiempo ocultos entre la ganga de su apariencia trivial. Entre los que llaman nuestra atención figuran todos los indicios de funcionamiento (de personas, de relaciones entre personas, de formas culturales y sociales diferentes de los que nosotros conocemos: quien haya leído aunque sólo sea una «autobiografía indígena» publicada en la colección «Terre humaine» lo comprenderá. Si esos textos estimulan de tal modo nuestra imaginación es porque a cada instante

tenemos que imaginarnos el modo de funcionar de otra cultura, sus propios modos de relación intersubjetiva, sus esquemas de percepción, de acción y de interacción, su código de buena conducta, sus valores colectivos. Pero cuando se trata de testimonios procedentes de nuestra sociedad, tenemos tendencia a olvidar que intervienen en otros lugares, en otros contextos y en otros medios distintos de los nuestros, y proyectamos sobre ellos nuestra propia subcultura; nuestra atención tiende a ser menos intensa cuando, en realidad, debería incrementarse.

Se debe considerar cada uno de los indicios hallados como la punta apenas visible de un iceberg. Veámoslo a continuación con un ejemplo. El primer relato de vida obtenido de un viejo empleado en una panadería, nacido en 1909, contenía, acerca de sus años de juventud, esta sencilla frase: «Se trabajaba siete días a la semana». ¿Siete días a la semana? Se nos estaba dando un hermoso indicio sobre el funcionamiento de la panadería artesana. Habría que haber profundizado en él durante la entrevista; por falta de experiencia no lo hicimos. Sólo en el transcurso de otras entrevistas se fueron descubriendo algunas de sus implicaciones.

«Trabajar siete días a la semana» significaba en primer lugar que el obrero de panadería, por lo demás lo mismo que el artesano y su esposa, jamás tenían un día de descanso, que toda su vida se organizaba en torno al trabajo y tendía a reducirse a él. Tal ritmo no se podía mantener a largo plazo. «Cuando estábamos demasiado cansados, parábamos; se dormía y uno se recuperaba» (extracto de otra entrevista). Pero había que hacer el pan. El artesano se dirigía entonces a una oficina de empleo que le enviaba de inmediato un suplente. Algunos obreros jóvenes y solteros se especializaban en las suplencias. «Se les llamaba *rouleurs*»* (extracto de una tercera entrevista). Eso les interesaba, no sólo por estar un poco mejor pagados, sino porque de ese modo iban cambiando de actividad, como ciertos interinos en la actualidad. ¿Cómo sobrellevaban los obreros el cansancio acumulado? Hubo una frase que nos sorprendió en una cuarta entrevista: «Cuando uno está demasiado cansado ya no puede dormir; entonces estás perdido». Esta frase llamó nuestra atención sobre dos clases de cansancio. Está el cansancio debido al ejercicio normal de la activi-

* Obreros que cambiaban a menudo de trabajo. (N. del T.)

dad profesional cotidiana, que se elimina cuando las condiciones de sueño y alimento son suficientes. Pero está el otro cansancio, el cansancio acumulado, el que es señal de desgaste físico y nervioso que afecta al cuerpo bajo el punto de vista de su mismo funcionamiento. Comprender eso equivale a comprender que quienes se hallan en esta situación tienen que poner sumo cuidado en el mantenimiento de sus fuerzas, que se hallan en peligro constante por las condiciones del ejercicio de su oficio.

Supimos desde la primera entrevista que el gobierno procedente del Frente Popular de 1936 había impuesto la obligación de dejar a los obreros un día libre a la semana. Nosotros, naturalmente, dedujimos que eso habría representado un progreso, pero era un error. «Los patronos no lograban ponerse de acuerdo para cerrar por orden, una cada vez. De hecho, cada uno tenía miedo de que le robasen los clientes. Por lo tanto, cerraban todos el mismo día. La víspera, los clientes compraban el doble de pan; pero entonces había que estar veinte horas en el tajo. Al final, terminaba uno completamente agotado. Había que pasar el día de descanso durmiendo» (síntesis de un pasaje de una quinta entrevista. Esta vez lo que se nos describía como respuesta a una pregunta planteada por las entrevistas precedentes era más bien un mecanismo propiamente *social*, creado por la competencia local entre artesanos.

Más tarde fuimos descubriendo otras consecuencias de la falta de día libre, como el aislamiento social de los jóvenes obreros de panadería, la mayoría de las veces emigrantes procedentes de un pueblo que, por lo tanto, no conocían a nadie en la ciudad y jamás disponían de tiempo para «salir» y poder conocer a alguien.

Así pues, éstos eran algunos de los fenómenos que se ocultaban tras la simple frase: «Se trabajaba siete días a la semana». No era sólo la descripción de un hecho, sino un *indicio* del que había que descubrir sus múltiples significados (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1980).

En el texto titulado «Comprendre» con que termina *La miseria del mundo* Bourdieu insiste en la idea de que hay que poseer ya un «inmenso saber adquirido, a veces a lo largo de toda una vida de investigación» para «estar realmente a la altura de su objeto» (p. 911). Pero si hubiera que saber ya todo para plantear buenas preguntas y para comprender lo que significan las respuestas, la cuestión de la búsqueda ya estaría resuelta: se habría alcanzado el objetivo, el co-

nocimiento, incluso antes de emprender el camino. Por suerte, existe también un camino hecho de tanteos, que conduce de la ignorancia a un cierto grado de saber y de lucidez: el de la entrevista. Se desarrolla buscando indicios, dando a cada indicio la categoría de trampolín para que la imaginación sociológica formule hipótesis plausibles sobre procesos subyacentes cuya presencia se presumiría a través del indicio, introduciendo nuevas preguntas en las entrevistas posteriores, cuyas respuestas dirán si el proceso en cuestión es exactamente el que se imaginaba, o si hay que imaginárselo de otra forma.

Intento de clasificación de los niveles de significado

Tres niveles principales

Cualquier relato de vida ofrece a la vez elementos de información e indicios concernientes a fenómenos situados a niveles muy distintos: estructuración inicial de la personalidad del sujeto en *habitus*, aprendizaje cultural y profesional, transformaciones psíquicas posteriores, tipo habitual de conducta, historia de las relaciones del sujeto con sus allegados, los *significant others* de G. H. Mead (expresión que F. de Singly propone traducir como «otros significantes»), relaciones sociales «objetivas», o mejor *objetivadas* propias de tal o cual mundo social y que definen puestos (posiciones, estatus), roles, normas y expectativas de conducta, juegos de rivalidad, de competencia, de conflicto abierto o larvado, mecanismos sociales, lógicas sociales, procesos recurrentes, fenómenos culturales, semánticos y simbólicos.

Para poner un poco de orden en esta riqueza exuberante puede uno tratar de hacer una clasificación de esos niveles. ¿Cuál sería en ese caso, respecto de los relatos de vida, la clasificación más pertinente?

La mayoría de los trabajos teóricos contemporáneos se construyen en torno a una misma distinción fundamental entre sistema y actor(es) (Touraine, Crozier), campo y *habitus* (Bourdieu), o *structure vs agency* (Giddens).

Nuestra experiencia acerca de los relatos de vida nos lleva a la conclusión de que a esos dos principales niveles habría que añadir un

nivel intermedio, el de las *relaciones intersubjetivas firmes* (y en general *duraderas*): las que se establecen de forma natural entre dos personas vinculadas entre sí por relaciones de parentesco, de conyugalidad, incluso de jerarquía, y las del amor, de la camaradería y de la amistad (o del odio), de la alianza o de la rivalidad «micropolíticas» que los actores mismos construyen.

Esta clasificación en tres «niveles» ayuda a situar los indicios que contiene un relato de vida. Tal clasificación concierne no sólo a los hechos, sino también a los *estados*: a cada instante del itinerario de vida corresponde un cierto estado físico y psíquico del sujeto, de su «personalidad» y también de sus fuerzas vivas, un cierto estado de sus relaciones intersubjetivas firmes y de su situación social (empleo, recursos, vivienda, patrimonio, condición familiar, «oportunidades» objetivas). Todo lo que modifique de forma sensible al menos uno de esos tres estados constituye un *hecho* y, de manera recíproca, todo hecho en el itinerario biográfico modifica al menos uno de esos tres estados. Tales son en particular los *hechos* decisivos del sujeto con los que se quiere transformar uno de esos tres estados, evidentemente en el sentido de una mejora con la que se cuenta.

Los relatos de vida, dada su orientación narrativa, están especialmente adaptados para captar los *procesos*, es decir, la concatenación de situaciones, de interacciones, de acontecimientos y de acciones. Éstos, por definición, son duraderos y a veces muy duraderos. Sería mucho más fácil identificar y analizar recurrencias en los procesos si éstos se limitaran a uno solo de los tres niveles propuestos pero, por supuesto, no ocurre así. Un proceso propiamente social, para llevarse a cabo, necesita la movilización de actores, y con frecuencia la de sus relaciones intersubjetivas. La autotransformación sólo raramente es el resultado de un proceso puramente subjetivo, y es fácil comprobar cómo los «movimientos del alma» más íntimos, flechazo, conversión religiosa o decisión de suicidarse por ejemplo, sólo se pueden entender refiriéndose al menos al cúmulo de relaciones intersubjetivas que caracterizan al sujeto en ese momento. En cuanto a los procesos que transforman, poco a poco o de forma fulgurante, tal o cual relación intersubjetiva firme, por ejemplo una relación de pareja, una relación padre-hijo o una relación de amistad, implican simultáneamente la personalidad de los sujetos y, de ordinario, la relación social objetivada que existe entre los puestos que ocupan.

La sociología trata de identificar procesos *sociales*. En la época del estructuralismo se habría entendido mediante este término una serie de concatenaciones recurrentes de mecanismos sociales que afectarían directamente a ciertos «agentes» imponiéndoles su conducta. La sociología contemporánea, más consciente del carácter «construido» de los contextos sociales y de la diferencialidad de las personas, concibe los procesos sociales como concatenaciones probables de actos y de interacciones de actores en situación.

Decir más sería salir del marco de la presente obra para desarrollar una teoría de los procesos sociales. No obstante, habida cuenta de la importancia de esta cuestión, nos parece necesario ilustrarla con un ejemplo. El que hemos elegido no está tomado de una de nuestras investigaciones, sino de uno de los raros relatos de vida que se han publicado *in extenso* y prácticamente tal como se recogió. Cada uno puede dirigirse al texto íntegro que ocupa tres páginas completas del diario *Le Monde* del 7 de octubre de 1995.

Un ejemplo

Este relato de vida es el de Khaled K., muchacho nacido en Argelia en 1970 y llegado a la edad de dos años a vivir en una ciudad, en Vaulx-en-Velin, en los arrabales de Lyon, donde pasó su infancia, su adolescencia y gran parte de su juventud. El politólogo alemán Dietmar Loch, que hacía un trabajo de campo en Vaulx-en-Velin, se encontró con él en el otoño de 1992. Khaled tenía entonces veintidós años. Acababa de salir de prisión, donde había tenido tiempo de reflexionar largamente sobre su itinerario biográfico de estudiante de bachiller convertido en delincuente. Tenía ganas de explicarse y la entrevista, muy bien llevada por D. Loch, tiene un gran interés sociológico. Detengamos el reloj del tiempo histórico en el 3 de octubre de 1992, el día en que Loch recogió este relato de vida, tratando de hacer abstracción de los acontecimientos dramáticos que se produjeron en los años siguientes.

Toda la entrevista es como una ilustración de lo que se ha dicho en las páginas precedentes sobre los diversos niveles de significación; sobre todo lo que Khaled dice del punto de inflexión en el que comenzó a precipitarse hacia la delincuencia. Ese pasaje está tomado

aquí insertando en él algunas frases tomadas de pasajes ulteriores de la entrevista (esas inserciones van enmarcadas por los signos //).

Khaled (habla del ambiente del colegio de Vaulx-en-Velin): «Era un grupo homogéneo, todos teníamos la misma mentalidad, se hablaba poco pero uno se entendía inmediatamente y eso era lo bueno // [Los profesores habían tenido] muchos alumnos como nosotros. Habían visto a nuestros hermanos y hermanas. Habían seguido nuestros pasos, nos conocían. // Y yo personalmente, cuando cambié de colegio ya no era lo mismo. Ya no encontré esa mentalidad.

—¿Qué era exactamente esa mentalidad? (¡excelente «insistencia» por parte del entrevistador!)

—Se trabajaba y se bromeaba. Uno podía permitirse bromear porque se sacaban buenas notas, siempre en serio. // En tercero yo iba bien. [Con un amigo] éramos los primeros de la clase, siempre bromeando. Éramos sanos, tranquilos // Pero cuando llegué al instituto eso se acabó. No lo resistí.

—Yo tenía la capacidad suficiente para triunfar, pero no me encontraba en mi lugar (...). Ellos [los alumnos de ese instituto «burgués» de Lyon] jamás habían visto en su clase un «árabe». Me decían: «francamente, tú eres el único árabe»; y cuando me conocieron me decían: «Tú eres la excepción». A ellos les era más fácil discutir entre sí. (...) Era un poco frío. // Te encontrabas con un bache de memoria, no te dicen nada, disimulan. // Aun (...) entendiéndome bien con ellos, no era natural. Mi autoconfianza iba en descenso; mi personalidad... tenía que dejarla de lado. No puedo; y no encontraba mi lugar. Entonces comencé a saltarme las clases; una vez, dos veces. Una cadena, hasta el día en que tuve alguna entrevista (...). Comencé a dar una vuelta e hice amistades. Pero eran buena gente, aunque el tío fuera un ladrón (...). Un amigo es un amigo; es cuestión de sentimientos, no hay que juzgarle por tal o cual acto. Porque aquí (...) un tío se compra un buen vaquero, como los demás; no hay dinero; tiene que arreglárselas él solo. Entonces comencé a callejear con ellos. Se ve clara la diferencia entre el ambiente del instituto y el ambiente de fuera, el de los ladrones. Se está más a gusto, es la misma mentalidad que en el colegio, pero con adultos. Y cuando robas te sientes libre, porque eso es un juego. Mientras no te pillen eres tú el que ganas. Es un juego: se gana o se pierde. Pero es cierto que este camino no conduce a ninguna parte. Después de haber estado en prisión he visto que yo era el perdedor al cien por cien.»

Más que comentar este extracto, vamos a proponer al lector —como hacen los manuales estadounidenses— convertirlo en la base de un ejercicio. Se tratará de responder a las siguientes preguntas:

- Este pasaje describe un *proceso* de transformación importante. ¿En qué planos o «niveles»: personalidad, relaciones intersubjetivas, situación objetiva («lugar»)? Si han cambiado los tres «estados» en el transcurso del período descrito, ¿en qué orden? ¿Mediante qué concatenaciones? ¿Dónde están los puntos de bifurcación, las encrucijadas? ¿Cuáles eran las direcciones alternativas? ¿Cuáles hubieran sido las ventajas y los costes subjetivos para el sujeto dadas esas alternativas en cada uno de los tres niveles?
- Comparando la descripción de la atmósfera del colegio y del instituto, ¿se pueden hallar coherencias o contradicciones entre los «estados» de los tres niveles (personalidad, conjunto de relaciones intersubjetivas y estatus objetivo referido al contexto institucional)?
- La trayectoria de K. es atípica. No obstante, ¿se pueden formular hipótesis de alcance general sin caer en el psicologismo o el culturalismo?
- ¿A qué «nivel» adjudicar los fenómenos siguientes: sentimiento de identidad, percepción de la identidad de otro, razones «objetivas» (sociales) de esa percepción (estructura de los establecimientos escolares, estructura social, contexto histórico, «sentido común» originado por el discurso colectivo)?
- Cuestión subsidiaria: refiriéndose a la totalidad del texto original, evaluar la «exactitud» de las operaciones de montaje efectuadas: inserción de pasajes ulteriores, indicados por las //; supresión de pasajes, indicados mediante los (...).

Otras técnicas de análisis de los relatos de vida

Este capítulo no quedaría completo si no hiciéramos al menos referencia a otras técnicas de análisis de los relatos de vida sobre un tema.

La más sencilla consiste en buscar en cada relato los pasajes concernientes a tal o cual *tema*, con el fin de comparar después el

contenido de dichos pasajes (si las transcripciones se han introducido en un ordenador, éste permite crear fácilmente ficheros temáticos). Esta técnica de *análisis temático* (Blanchet y Gotman, 1992), frecuentemente utilizada para el análisis de todo un *corpus* de entrevistas abiertas o semicentradas, cuando se aplica a relatos de vida, da la impresión de tener el inconveniente de separar los pasajes de sus contextos discursivos, empobreciendo e incluso modificando su sentido. Sin embargo, mediante esta paradoja, que no es más que aparente, podría suceder que este inconveniente fuera en resumidas cuentas menos grave cuando se trata de entrevistas destinadas a describir ciertas prácticas y su contexto social (véase el ejemplo puesto anteriormente sobre la frase «Se trabajaba siete días a la semana») que si se tratara de entrevistas destinadas a recoger «ideologías» personales, que constituyen en principio «conjuntos» relativamente coherentes.

Así pues, el análisis temático de los relatos de vida, fácil de llevar a cabo, tiene también sus méritos, sobre todo el de preparar un cierto tipo de análisis comparativo (por temas) y el de facilitar la redacción del informe de la investigación, al poder constituir cada «tema» en objeto de un capítulo. Pero habida cuenta de la violencia que se hace de este modo a los relatos, habrá que tener sumo cuidado de que su división no modifique el sentido de los personajes aislados. Si un pasaje no se puede entender más que inserto en la historia del sujeto, se podrá hacer un preámbulo a su cita en el que se resuma esa historia, que recordará lo que hay que tener en cuenta para no interpretar de forma errónea la cita (véase el cap. 7).

Otras técnicas de análisis recurren a los conocimientos especializados, lingüísticos o semióticos, psicológicos o psicoanalíticos. Para el primer caso, la obra de referencia será en los próximos años la de Demazière y Dubar (1997), que recurre a técnicas del *análisis estructural* elaboradas por una parte por lingüistas y semióticos, y por otra parte por el sociólogo J.-P. Hiernaux.

Por lo que atañe a la articulación entre fenómenos psíquicos y fenómenos sociales, la referencia principal son los trabajos de Vincent de Gaulejac (1987 por la obra pionera). Su contribución más importante, en mi opinión, la constituye su intento de captar no sólo la articulación de lo psíquico y lo social, sino también su transmutación recíproca: una infancia afectada e incluso traumatizada por el contexto *social* en el que se ha desarrollado queda marcada por caracte-

rísticas *psíquicas*; a la inversa, estas características psíquicas originarán en el adulto modos de conducta repetitivos que pueden tener efectos *sociales*. En la medida en que tales fenómenos son recurrentes y presentan una dimensión colectiva, seguimos estando, a pesar de ese desvío psíquico, dentro de un campo de la sociología que Gaulejac designa como «sociología clínica».

Todavía hay otras formas de analizar los relatos de vida, como las que Mauricio Catani (1982) puso en práctica o, en Alemania, el sociólogo Oevermann, inventor de la técnica de la «hermenéutica objetiva». Sin embargo, en la medida en que el objetivo común a esas orientaciones metodológicas es explicitar los significados que se refieren al universo mental de *una* persona singular, quedan fuera del marco de la presente obra.

Señalemos por último las investigaciones que llevaron a cabo Fritz Schütze en Alemania (1983), Michel Legrand en Bélgica (1993), o Michèle Leclerc-Olive en Francia (1997) y anteriormente Lucien Sève (1969) para convertir el itinerario biográfico mismo, la «biografía», en objeto de análisis. Esos trabajos tratan de elaborar conceptos o «categorías biográficas» como «giro», «encrucijada» o «momento de inflexión» (yo traduzco de este modo el término de *turning point* que emplea Schütze), «concurrency de circunstancias», «hecho biográfico», «callejón sin salida», «catástrofe». Este campo de la investigación está todavía en sus comienzos. En nuestra opinión, todavía no ha aportado conceptos que representen una ruptura clara con las categorías del lenguaje ordinario mediante las cuales cada uno de nosotros trata de expresar la relevancia de su propio itinerario o el de otras personas. Aún queda por demostrar que «la biografía», en el sentido más amplio del término, pueda constituir un objeto sociológico.

En cuanto a las leyes, instituciones y normas sociales que organizan dentro de una sociedad dada los itinerarios biográficos en «edades de la vida», constituyen el objeto de un campo de investigación sociológica mucho más desarrollado (Attias-Donfut, 1991); no obstante, como se trata de fenómenos sociales, su estudio no requiere el recurso a la perspectiva etnosociológica. Sólo se tendrá en cuenta, cuando se estudie un mundo social o una categoría de situación, la idea central según la cual los derechos y los deberes vinculados a las edades de la vida, las normas y las expectativas conductuales en fun-

ción de la edad, que parecen evidentes para los ciudadanos ordinarios, proceden, por el contrario, de un trabajo incesante de la «sociedad» sobre sí misma: los debates sobre la edad de la jubilación o los derechos de prejubilación constituyen un ejemplo patente. Cada mundo profesional o social elabora de este modo sus propias normas de edad y de itinerario «normal», respecto de las cuales muchos itinerarios se hallan desplazados, ya sea hacia delante o hacia atrás, lo cual puede tener múltiples consecuencias. Pero con esta última observación nos metemos de lleno en el análisis comparativo.

6. El análisis comparativo

El espíritu comparativo

El «momento» del análisis comparativo constituye el verdadero centro de una encuesta etnosociológica. En efecto, mediante la comparación de los datos recogidos en diferentes fuentes, y en particular acerca de distintos «casos» (aquí los relatos de vida), se elabora progresivamente en el espíritu del investigador o del equipo un *modelo* —primero un poco burdo y sembrado de supuestos iniciales, después cada vez más preciso y rico en formulaciones sociológicas— acerca de «cómo sucede eso» en el objeto estudiado. Mediante la comparación de los itinerarios biográficos van apareciendo *recurrencias* de las mismas situaciones, lógicas de acción similares, y se va descubriendo, a través de sus efectos, un mismo mecanismo social o un mismo proceso.

También mediante la comparación, las hipótesis establecidas partiendo de un pequeñísimo número de casos, incluso de uno solo, se van precisando, se van confirmando y van tomando una forma sociológica, a veces por el distanciamiento o por la «ruptura» con las representaciones de sentido común. La búsqueda sistemática de «casos negativos» lleva a consolidar o, por el contrario, obliga a hacer una nueva formulación de la hipótesis. Así es como, finalmente, se llega al momento de la saturación que permite considerar la encuesta como (provisionalmente) terminada.

En realidad, el «momento» del análisis comparativo comienza una vez recogido el segundo relato, incluso ya desde el primero, puesto que éste, con frecuencia, pone en tela de juicio lo que ya se

creía saber del objeto (comparación implícita). Esto distingue la encuesta etnosociológica de la encuesta cuantitativa, en la que el análisis de los datos se lleva a cabo por otro camino, y de la sociología clínica, que tiende a centrar la atención en un solo caso o un pequeño número de ellos para estudiarlos de manera profunda. En la encuesta etnosociológica todo está construido desde el principio para que la comparación sea posible y fructuosa: la unidad del objeto social, la elección de los casos que se van a observar (elección que busca la variación dentro de un mundo social), la constancia de la consigna de partida y del filtro y el primer análisis que, al consagrarse a describir la objetividad de los itinerarios por encima de la variedad de las formas discursivas, otorga a los datos fácticos contenidos en los relatos de vida una forma que facilita la comparación. Así pues, más allá del momento del análisis comparativo, es un *espíritu comparativo* lo que impregna toda la encuesta.

Es tan grande la variedad de objetos sociales que nos parece difícil decir algo más sobre el análisis comparativo sin caer en afirmaciones demasiado generales. Nos parece más útil proceder mediante ejemplos. Los hemos tomado de nuestras propias investigaciones por la sencilla razón de que, conociéndolos desde dentro, podemos poner de manifiesto el proceso que nos ha permitido pasar de los casos empíricos a las hipótesis sociológicas.

La situación de investigador en el CNRS no es la de un estudiante, sino que permite dedicar todo el tiempo a la investigación y obliga al mismo tiempo a llegar cada vez al nivel de saturación. La situación de un estudiante es del todo distinta, y los profesores lo saben. En el capítulo 3 hemos distinguido la fase de exploración y la fase analítica, que corresponderían respectivamente a las situaciones de estudiante y de investigador a tiempo completo. Pero también hemos dicho que esas dos fases no se sitúan una a continuación de otra. No se puede esperar de un estudiante de magisterio o de DSTS que llegue siempre al punto de saturación. En cambio, cabe esperar que habrá sabido poner en práctica el espíritu etnosociológico a partir de una decena de relatos de vida, completados con el recurso a otras fuentes complementarias. Si este pequeño número no es capaz de alcanzar el punto de saturación, es ampliamente suficiente —si el objeto de estudio está bien delimitado— para que con él aparezcan inseguridades en las hipótesis primeras, recurrencias y algunos mecanismos sociales. De hecho, el

tejido social es mucho más «tupido» de lo que se cree generalmente y las recurrencias aparecen muy pronto. Si un solo relato de vida no prueba nada, en contra de lo que la publicación de autobiografías o de relatos de vida célebres tiende a hacer creer, unos cuantos, inteligentemente comparados, son suficientes para dar origen a hipótesis sociológicas interesantes.

Recurrencias en los itinerarios

Sea cual sea el tipo de objeto social que hayáis decidido estudiar mediante el enfoque etnosociológico —mundo social, categoría de situación, tipo particular de trayectoria—, os tendréis que enfrentar de entrada a itinerarios con trazos comunes. Su comparación os llevará a clasificarlos en *tipos* diferentes. Tendréis que justificar entonces la formación de esos tipos, no sólo mostrando la pertinencia sociológica de las características que los distinguen, sino demostrando la *coherencia interna* de cada tipo (para un ejemplo de buena construcción de una tipología, véase Nicole-Drancourt, 1991).

Interrogarse sobre lo que da coherencia a un tipo es la mejor forma de encaminarse hacia el descubrimiento de mecanismos sociales.

Desde el comienzo de las entrevistas biográficas a algunos antiguos obreros parisienses de panadería quedamos sorprendidos por el paralelismo de su itinerario de vida. Todos habían nacido en un pueblo, en diversas regiones de Francia; todos procedían de familias numerosas y pobres; a todos les había reclutado el panadero del pueblo, que conocía bien a su padre o a su madre: «¿Qué va a hacer tu chaval cuando termine la escuela? ¿No le gustaría aprender el oficio de panadero?». Tanto unos como otros se habían encontrado de este modo, a una edad muy joven (trece o catorce años), enrolados como aprendices de panadero en la panadería del pueblo. Después de tres años aprendiendo el oficio, y también barriendo el horno, su patrono y maestro los despedía y ellos se iban a la ciudad vecina para ajustarse como obreros. Poco a poco iban trasladándose a París, donde nosotros los encontramos.

Era tal la semejanza que ni siquiera justificaba la construcción

de una tipología. Lo que había que comprender era la lógica de tal itinerario. Aquí había mucho de social.

La primera clave nos la ofrecieron las descripciones muy similares de la situación de aprendiz de panadero, que nosotros calificamos de *esclavitud temporal* por la magnitud de la explotación. Estaba muy claro el interés del panadero de pueblo de encontrar la ayuda en su trabajo —fabricación del pan y giras por los pueblos— de un aprendiz «alimentado y hospedado» pero no pagado. Pero también era de su interés objetivo el que, una vez que el aprendiz formado se atrevía por fin a reclamarle un salario, despedirle para contratar a otro aprendiz, dado que los niños que terminaban la escuela (primaria) obligatoria eran numerosos en los pueblos. El joven despedido no tenía más que una sola «elección», ir a la ciudad con su reciente calificación de panadero, buscar trabajo en ella y después ir de un lugar a otro y de una ciudad a otra para aprender las diferentes facetas del oficio junto a distintos artesanos.

Así descubrimos el mecanismo social que alimentaba constantemente las panaderías urbanas con jóvenes obreros procedentes del medio rural. Pero ¿por qué no se hallaban en este flujo jóvenes procedentes de medios urbanos? Con la ayuda de los primeros obreros panaderos que entrevistamos emprendimos la búsqueda de tales «casos negativos» —obrero panaderos adultos de origen parisien—, pero no logramos hallar ni un solo caso. Una visita a un centro de aprendizaje parisiense, donde se ofrecía una vez a la semana una formación general a aprendices de diversos oficios artesanales, entre ellos la panadería, nos bastó para comprender la razón. Al organizar unas charlas de grupo con los cerca de veinte aprendices de panadero parisienses que recibían allí una educación alterna, nos dimos cuenta de que casi todos, después de su experiencia de trabajo, querían abandonar este oficio lo antes posible. En efecto, comparando sus largos horarios nocturnos, seis días a la semana, con los de otros oficios, como el de mecánico en un garaje u obrero en una fábrica, se daban cuenta de que cualquier otro empleo urbano ofrecía horarios «normales» y el sábado por la tarde libre, lo que les parecía muy preferible. Así pues, era de esperar un abandono considerable después del aprendizaje, lo cual estaba confirmado en una encuesta ya antigua del INED sobre la pirámide de edades de los oficios artesanales que demostraba que la panadería era de lejos, en-

tre todos esos oficios, la que más aprendices perdía después del servicio militar.

Entre los aprendices que participaban en estas charlas de grupo sólo uno deseaba continuar, pero se distinguía de los demás por su procedencia social no popular, y sobre todo porque tenía el proyecto preciso de instalarse por cuenta propia tan pronto como le fuera posible.

¿Pueden los dos mecanismos sociales que pensamos haber descubierto por medio de unos cuantos relatos de vida, de una charla de grupo y de una estadística nacional aplicarse a todo el conjunto de un ramo que emplea a cerca de cien mil obreros aprendices de panadero dispersos por toda Francia? Nosotros así lo creemos dada la claridad y transparencia de su lógica: el uno, verdadera fuente de mano de obra, reclutando jóvenes en el campo y empujándolos hacia las ciudades; el otro alejando del oficio a jóvenes urbanos que habían entrado en él por equivocación. La circulación de flujos humanos («antroponómicos») que originaban mediante su combinación no sólo coincidía con nuestras observaciones «positivas», sino que explicaba también por qué no éramos capaces de encontrar «casos negativos» (obrero panaderos de procedencia urbana). La sensación de haber saturado de este modo el modelo no procedía del número de relatos de vida recogidos —en este estadio sólo teníamos unos diez— sino de la coherencia del modelo mismo, que se apoyaba en la articulación de dos lógicas sociales complementarias.⁶

Se observará que esas lógicas sociales se pueden interpretar de dos formas: de forma estructuralista, como mecanismos sociales; o bien, por el contrario, como el producto de dos *lógicas de acción racional en finalidad*: las de los panaderos rurales, las de los aprendices de panadero de origen urbano al comparar su situación con la de sus camaradas que trabajaban en otros ramos. Tal convergencia es más bien una buena señal (al comparar dos modelos explicativos, el paradigma estructuralista y el paradigma accionalista, en la interpretación de un mismo caso empírico, véase Bertaux y Bertaux-Wiame, 1988).

6. Esto, evidentemente, no significa que no se puedan hallar, mediante otras encuestas, excepciones empíricas a este modelo. Pero esas, o bien confirman la lógica social que pensamos haber descubierto, o bien son suficientemente numerosas como para justificar la integración de un nuevo tipo de trayectorias en el modelo, y por lo tanto su enriquecimiento.

No obstante, el estudio profundo llevado a cabo por Isabelle Bertaux-Wiame (1978) sobre el *aprendizaje* muestra los límites del segundo de esos dos paradigmas. Los jóvenes aprendices, separados de forma brutal de su familia, sumergidos de repente en una situación de esclavitud temporal que les ocasionaba incontables sufrimientos, tratando de escapar de ella mediante fugas, pero llevados de nuevo ante el maestro artesano por su padre, se hallaban enfrentados a un complejo de poderes, donde el maestro artesano reunía ante ellos el poder del patrono y el mucho más importante de maestro responsable de su enseñanza en el sentido patriarcal del término. Este tipo de situaciones de dependencia se entiende mejor recurriendo a los trabajos de Michel Foucault sobre el poder, más que a las teorías sobre la elección racional.

Examinemos rápidamente un segundo ejemplo. Se trataba de estudiar la migración de las jóvenes de los pueblos a París en la década de 1920, recogiendo los testimonios de mujeres de edad avanzada de origen rural que vivían en la región de París (Bertaux-Wiame, 1980). El sentido común de la época se representaba el éxodo rural como un fenómeno esencialmente masculino. Ahora bien, las estadísticas mostraban que ya desde el período de entreguerras, las mujeres jóvenes que habían cambiado el campo por la ciudad habían sido más numerosas que los hombres, y más numerosas también las que se habían dirigido a París en concreto. Nuestra primera hipótesis era que el desarrollo industrial de la región de París había ofrecido empleos tanto masculinos como femeninos, aunque, sin lugar a dudas, en diferentes ramos. Pero resulta que todas las mujeres entrevistadas habían ido a ocupar empleos de criada, de vendedora en un pequeño comercio, o de empleada en los hoteles y hogares para jóvenes obreros solteros llegados de provincias. Ninguna había sido obrera en la región de París. ¿Por qué?

La explicación no había que buscarla en el mercado de trabajo, sino en el del alojamiento. Había un punto común —una «recurrencia»— característica de los diversos tipos de empleo ocupados por las jóvenes rurales emigrantes: todas estaban hospedadas (incluso con cama y comida) por el empleador. En aquella época apenas existían hogares para chicas ni otra clase de oferta en el mercado del alojamiento para jóvenes solas, y la crisis de la vivienda parisiense era tal que las personas que conocían en París no podían acogerlas. Así pues,

el problema de las jóvenes emigrantes no era encontrar un empleo —había empleos en abundancia— sino encontrar alojamiento, razón por la cual se orientaban más bien hacia un tipo específico de empleo bajo el régimen de «cama y comida».

Los ejemplos expuestos tienen un punto en común: muestran cómo, partiendo de un pequeño número de casos, se pueden descubrir mecanismos sociales (lógicas sociales) de gran magnitud, que atañen a miles o incluso millones de itinerarios. Es cierto que no siempre es así, pero el hecho de que sea posible basta para mostrar que no es la lógica de la representatividad estadística la que rige aquí el paso de las observaciones empíricas a las hipótesis sociológicas, sino la del razonamiento propiamente sociológico. La validez de tales generalizaciones se mide no sólo por comparación con las estadísticas disponibles, sino también por comparación con explicaciones alternativas «puramente teóricas», es decir, elaboradas sin referencia explícita precisa a observaciones empíricas. Es sabido es que este tipo de explicación abunda no sólo en el sentido común, del que es el pan de cada día, sino también en el discurso de ensayistas e incluso de muchos teóricos. Si es evidente que las encuestas mediante cuestionario ante muestras representativas de poblaciones específicas (aquí los obreros del ramo de la panadería o las emigrantes de la década de 1920) sería el medio ideal de confirmar los modelos explicativos así propuestos —con la condición de que las hipótesis del modelo se incluyan en el cuestionario, y por lo tanto que se establezcan y se expliquen antes—, es absurdo pensar que para cada nueva hipótesis pueda haber una encuesta estadística. Así pues, hay que dar un estatuto específico a las hipótesis basadas en el trabajo de campo y elaboradas mediante el razonamiento sociológico, que las distingue tanto de las hipótesis confirmadas por una encuesta cuantitativa específica como de las elaboradas de forma especulativa. Ese estatuto es precisamente el que designa la expresión *grounded theory* propuesta por Glaser y Strauss, la teoría basada o arraigada en las observaciones empíricas.

El valor de este tipo de hipótesis se mide no sólo por el hecho de que explican las recurrencias observadas, sino porque las explican de forma sociológica. Ése es el valor del descubrimiento de un mecanismo social —lo mismo que, en un ámbito completamente distinto, el descubrimiento de un mecanismo económico o de un «mecanismo»

psicoanalítico—: una vez percibido, identificado, teorizado en un pequeño número de casos, incluso en el límite (Freud) en un caso singular, se desvincula de ese caso y adquiere un valor universal.

La construcción de hipótesis y de conceptos sociológicos

En la encuesta etnosociológica, la relación entre hipótesis y conceptos es diferente e incluso inversa a la que se suele enseñar partiendo del ejemplo de encuestas cuantitativas, y que, por lo tanto, les es familiar a los sociólogos. De forma esquemática, en una encuesta mediante cuestionarios, los conceptos preceden a las hipótesis; se traducen en variables, éstas en indicadores, y son los datos empíricos los que tienen que decir si las supuestas relaciones de causalidad entre variables (las hipótesis) se confirman o no.

En cambio, en la encuesta de campo, donde se trata de construir progresivamente un modelo de interpretación de los fenómenos observados, la elaboración de hipótesis y de conceptos va al unísono. Glaser y (sobre todo) Strauss describen el proceso de teorización como un proceso de creación continua de «categorías» que son otros tantos embriones de nuevos conceptos, la mayoría de los cuales tiene una vida corta, en la medida en que las observaciones y las teorizaciones posteriores van demostrando su incapacidad de explicar la naturaleza propiamente social de los fenómenos. Kaufmann, que sigue de cerca el pensamiento de Glaser y Strauss pero imprimiéndole su propia marca, llega a considerar las hipótesis como «formas originales», es decir, iniciales de nuevos conceptos.

La transferencia de conceptos

Se puede presentar el problema de una forma un poco distinta. Previamente a cualquier encuesta de campo existe ya todo un cuerpo de conceptos sociológicos elaborados a lo largo de más de un siglo de trabajos. Glaser y Strauss dan la impresión de ignorarlo y prefieren forjar por completo sus propias categorías y conceptos a medida que avanzan en sus observaciones; no cabe duda de que la legitimidad de

esta actitud, en su opinión, se basa en la novedad de su método de observación, y en su aplicación a fragmentos de realidad social hasta entonces inexplorados. Sin embargo, nos parece arriesgado adoptar esta opinión por parte de los estudiantes.

Es cierto que frente a un fenómeno que se ve aparecer de forma recurrente, un momento importante es aquel en que se pasa de la intuición de ese fenómeno a su «denominación». Al bautizarlo, al darle un nombre, se le distingue del segundo plano donde se entremezclan demasiados procesos, se le hace nacer y aparecer en el discurso sociológico, se le transforma en objeto de pensamiento; se puede comenzar a reflexionar sobre sus causas, sus consecuencias, la variedad de sus formas de aparición según los contextos. Pero antes de darle un nombre original, una medida de prudencia será constatar que cualquier otro investigador no lo haya identificado y bautizado ya.

En la encuesta sobre los padres divorciados que sólo tenían contactos esporádicos con sus hijos nos vimos sorprendidos por la manifestación recurrente de una queja vinculada específicamente a la imposibilidad de *transmitirles* cualquier clase de conocimiento, no sólo de verlos crecer y desarrollarse día a día, sino de participar directamente en ese desarrollo. Con frecuencia esos hombres mencionaban lo que ellos habían recibido de su padre, incluso de su abuelo: consejos, experiencias vividas en común, aprendizajes («mi padre me enseñó a pescar»), prácticas de transmisión ahora imposibles por culpa de la separación o por un derecho de visita reducido a la mínima expresión.

Nosotros hallamos un poco al azar, en un texto del célebre psicólogo Eric Erikson sobre las fases del ciclo de la vida, un concepto —el de «generatividad»— que ofrecía una clave para la comprensión de este sufrimiento. Para Erikson (1963), el pleno desarrollo de la personalidad pasa, especialmente en la madurez, por una fase en que la persona siente nacer el deseo de dar a los niños lo que a ella le dieron los adultos (sus padres, abuelos, un maestro o maestra de escuela) cuando era niño. Ese deseo de «generatividad» sería según Erikson uno de los momentos clave del desarrollo de la personalidad del adulto. No poder responder a ese deseo que emerge, bien mediante la educación de sus propios hijos, o bien ocupándose —en tanto que docente, monitor o educador— de otros niños, bloquearía ese desarrollo. La idea de generatividad, hipótesis psicológica concentrada en un

solo concepto, nos ha permitido otorgar un nuevo estatuto a la expresión de un sufrimiento que no llegaba a cristalizar en teoría y que, todo hay que decirlo, en cuanto queja, apenas era tenida en cuenta por las madres, magistrados y otros profesionales implicados en la gestión de lo que hay que solucionar después del divorcio.

Otro ejemplo de transferencia de un concepto es el que Catherine Delcroix efectuó durante una encuesta sobre las «mediadoras», esas mujeres de barrios populares —arrabales, periferia— con frecuencia procedentes de la inmigración que adoptan iniciativas con el fin de solventar los múltiples problemas que surgen con motivo de las fricciones y conflictos entre la población de esos barrios y los «profesionales»: maestros, policías, administraciones. Sus actividades, en principio benévolas, hacen que los trabajadores sociales del barrio se apoyen en ellas, pero partiendo de sus propios objetivos de trabajo social que buscan con demasiada frecuencia la adaptación a las exigencias de las instituciones locales, incluso la asimilación pura y simple de poblaciones que tienen sus propios códigos culturales. Las mediadoras se hallan de este modo atrapadas entre dos fuegos. Pero Ehrard Friedberg, un sociólogo de las organizaciones, ya había detectado e identificado un fenómeno similar con motivo del informe de los que llevaban a cabo los objetivos de la organización donde estaban empleados. Se vio obligado a designarle mediante el dilema entre «participación por asimilación» y «participación crítica». ⁷ Sería preferible atenerse a ciertos términos ya experimentados (Delcroix *et al.*, 1996) que forjar nuevas categorías contribuyendo así a la diseminación cacofónica de la jerga sociológica.

Está claro que con respecto al desarrollo colectivo del vocabulario sociológico, tales transferencias conceptuales son preferibles a la continua multiplicación de categorías de las que sólo la forma es nueva. No obstante, esas transferencias suponen ya un conocimiento profundo del vocabulario de la disciplina; de ahí la utilidad para los estudiantes de cultivarse mediante lecturas y de llevar sus trabajos en curso a seminarios de investigación dirigidos por un docente o, en su defecto, a consultar con frecuencia al director de su trabajo o de su tesis y a seguir sus consejos sobre lo que ha de leer.

7. Friedberg, «L'Analyse sociologique des organisations», *Pour*, n.º 28, 1988.

Las palabras del saber local

Los etnólogos, para informar acerca de fenómenos colectivos, costumbres, creencias u otras características de culturas muy específicas, recurren con frecuencia a los términos de la lengua local que, por supuesto, está perfectamente adaptada para expresarlos. Ponen sumo cuidado en desentrañar el significado y las implicaciones de esos términos. La etnosociología, cuando trata de comprender subculturas particulares, profesionales u otras cualesquiera, puede proceder de forma similar. Al menos algunos de los fenómenos y de los mecanismos recurrentes de un medio terminan siendo designados por un término específico; y a la inversa, todo término de uso habitual indica la presencia de un fenómeno específico recurrente, de otro modo desaparecería. Prestar suma atención a las palabras de la jerga de un oficio, de una subcultura o de una contracultura organizada en torno a un tipo específico de actividad equivale a multiplicar las posibilidades de acceder directamente a fenómenos característicos del medio en cuestión. Al sociólogo sólo le resta comprender plenamente su sentido, explicarlo e integrarlo en su modelo.

La elaboración de conceptos ad hoc

Desde que Glaser y Strauss democratizaron en cierto modo la creación de conceptos, antaño reservada a la aristocracia de la profesión, a cualquiera le está permitido intentarlo.

Durante la investigación sobre los padres divorciados, una serie de entrevistas entre los SDF demostró la frecuencia con que aparecían itinerarios de hombres cuyo equilibrio en la vida había quedado destruido en un principio no por la pérdida de empleo, por un accidente laboral o por el alcoholismo, sino por el divorcio. En efecto, el divorcio había provocado una profunda desmoralización, el recurso a la bebida, la pérdida del empleo y finalmente la pérdida del alojamiento. Otros que lograron conservar el empleo manifestaron que, no obstante, habían estado a punto de hundirse tras ese momento de desmoralización que sigue a una inmensa soledad.

La observación de esas recurrencias nos ha llevado a proponer el concepto de «triple apoyo». La idea que subyace en este concepto

es que, en la edad adulta, al menos para los hombres, un modo de vida estable se basa en los tres «apoyos» del alojamiento, del trabajo —que aporte no sólo ingresos, sino también inserción social— y de una familia formada por una compañera y por sus hijos. No se trata aquí de predicar una norma conservadora —no es ésa la vocación del sociólogo—, sino de constatar que cuando uno de esos tres componentes desaparece, los hombres, que dan la impresión de ser en este sentido mucho más vulnerables que las mujeres, se hallan en una situación de equilibrio inestable. La partida de la compañera y de sus hijos —o lo que es peor, el hecho de poner al hombre de patitas en la calle— provoca, sobre todo con la desaparición de relaciones intersubjetivas fuertes, la desaparición de una fuente de sentido que podía hacer ver como aceptables ciertas condiciones de trabajo abiertamente mortificantes. Y entonces, «¿para qué?». Como señala Robert Castel, la *desafiliación* o desconexión social, que es el inicio de un proceso de exclusión, puede producirse o bien en el ámbito del trabajo (pérdida de empleo), o bien en el ámbito familiar.

Por supuesto, la metáfora del triple apoyo no es más que el inicio de un concepto plenamente desarrollado, un concepto seminal en cierto modo, cuya validez se tiene que comprobar en diferentes contextos, cuya coherencia interna se tiene que trabajar. Pero al menos señala una cuestión que hay que profundizar, identificando y citando un conjunto de trazos comunes en una situación recurrente.

¿Interpretación o descripción profunda?

Un buen modelo es un modelo que hace inteligibles una serie de fenómenos observados; eso no implica necesariamente el recurso a conceptos sofisticados. Lo esencial, ante todo, es hacer buenas descripciones, tan profundas como sea posible: en la profundidad se halla el camino hacia lo general. Esta idea ha sido desarrollada por la antropología, más que por la sociología contemporánea, sobre todo con Clifford Geertz. Al terminar este manuscrito me encuentro con un pasaje donde el etnólogo Daniel Fabre, que trabaja sobre ciertos aspectos de la sociedad francesa, expresa de forma magistral el espíritu que anima sus investigaciones y las de sus colegas; ese pasaje hará las veces de conclusión del presente capítulo y de tran-

sición al capítulo siguiente consagrado a la escritura del trabajo de investigación:

«El trabajo de campo sigue siendo el momento en el que, partiendo de la percepción de lo desapercibido y abriendo los ojos ante la evidencia que ciega, se desprenden algunas hipótesis que una exploración razonada enseguida va a poner a prueba, constatar, afinar, ampliar. Después, al ponerlos por escrito, la mayoría de los etnólogos actuales, sea cual sea su relación con las “fuentes”, tratará de entretejer los efectos de lo real que hacen *sensible* el espacio social poblado de figuras personales de las que son testigos con el desarrollo de su análisis que trata de hacer *inteligible* esta realidad siempre un poco extraña» (Fabre, 1992, p. 50).

7. Formato y redacción

Este último capítulo está consagrado a la fase de redacción, es decir, a exponer por escrito los resultados de la investigación. Para la mayoría de los estudiantes, jóvenes investigadores e incluso investigadores ya consagrados es un momento estimulante y a la vez temible. Estimulante porque la fase de análisis y de profundización de las ideas se prolonga hasta el corazón mismo del trabajo de escritura. Temible al menos por dos razones: una se refiere a la ausencia casi total en la enseñanza secundaria francesa del aprendizaje de técnicas de argumentación (retórica) y de redacción; la otra es fruto de la presión de las normas universitarias al rigor de la argumentación.

El recurso a los relatos de vida en una perspectiva etnosociológica lleva a especificar los problemas generales de la consolidación del modelo y de su presentación por escrito. Esos relatos introducen la forma narrativa (la forma de relato) no sólo al nivel de datos sino, por extensión, al nivel de la reflexión, orientada de este modo hacia la percepción de concatenaciones secuenciales. Tendremos que ver si se puede sacar partido de ello para utilizar también esta forma en la redacción misma. Finalmente trataremos de la inserción de extractos de relatos de vida en el texto del trabajo y de los problemas que plantea su publicación íntegra.

La consolidación del modelo

El modelo que el investigador se construye de su objeto de estudio en un momento dado evoluciona en el transcurso de la investigación. Al

principio estaba formado por representaciones de sentido común, por algunas cuestiones, por las primeras hipótesis especulativas. El trabajo de campo y de análisis lo transforma de manera considerable. Al menos algunas de las representaciones iniciales aparecen inexactas, si no abiertamente falsas. El descubrimiento de mecanismos, de lógicas, de procesos va enriqueciendo el modelo. El investigador va entendiendo ciertos aspectos del funcionamiento de su objeto y piensa que ha «saturado» sus representaciones. Pero hay otros aspectos que, inevitablemente, no pasan del nivel de hipótesis verosímiles no saturadas. En fin, hay que añadir todas las intuiciones que fueron apareciendo en el transcurso del trabajo de campo y del análisis, que están flotando «en algún lugar» de la periferia semiconsciente del modelo, y a las que aún no se ha otorgado ningún estatuto. La primera redacción no tiene solamente por objeto esclarecer la arquitectura del modelo, sino también explicitar esas intuiciones flotantes, expresarlas en palabras, comprobarlas remitiéndose a los datos y colocarlas en su lugar exacto en forma de hipótesis no saturadas en la presentación escrita del modelo.

Así pues, hay a la vez continuidad y discontinuidad entre observaciones, análisis y escritura; pero la discontinuidad no está donde se la suele situar de ordinario, es decir, entre el final del análisis y el comienzo de la redacción «final». En una investigación etnosociológica bien llevada, la escritura comienza desde el principio, mediante la utilización de un *cuaderno de campo* donde se irá anotando no sólo lo que atañe a los procesos de campo, sino también todas las ideas nuevas sobre el objeto de estudio, incluso las notas de lectura. Escribir al hilo de cada día es un excelente entrenamiento para la escritura y una buena preparación para la redacción final.

Por lo tanto, lo que debería predominar a lo largo de la investigación hasta el primer trazo de la redacción final, incluido éste, es la continuidad entre observaciones, análisis, reflexiones y *escritura*; hasta aquí el investigador escribe *para él*. Si hay discontinuidad, me parece que se sitúa más bien a partir del momento en que se siente obligado a escribir para otro; por ejemplo, si es estudiante, para el jurado o para el tribunal de su tesis. Entonces tiene que interiorizar y poner en práctica las normas universitarias: progresión y claridad en la exposición, rigor en los argumentos, propuestas, coherencia en el modelo. El aprendizaje de estas normas no se hace sin dolor, pero es un paso obligado hacia la profesionalización.

Ciertas técnicas para la ordenación de las ideas pueden ayudar a construir y a consolidar el modelo. C. Wright Mills, Glaser y Strauss abogan por la redacción de fichas a medida que avanza la investigación; así es como trabaja Kaufmann, quien describe el proceso de una manera muy aceptable (Kaufmann 1996, cap. 5). Otros investigadores prefieren llenar cuadernos de campo. Recurrir a un ordenador eventualmente portátil también puede facilitar el trabajo a aquellos y aquellas que lo manejan con la suficiente destreza para hacer de él una prolongación del cerebro; el ordenador permite clasificar las notas por temas, reunir las, hacer copias de ellas por lo que atañe a varios temas a la vez. Cada uno hallará el método más adecuado para él. A fin de cuentas, sea cual sea el método, más vale eso que no tener ninguno. Lo que hay que evitar sobre todo es posponer el análisis para más tarde; se corre el riesgo de hallarse ante un cúmulo de datos con los que no se sabría qué hacer. Tanto el análisis como la escritura deben avanzar al unísono con el trabajo de campo.

El planteamiento del informe

En cierto modo el modelo es pluridimensional, como lo es el objeto mismo. En cambio, el informe escrito del modelo sólo puede ser lineal. Por lo tanto, el paso del uno al otro plantea el problema del plan del informe. ¿Cómo estructurarlo? Un buen plan es un plan lógico, pero resulta que hay muchas lógicas posibles.

Una de ellas es la del hallazgo progresivo de las características del objeto: reproduce para el lector el itinerario que ha seguido el investigador y le ha llevado de sus presupuestos iniciales a su comprensión final pasando por sus descubrimientos empíricos, el vaivén de sus hipótesis y la construcción progresiva de nuevas representaciones. Esta lógica es «genética» en el sentido de que señala la génesis del modelo; su presentación adoptará una forma narrativa. Aunque aún es poco corriente, me parece que se adapta bien a la forma etnosociológica de encuesta.

Otra lógica posible es la del funcionamiento del objeto mismo. Es la forma científica por excelencia. Pero supone un conocimiento bastante profundo del objeto. Se comienza exponiendo el mecanismo

que constituye el alma de su funcionamiento, después se muestran sus consecuencias capítulo a capítulo.

Este tipo de plan tiene el inconveniente de borrar el itinerario del descubrimiento. Se adapta mejor a la ciencia ya hecha que a la ciencia en formación: la investigación. Si se piensa haber descubierto un proceso fundamental para el funcionamiento del objeto se le colocará preferentemente hacia la mitad del informe en vez de situarlo al principio. Ciertas descripciones de algunas de sus manifestaciones se pueden adelantar en el capítulo que se le dedicará, pero sin «revelar el secreto» demasiado pronto. Una vez desvelado se podrá dedicar el resto de los capítulos a examinar sus consecuencias. Esta forma de actuar mantiene el interés de la lectura.

En la encuesta sobre la panadería artesana tuvimos que emplear mucho tiempo para percatarnos de que el proceso de *instalación* mediante el cual los jóvenes panaderos sin recursos económicos lograban, no obstante, establecerse por cuenta propia venía a ser la clave de todo el funcionamiento interno de este ramo artesano, y también la clave de su resistencia histórica a la panadería industrial. Si hubiéramos comenzado el informe por esta clave hubiéramos quedado «en el aire» y fuera del paisaje descrito en el informe. Ahora bien, en una encuesta etnosociológica hay que mostrar el itinerario que lleva de la ignorancia a un cierto conocimiento; aún más, se *puede* describir ese itinerario porque no es solamente mental —a diferencia del trabajo especulativo o puramente teórico—, sino que implica necesariamente una sucesión de hechos concretos. Finalmente y sobre todo, al exponer —por supuesto, de forma pulcra— el itinerario concreto que se ha seguido, el informe, por su misma integridad, añade credibilidad a las hipótesis propuestas.

Un tercer modo de exposición sería el del relato histórico que describiría el origen del objeto mismo. Éste se halla por cierto en las antípodas de lo que es habitual en la sociología universitaria. Sin embargo, todos los objetos sociales tienen una dimensión histórica que se tendrá que reflejar más o menos en los relatos de vida. Por ejemplo, la situación de los padres divorciados tal como nosotros la estudiamos a mediados de la década de 1980, con una retrospectiva de unos quince años, dependía enormemente de la legislación sobre el divorcio y la atribución de la autoridad parental. Ahora bien, esta legislación había evolucionado considerablemente, desde la década de

1960, en favor de las madres, y los movimientos de padres presionaban para que recobrara un «mayor equilibrio» entre los derechos de las madres y de los padres (en parte lo consiguieron en los años siguientes a nuestra investigación). Así pues, había que describir no solamente la evolución de la legislación, sino también tratar de reconstruir las razones profundas, sociales y culturales, de esta evolución (transformación de las costumbres, de las formas de familia, de las relaciones sociales de género, de la relación entre derecho y prácticas privadas).

Si hay que situar el objeto en su marco histórico se hará preferentemente al principio del informe; pero se volverá a él al final para deducir, partiendo de las tensiones y dinámicas internas que se hayan descubierto, las probables tendencias de evolución futura de las formas del objeto.

Una cuarta lógica subyacente en cualquier investigación sociológica es la que organiza el paso de lo general a lo particular, y viceversa. El objeto de estudio, mundo social, categoría de situación, tipo de trayectoria es de orden general, lo mismo que las cuestiones iniciales que se le plantean; y se espera del sociólogo que llegue a conclusiones de orden general. En cambio, el trabajo de campo no habrá afectado más que a una o unas unidades concretas que forman el objeto social, microcosmos, pequeños conjuntos de itinerarios biográficos. La apuesta ante cualquier encuesta etnosociológica es la de una universalidad de las relaciones, mecanismos y procesos sociales que corresponden a ciertas formas de organización (en sentido amplio) de las actividades sociales. Así pues, se podría detectar su presencia y estudiar su funcionamiento en cualquier componente particular. Pero la validez de esta apuesta se tiene que demostrar en cada encuesta.

Por lo tanto, el movimiento de conjunto del informe tiene que ir de lo general a lo particular (justificación de la elección de campo) y después de lo particular a lo general. Por eso las estadísticas disponibles sobre el objeto social «global» (como un mundo social) que ofrecen un marco general deben presentarse al inicio. Si se dispone de estadísticas sobre el objeto «local» estudiado de forma empírica, no solamente habrá que ofrecerlas, sino también compararlas con las estadísticas nacionales para demostrar el carácter típico o atípico del objeto local. No hay que subestimar las estadísticas locales o ecoestadísticas (Bertaux y Bertaux-Wiame, 1980): si se sabe, por ejemplo,

que existen treinta mil panaderías repartidas por todo el territorio se puede deducir que cada una de ellas surte del pan cotidiano, por término medio, a dos mil personas o alrededor de quinientas familias (por supuesto, este cálculo no tiene en cuenta la compra de pan en las grandes superficies, compra que se está desarrollando con gran rapidez). Se puede comparar esta última cifra con el número de personas que traspasan cada día el umbral de tal o cual panadería, lo que permite «situarla» *grosso modo* en relación con la media nacional o local. El hecho de describir de forma concreta pero cuantificada ciertas características del objeto particular que se estudia de forma empírica permite situarlo dentro de los conjuntos nacionales para los que no se dispone en general más que de descripciones estadísticas.

Si el paso de lo general a lo particular se plantea en términos de tipicidad morfológica, la vuelta hacia lo general se formula en términos completamente distintos. Cuanto más lejos se haya estado durante el descubrimiento de disposiciones concretas de lógicas de acción y de lógicas sociales, de mecanismos sociales y de su articulación en procesos, más seguro se estará de que lo que se ha descubierto tiene un valor generalizado. Ése es el punto esencial. Se le podrá añadir si es posible un nuevo examen de las estadísticas nacionales de donde se había partido para mostrar su «verdadero significado» (por ejemplo, mostrar cómo viven concretamente ciertas familias con unos ingresos de menos de la mitad del ingreso medio, es decir, por debajo del umbral de pobreza definido estadísticamente, y cuáles son las consecuencias a medio plazo de tales modos de vida). De este modo se otorgará a los resultados de una encuesta necesariamente muy local un alcance mucho más amplio.

En ciertos casos se podría considerar una quinta lógica que sería la de una dinámica de desarrollo biográfico que caracteriza un tipo particular de itinerarios. No obstante, el sociólogo, incluso en este caso, tiene que procurar centrar su atención en los marcos propiamente sociales que «adoptan la forma» de itinerarios en un tipo de trayectorias particulares y centrar su informe en ellos. Si contraer una enfermedad crónica determinada puede suceder de muchas formas, la manera en que esta enfermedad es entendida y tratada por el sistema médico es lo que constituirá el fondo común de estas experiencias. Los padres divorciados que nosotros encontramos eran otros tantos casos particulares; pero lo que su situación enormemente variada te-

nía en común era que su relación con sus hijos giraba en torno a un mismo núcleo jurídico y judicial que definía su derecho de visita. Es cierto que los procesos biográficos no se pueden convertir por completo en procesos sociales, pero la tarea del sociólogo consiste en buscar los elementos *comunes* que pondrían al descubierto los efectos de fenómenos sociales subyacentes.

Hemos mencionado cinco lógicas distintas que pueden contribuir a la lógica del informe. Cada investigador, dado su objeto de estudio y sus orientaciones personales, es muy libre de elegir la o las que más le convengan.

Por si fuera necesario, digamos lo que un lector espera del informe de una encuesta etnosociológica. Que se le explique en primer lugar de qué se trata, cuál es la cuestión o el «problema» que va a ser objeto de estudio. Después que se le recuerde cómo el sentido común ve esta cuestión y cuáles son las incoherencias de ese punto de vista: incoherencias internas y desviaciones de los datos ya existentes, por ejemplo de las estadísticas. Que se le diga también, sin insistir demasiado en ello, a qué conclusiones han llegado los trabajos sociológicos anteriores (si existen) sobre la cuestión y qué conceptos han propuesto sus autores para descifrar el problema en cuestión. Después que se le presente el campo donde se han llevado a cabo las observaciones concretas y el método utilizado. Si el investigador ha podido situar ese objeto local en relación con el objeto social estudiado y le ha sido posible determinar el grado de tipicidad, por ejemplo gracias a algunas estadísticas, que ofrezca una breve explicación; pero el lector está impaciente por saber cómo se ha desarrollado concretamente su trabajo, porque es eso lo que permitirá evaluar sus resultados y conclusiones.

El lector quiere ver el campo, pero también al investigador en su campo, porque en su estudio tiene que haberse sumergido en él, para saber no sólo lo que ha hallado, sino también cómo lo ha hallado. En otras palabras, será conveniente que señale alguna de las falsas pistas que siguió durante algún tiempo y cómo se convenció de que debía abandonarlas, y después de qué testimonios terminó por darse cuenta de la falsedad de tal o cual de sus primeras creencias; en qué forma le aparecieron primeramente los mecanismos, lógicas y procesos que cree haber descubierto y cómo se las ha ingeniado para confirmar las hipótesis que había formulado acerca de ellos; por qué abandonó tal

o cual hipótesis que durante largo tiempo le pareció verosímil. Además, cuáles son los puntos que, una vez terminado su trabajo, permanecen oscuros porque no ha podido estudiarlos bien por falta de tiempo, o bien porque el secreto que les rodea ha sido difícil de desvelar. En fin, al haber elaborado su modelo a partir de observaciones locales, que diga en qué medida, en qué grado de verosimilitud y a qué tipo de fenómenos podría generalizarse ese modelo.

Al final de la lectura, el sociólogo espera haber aprendido algo sobre el objeto estudiado y también sobre su capacidad para la investigación, es decir, sobre su aptitud para detectar los indicios, para seguir pistas con tesón, para poner en tela de juicio sus hipótesis frente a las evidencias contrarias, para comprender desde el interior las situaciones y las interacciones que allí se fraguan y, lo que sería ideal, para hallar las expresiones exactas, las palabras de la teorización, para expresar lo que ha creído descubrir. En nuestra opinión, una descripción sincera de los sucesivos tanteos y del desarrollo de las hipótesis es de lejos preferible a una exposición demasiado perfecta, demasiado pulida y demasiado coherente sobre el modo de funcionamiento del objeto, de tal forma que deja poco espacio a la evaluación personal. Y puesto que se ha trabajado con relatos de vida, que se ofrezcan al menos algunos extractos. Pero ¿qué publicar de los relatos de vida obtenidos?

La publicación de relatos de vida

La publicación de extractos

La inserción en el informe de la investigación de extractos de relatos de vida, es decir, de sus pasajes más significativos, me parece esencial. Esos pasajes son de hecho las etapas, los peldaños sucesivos de la gran escalera que conduce al modelo, si no todos, al menos una buena parte de ellos.

Pero hay que citar en el momento oportuno. El error más habitual consiste en proponer una hipótesis, por ejemplo sobre un mecanismo social, y después citar el extracto de un relato de vida que «ilustra perfectamente» ese mecanismo. Con esto se da a un caso par-

ticular el valor de confirmación de una hipótesis general; y además es probable que, de este modo, se invierta de manera artificial el orden del descubrimiento. Si el ejemplo citado ilustra perfectamente la hipótesis es muy posible que en el transcurso de la investigación se haya elaborado esa hipótesis partiendo de él: había desempeñado la función de *indicio*, ¿no se le quiere dar ahora la categoría de *prueba*? Si esta forma de actuar es habitual entre los ensayistas, científicamente es inaceptable.

Los extractos en el texto deben hacer la misma función que en el desarrollo de la investigación. Si esta función era la de ser un indicio que daba una pista, que vuelvan a desempeñar de nuevo ese papel en el texto de la redacción final. Si uno de ellos hizo tambalearse una hipótesis, que el investigador no atribuya ese tambaleo a su todopoderosa reflexión crítica. Los extractos que hayan confirmado una intuición o una hipótesis se incluirán como tales. Si un sujeto perspicaz ha ofrecido una descripción especialmente esclarecedora de un mecanismo social, no se erigirá uno en descubridor haciendo que el extracto en cuestión la «confirme».

Esto es válido sobre todo para ciertos pasajes de entrevistas con informadores centrales, o con fragmentos de relatos de vida que se pueden separar de su contexto sin una pérdida notable. Pero con cierta frecuencia, justamente porque se dispone de todo un relato de vida, porque se sabe gracias a su análisis profundo «de qué habla» el sujeto, porque se es consciente de deformar el sentido del extracto separándolo no sólo de su contexto discursivo, sino de la historia misma del sujeto, uno se siente desazonado. Citar dos páginas del relato rompería el hilo del texto sociológico; no citar más que un párrafo modificaría el sentido del pasaje citado. La solución, en este caso frecuente, es *resumir uno mismo* el contexto discursivo, incluso el segmento pertinente de historia del sujeto que le ha llevado a la escena, a la situación, a la acción, a la revelación de un mecanismo social descrito de manera tan exacta o tan expresiva que se quieren reproducir sus palabras.

De este modo se pueden *personalizar* los extractos citados sin recargar demasiado el texto. Para que el lector no se pierda se recomienda dar a cada sujeto un pseudónimo, que se repetirá cada vez que se le cite. Se puede caer en la tentación de elegir pseudónimos que aluden a la característica principal de tal o cual sujeto tal como el in-

investigador la ha percibido y de este modo convertirlos en *personajes*; ¡ojo a la caricatura!

Si no se ha recogido más que un pequeño número de relatos de vida pero se les ha estudiado cuidadosamente, conviene resumir el itinerario biográfico de cada uno de ellos. Ese material se pondrá en un anexo y constituirá una descripción morfológica de la muestra. Si tal práctica no planteara problemas de confidencialidad (cuanto mayor es el número de informaciones biográficas que se dan de una persona, mayor es el riesgo de que se la pueda identificar), se vería uno tentado a ponerla como norma de toda investigación etnosociológica que se llevara a cabo a partir de relatos de vida.

Punto final: ¿se puede, o está uno autorizado a reescribir los extractos que se incluirán en el texto? La cuestión es complicada, pero unas cuantas reglas sencillas permiten solucionar la mayor parte de los casos.

La tentación de «arreglar» los extractos es muy natural porque las reglas de la comunicación escrita no son las mismas que las de la palabra (oral). Lo que «sirve» perfectamente en la comunicación oral, porque va acompañado de gestos, de entonaciones, de un ritmo hablado, queda empobrecido en la transcripción. Por otra parte, lo oral se sirve de frases inacabadas, de repeticiones que parecen insostenibles en el discurso escrito. Los sujetos mismos, cuando se les da una copia de la transcripción, se dan cuenta de ello y dicen con frecuencia: «Si eso es para publicar, habrá que reescribirlo».

Por el contrario, permitirse reescribirlo todo a su aire, en función por ejemplo de la estética literaria, sería lo mismo que permitir-se traficar con los datos. Así pues, hay que respetar unas normas muy estrictas, cuyo espíritu se puede resumir en este principio sencillo: los cambios de *forma* jamás deben cambiar el *sentido*. Además, hay que guardarse muy bien de no añadir una sola *palabra* que el sujeto no haya dicho.

Así pues, no se pueden emplear más que dos tipos de operaciones: los cortes, que se indicarán mediante: (...); y el montaje por desplazamiento de frases, que se puede indicar mediante: // //. Además es absolutamente necesario que ninguna de esas operaciones modifique el sentido del discurso: es esencial en el contexto universitario que el lector tenga la seguridad de que los extractos que se le dan a leer son auténticos. En este marco, el respeto por los materiales recabados tie-

ne prelación sobre la estética literaria. Al tenerse que entender el texto del informe de la investigación desde la primera lectura, si el pasaje de un relato de vida menciona algo importante pero en términos difícilmente comprensibles, siempre podrá resumirlo uno mismo sin perjuicio de que se ponga en un anexo dicho pasaje.

La publicación in extenso

El sentir común de los sociólogos respecto de los relatos de vida ha estado hasta ahora ampliamente determinado por la publicación *in extenso* de relatos de vida «completos», además con mucha frecuencia a instancias de periodistas y con la intención de seducir al gran público. Evaluar (de forma peyorativa) la validez de lo que yo llamaba antaño el «sistema biográfico» en sociología basándose en este tipo de publicaciones extrasociológicas es un error manifiesto, pero bastante habitual (Bourdieu, 1986; Peneff, 1990).

Se necesitan circunstancias verdaderamente excepcionales para que un relato de vida dé lugar a su publicación *in extenso*. En primer lugar, hay que contar con la aprobación del sujeto. Publicar equivale a poner a alguien en la plaza pública, cuando inicialmente se le había prometido confidencialidad. También es necesario que el relato sea lo suficientemente rico como para merecer la publicación, lo que supone múltiples conversaciones, una concentración de esfuerzos sobre una sola persona y —si se mantiene la intención de un conocimiento sociológico— una argumentación sobre la representatividad o tipicidad del caso en cuestión; además hay que reescribirlo por completo para que se pueda leer. Por último, para evitar que el investigador no se vea sencillamente como quien maneja las teclas del magnetófono, sería conveniente acompañar la publicación del relato de vida con un comentario sociológico apropiado.

Ahora bien, esta última tarea equivale a una misión imposible. En efecto, para que el relato de vida sea legible, el investigador habrá tenido que renunciar no solamente a sus preguntas, abandonando de este modo cualquier esperanza de que se reconozcan al menos sus cualidades de entrevistador, sino también a trabajar en la transcripción, a reescribirla —según las reglas estrictas expuestas anteriormente— hasta que sea perfectamente legible.

Este trabajo de reescritura supone en sí mismo un enorme trabajo de análisis de las entrevistas que comprende sobre todo la reconstrucción del itinerario del sujeto y de la cadena de microgrupos a los que ha pertenecido, la comprensión de cada situación descrita, de su contexto y de la manera en que el sujeto y su entorno han percibido, analizado y reaccionado ante la situación, la manifestación de las múltiples capas de sentido contenidas en el relato y la forma de relacionar todo esto. Sólo después de este trabajo de análisis puede el investigador pasar al trabajo de reescribir, que consiste esencialmente en un trabajo de montaje y selección.

Si el trabajo se ha hecho con arte, como ocurre en *Los hijos de Sánchez* (Lewis, 1963) por ejemplo, el resultado se lee de una sola tirada y el lector se olvida por completo de que se trata de un texto reescrito: los andamiajes han desaparecido y el trabajo de análisis del investigador se ha hecho completamente invisible. ¿Podría él en este caso dar señales de vida haciendo que al texto «autobiográfico» le siga un comentario o un análisis sociológico? De hecho, lo esencial de lo que él ha comprendido mediante el análisis minucioso del relato de vida ha procurado hacérselo decir al texto mismo mediante un montaje que lo hiciera inmediatamente perceptible al lector. Éste, identificándose con el narrador durante el tiempo de la lectura y enriqueciendo la historia que se le cuenta con su propia imaginación, habrá captado de manera subconsciente esos hechos y sus relaciones semánticas; por eso juzgaría que es una paráfrasis ociosa cualquier comentario que le explicara lo que él (gracias al trabajo invisible del investigador) ya ha comprendido perfectamente a medias palabras.

Así pues, la publicación *in extenso* sólo se puede llevar a cabo en casos excepcionales y con fines (expresivos) distintos de los de la investigación. Hacer que en el espacio público se oigan las voces de personas pertenecientes a categorías que jamás tienen la posibilidad de expresarse es un trabajo noble, un trabajo de «barquero» que contribuye a la democratización del espacio público y a la reflexión profunda de una sociedad (sobre la conciencia que tiene de sí misma). Sin embargo, ése no es el trabajo de los investigadores. Hay algunos publicistas que tienen un gran talento para esto; y para el investigador es una tarea literalmente ingrata por las razones ya aducidas. No obstante, si en un marco universitario se quiere insertar como anexo del informe sobre una investigación un relato de vida especialmente rico,

típico, ilustrador o «ejemplar», mi sugerencia es que se publique la transcripción tal cual, incluidas las preguntas del entrevistador. Se podrá hacer que vaya precedida de una introducción en la que se presente el «perfil» del sujeto y las condiciones en que se estuvo en relación con él. Si se redacta un comentario, se pondrá en su lugar exacto, es decir, *después* del texto de la transcripción.

Conclusión

La presente obra no da cuenta más que de uno de los modos posibles de utilizar los relatos de vida, aquel que consiste en considerarlos como medios de acceso al conocimiento de objetos sociohistóricos como mundos sociales o situaciones originadas socialmente. En esta perspectiva que he llamado «etnosociológica», los sujetos adquieren la condición de informadores de sus propios hechos y de los contextos sociales en los que se han desarrollado; a sus testimonios se les da *a priori* una categoría de veracidad, que sin embargo se comprueba comparándolos sistemáticamente, confirmando sus asertos mediante otras fuentes. Para destacar la coherencia de este método, he tratado de explicar sus fundamentos epistemológicos y después de precisar el concepto específico del relato de vida que este método establece. He mostrado a partir de ejemplos cómo se puede pasar de observaciones locales a generalizaciones sociológicas y he esbozado lo que tal método podría aportar al conocimiento sociográfico y sociológico de los campos donde se pusiera en práctica.

La mitad de la obra se ha consagrado a las cuestiones de análisis que generalmente se dejan de lado. Habida cuenta de la importancia de la imaginación sociológica en el proceso de análisis de los materiales, se le han propuesto al lector no solamente algunas operaciones sencillas destinadas a subrayar los contenidos «objetivos» de un relato de vida (una objetividad de tipo discursivo), sino también ciertos instrumentos teóricos originales, como la diferencialidad o el «nivel» de las relaciones intersubjetivas firmes y duraderas. Esos términos designan fenómenos que contribuyen al proceso permanente de fabricación de formas sociales-históricas, sin que lo tengan en cuenta ni

las encuestas estadísticas ni la observación directa y, por lo tanto, sincrónica de los comportamientos. Al situar las prácticas en sus contextos concretos y en el tiempo, los relatos de vida muestran la importancia de los compromisos morales de unos actores para con otros; una sociología realista debe incluirlos en su campo de percepción y de reflexión. Uno ya no puede darse por satisfecho con un concepto del *homo sociologicus* que le reduzca ya sea a la condición de simple portador de estructuras y de roles, ya sea a la de individuo perfectamente autónomo que sólo actúa en función de sus intereses: tales conceptos dejan mutilada su humanidad. Además, no deja de ser inquietante el hecho de que las lenguas latinas parezcan avalar esta visión mutiladora cuando ponen sistemáticamente en masculino los términos genéricos: «agente», «individuo», «sujeto». Porque resulta que más de la mitad de los sujetos son mujeres, y pensando en ellas es cuando mejor se percibe la inadecuación de los conceptos canónicos del *homo sociologicus*. Este problema «terminológico» sigue sin hallar solución.

Estoy convencido de que la perspectiva etnosociológica tiene un hermoso futuro ante sí y de que tiene necesidad de la colaboración de los relatos de vida. La demanda social de sociología general está hoy en día estancada, y cierto tipo de discurso generalizado sobre la «sociedad» está en crisis por el debilitamiento de la forma Estado-nación. En cambio, la demanda de expertos profesionales en tal o cual sector de la vida social se halla en expansión rápida y continua, y la perspectiva etnosociológica puede responder a ella. Si se piensa en términos de profesionalización, conviene no olvidar que elegir un objeto de estudio, mundo social o categoría de situación, equivale a elegir ya el campo en el que se quiere terminar siendo un experto.

En cuanto al recurso a los relatos de vida en esta perspectiva, en mi opinión se halla en la misma línea de orientación humanista que Sartre supo explicitar en su tiempo, sobre todo en *Cuestiones de método*. Detenerse a escuchar durante largo rato cómo los sujetos cuentan «lo que han hecho con lo que se ha hecho de ellos», según la hermosa fórmula del filósofo, viene a ser como un contrapeso al peligro de desviación tecnocrática inherente a todo dictamen pericial proce-

dente de arriba. Es cierto que tener en cuenta la carga de humanidad que contiene todo testimonio sobre la experiencia vivida aleja a la sociología del modelo de las ciencias exactas, pero la acerca a la historia y a la antropología a la vez que refuerza su vocación democrática.

Bibliografía

Encuestas empíricas de referencia (por orden de aparición)

- Lewis, O. (1963), *Les Enfants de Sánchez. Autobiographie d'une famille mexicaine*, Gallimard, París, 638 pp. (hay trad. cast.: *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*, Joaquín Martis, México, 1969). Obra compuesta principalmente a base de relatos de vida de los cuatro hijos (dos hermanos y dos hermanas) de un campesino emigrado a los suburbios de México. Esos relatos grabados en magnetófono son tan clamorosos ante la verdad que Sartre y De Beauvoir, después de leerlos, se preguntaron públicamente si, después de tales testimonios, quedaba aún algún lugar para la literatura novelesca. Pero parece ser que la calidad literaria de esta obra es debida en gran parte al trabajo de reescritura de Oscar Lewis y su esposa Ruth. Por su forma, la obra sigue siendo un clásico del género; sin embargo, sus conclusiones analíticas han sido duramente criticadas.
- Bertaux, D., e I. Bertaux-Wiame (1980), *Une enquête sur la boulangerie artisanale*, ponencia presentada en el CORDES (Comisariado del Plan).
- Bertaux, D., y C. Delcroix (1990), *La Fragilisation du rapport père-enfant. Une enquête sociologique*, ponencia en el CNAF.
- Dos encuestas etnosociológicas, la una sobre un mundo social y la otra sobre una categoría de situación.
- Sayad, A. (1991), *L'Immigration ou les paradoxes de l'altérité*, Éditions universitaires/De Boeck, Bruselas, 312 pp.
- Recopilación de artículos de gran calidad sobre los argelinos emigrados a Francia y sus hijos.
- Nicole-Drancourt, C. (1991), *Le Labyrinthe de l'insertion*, La Documentation française, París, 408 pp.
- Una encuesta sobre el difícil paso de la escuela a un empleo estable. El

autor ha trabajado especialmente a partir de cincuenta relatos de vida de hombres y de mujeres de unos treinta años, llegados del sistema escolar a los dieciocho años.

Amiot, M. (1991), *Les Misères du patronat... Le monde des petites et moyennes entreprises industrielles et de leurs patrons*, L'Harmattan, París.

Una exploración del mundo social de los patronos de pequeñas y medianas empresas, llevada a cabo mediante ochenta relatos de vida.

Anderson, N. (1993), *Le Hobo. Sociologie du sans-abri*, postfacio de Olivier Schwartz, Nathan, París.

Traducción de uno de los clásicos de la Escuela de Chicago, publicada originariamente en 1923. El término «hobo» designaba por entonces al hombre que viajaba a través de Estados Unidos buscando en el camino un trabajo a pie de obra. El autor ha estudiado todas las facetas de su condición de trabajador emigrante, condición que él mismo había vivido. Su investigación y la obra que de ella resultó constituyen modelos de articulación de diferentes tipos de datos, entre ellos los relatos de vida: éstos acaban siendo retratos que resumen los itinerarios. Léase también el postfacio de O. Schwartz, «L'empirisme irréductible», reflexión profunda sobre el valor del trabajo etnográfico para el desarrollo de los conocimientos sociológicos.

Obras y artículos de metodología

Bertaux, D. (1976), *Histoires de vie – ou récits de pratiques? Méthodologie de l'approche biographique en sociologie*, ponencia en el CORDES.

Esta ponencia bastante polémica ha circulado mucho y ha inspirado a no pocos investigadores posteriores. Igualmente, introdujo en Francia los trabajos de la Escuela de Chicago.

Bertaux, D. (1980), «L'approche biographique, sa validité méthodologique, ses potentialités», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, LXIX, 2, pp. 198-225.

El artículo analiza la situación al final de la década de 1970 y propone algunas distinciones y orientaciones que demostraron ser pertinentes.

Ferrarotti, F. (1983), *Histoire et histoires de vie. La méthode biographique dans les sciences sociales*, Méridiens-Klincksieck, París.

Corta pero brillante obra teórica que prolonga en una dirección sociológica las propuestas de Sartre en *Questions de méthode* (1960; hay trad. cast. en *Crítica de la razón dialéctica precedida de Cuestiones de método*, Losada, Buenos Aires, 1970). Hay que señalar sobre todo la idea ori-

ginal de «biografía de los grupos primarios» que prefigura el desarrollo de las historias de familias.

Poirier J., S. Clapier-Valladon y P. Raybaut (1983), *Les Récits de vie. Théorie et pratique*, PUF, París, 238 pp.

El primer manual publicado para las librerías. Páginas interesantes sobre los etnotextos; pero la obra no cumple las promesas del subtítulo.

Peneff, J. (1990), *La Méthode biographique*, París, Armand Colin, 144 pp.

El autor apenas puede disimular una cierta aversión por el método biográfico. Llevado por su espíritu crítico, comete burdos errores de juicio, sobre todo en lo referente a la historia oral.

Heinritz, C., y A. Rammstedt (1991), «L'approche biographique en France», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, XCI, pp. 330-370.

El artículo, redactado por dos colegas alemanes, pasa revista a los trabajos sociológicos de lengua francesa basados en el método biográfico. Tipologías pertinentes, bibliografía exhaustiva.

Battagliola, F., I. Bertaux-Wiame, M. Ferrand y F. Imbert (1991), *Dire sa vie: entre travail et famille. La construction sociale des trajectoires*, Centre de sociologie urbaine/IRESO, París; y de los mismos autores «À propos des biographies: regards croisés sur questionnaires et entretiens», *Population*, 2, 1993.

Las dos referencias esenciales para comparar cuestionarios biográficos estandarizados y relatos de vida. También hay numerosos ejemplos que muestran cómo las trayectorias de los miembros de una pareja se hallan en constante interacción.

Althabe G., D. Fabre y G. Lenclud, comps. (1992), *Vers une ethnologie du présent*, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, París.

Un conjunto de textos destinados a preparar a los etnólogos al estudio de ciertos aspectos de la sociedad francesa. Léanse en especial los textos de los tres compiladores del volumen y el de Martine Segalen.

Pineau, G. y J. L. Legrand (1993), *Les Histoires de vie*, PUF, col. «Que sais-je?», París.

Esta pequeña obra de cultura general se lee con facilidad y ocupa en un centenar de páginas un inmenso territorio, puesto que incluye la historia del género autobiográfico, ciertas reflexiones filosóficas sobre la vida y la autoformación, la estructura social de los itinerarios de vida y muchas otras cosas. El método de los relatos de vida queda reducido a su debida proporción.

Legrand, M. (1993), *L'Approche biographique: théorie, clinique*, Desclée de Brouwer, col. «Hommes et Perspectives», París, 301 pp.

Ensayo escrito por un profesor de psicología interesado en la sociología —línea Bourdieu— que trata de compaginar lo psíquico y lo social.

Más que de un manual, se trata de una investigación en curso, rica en reflexiones personales, pero finalmente orientada hacia la clínica.

Demazière, D., y C. Dubar (1997), *Analyser les entretiens biographiques*, Nathan.

El cuerpo de la obra está constituido por entrevistas de jóvenes poco avezados en la búsqueda de empleo en diversas regiones de Francia. Muchas de esas entrevistas se ofrecen *in extenso* y se analizan minuciosamente. La originalidad de la obra se cifra en la aplicación a las entrevistas de una técnica de análisis inspirada en trabajos lingüísticos y semióticos.

Obras relacionadas

Schwartz, O. (1990), *Le Monde privé des ouvriers: hommes et femmes du Nord*, PUF, París, 544 pp.

Aunque el autor no ha recurrido a los relatos de vida en cuanto tales, su investigación constituye un modelo de indagación etnosociológica.

Catani, M. y S. Mazé (1982), *Tante Suzanne. Une histoire de vie sociale*, Librairie des Méridiens, París.

Obra ambiciosa, puesto que se trata de reconstruir el sistema de valores característico del modelo cultural francés (en cualquier caso el de las clases populares de origen rural) a través de un solo caso. El investigador M. Catani publica la transcripción íntegra de las seis entrevistas que constituyen la historia de vida social de Suzanne Mazé. En estas entrevistas descubre recurrencias inesperadas y analiza minuciosamente sus significados.

Gaulejac, V. de (1987), *La Névrose de classe*, Hommes et Groupes, París, 306 pp.

Reflexión profunda sobre la compaginación de fenómenos psíquicos y fenómenos sociales, psicoanálisis y sociología de la movilidad social. La «neurosis de clase» es la que acompaña a los itinerarios de vida que se caracterizan por un gran ascenso social. Se analizan muchos tipos de materiales, entre ellos los relatos de vida.

Bourdieu, P., comp. (1999), *La Misère du monde* (hay trad. cast.: *La miseria del mundo*, Tres Cantos, Akal).

Además de Bourdieu, han participado en la encuesta veintitrés de sus colegas. La obra se centra en las vivencias de miembros de las clases populares y pequeñoburguesas, y trata de hacer que se oiga en el espacio público «un sufrimiento cuya verdad se cuenta, aquí, por quienes la vi-

ven»: el término de verdad aplicado por una vez a las entrevistas —aunque sólo atañe a la expresión de un sufrimiento— denota un cambio de actitud epistemológica en Bourdieu. La transcripción de las cincuenta y tantas entrevistas se ofrece *in extenso*. Cada entrevista va precedida (!) o seguida de un comentario sociológico.

Referencias bibliográficas complementarias

Attias-Donfut, C. (1991), *Génération et âges de la vie*, PUF, col. «Que sais-je?», París.

Beaud, S. (1996), «L'usage de l'entretien en sciences sociales. Plaidoyer pour "l'entretien ethnographique"», *Politix*, n.º 35.

Benguigui, G., F. Orlic y A. Chauvenet (1994), *Le Monde des surveillants de prison*, PUF, París.

Bertaux, D. (1977), *Destins personnels et structure de classe*, PUF, París.

— (1979), «Écrire la sociologie», *Information sur les Sciences Sociales*, 19 (1), pp. 7-25.

— (1985), *La Mobilité sociale*, Hatier, París.

— (1986), «Fonctions diverses des récits de vie dans le processus de recherche», en D. Desmarais y P. Grell, eds., *Récits de vie. Théorie, méthode et trajectoires types*, Éditions SaintMartin, Montreal, 180 p.

— (1992), «Familles et mobilité sociale. La méthode des généalogies sociales commentées et comparées», en Nunes de Almeida *et al.*, dirs., *Familles et contextes sociaux. Les espaces et les temps de la diversité*, Lisboa, ISCTE, Montreal, pp. 297-231.

— (1993), «La maîtrise de la production anthropométrique comme enjeu de la modernité», en M. Audet y H. Bouchiki, dirs., *Structuration du social et modernité avancée. Autour des travaux d'Anthony Giddens*, Presses de l'Université de Laval, Quebec.

— (1994), «Les transmissions en situation extrême. Familles expropriées pour la révolution d'Octobre», *Communications*, n.º 59.

Bertaux, D., y I. Bertaux-Wiame (1988), «Le patrimoine et sa lignée: transmissions et mobilité sociale sur cinq générations», *Life Stories/Récits de vie*, 4.

Bertaux, D., B. Le Wita y D. Linhart (1988), «Mai 1968 et la formation de générations politiques en France», *Le Mouvement Social*, n.º 143.

Bertaux, D., y P. Thompson (1997), *Pathways to Social Class. A Qualitative Approach to Social Mobility*, Clarendon Press, Oxford.

Bertaux-Wiame, I. (1978), *L'Apprentissage en boulangerie dans les années 20 et 30. Une enquête d'histoire orale*, Informe del CORDES.

- (1980), «Une application de l'approche autobiographique. Les migrants provinciaux dans le Paris des années vingt», *Ethnologie Française*, X, 2.
- (1982a), «L'installation dans la boulangerie artisanale», *Sociologie du Travail*, 1.
- (1982b), «Récits de vie, itinéraires professionnels, trajectoires sociales: la boulangerie artisanale», en coloquio de Dourdan, *L'Emploi. Enjeux économiques et sociaux*, París, Maspero, pp. 285-296.
- (1992), «Analyse du récit de vie et paradigme indiciare», en C. Leomant, dir., *L'Histoire de vie*, Centre de Recherches Interdisciplinaires de Vaucresson.
- Blanchet, A., y A. Gotman (1992), *L'Enquête et ses méthodes: l'entretien*, Nathan, col. «128», París, 125 p.
- Bloch, F., y M. Buisson (1991), «Du don à la dette: la construction du lien social familial», *Revue du MAUSS*, 11, pp. 54-71.
- (1994), «La circulation du don», *Communications*, n.º 59.
- Bourdieu, P. (1986), «L'illusion biographique», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n.ºs 62-63.
- Camargo, A. (1981), «The Actor and the System: Trajectory of the Brazilian Political Elites», en D. Bertaux, éd., *Biography and Society*, Sage, Londres.
- Campagnac, E. (1982), «Division du travail, trajectoires socioprofessionnelles et modes de vie: les ouvriers d'Usinor-Dunkerque», en coloquio de Dourdan, *L'Emploi. Enjeux économiques et sociaux*, Maspero, París, pp. 297-312.
- Castel, R. (1995), *Les Métamorphoses de la question sociale*, Fayard, París.
- Corcuff, P. (1995), *Les Nouvelles Sociologies*, Nathan, col. «128», París.
- Coulon, A. (1992), *L'École de Chicago*, PUF, col. «Que sais-je?», París.
- Courgeau, D. y É. Lelievre (1990), «L'approche biographique en démographie», *Revue Française de Sociologie* XXXI-1.
- Delcroix, C. (1990), «À la recherche des pères défaillants», *Le Groupe familial*, 126, enero-marzo, pp. 20-25.
- (1995), «Des récits de vie croisés aux histoires de familles», *Current Sociology/La Sociologie contemporaine*, vol. 43, otoño.
- Delcroix, C., y M. Da Cunha (1991), *Pertinence du territoire et de la fonction d'une police de proximité*, Institut des Hautes Études de la Sécurité Intérieure, París.
- Delcroix, C., C. Beski, Z. Radja Mathieu y S. Bertaux (1996), *Médiatrices dans les quartiers fragilisés: le lien*, La Documentation française, París.
- Diederich, N. (1990), *Les Naufragés de l'intelligence*, Syros, París.
- Dubar, C. (1991), *La Socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*, A. Colin, 2.ª edición, París, 1995.

- Dubet, F. (1994), *Sociologie de l'expérience*, Seuil, París.
- Dubet F., y D. Martuccelli (1996), *À l'école. Sociologie de l'expérience scolaire*, Seuil, París.
- Erikson Erik, H. (1963), *Enfance et société*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel.
- Fabre, D. (1992), «L'ethnologue et ses sources», en G. Althabe, D. Fabre y G. Lenclub, dirs., *Vers une ethnologie du présent*, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, París.
- Geertz, C. (1986), *Savoir local, savoir global: les lieux du savoir*, PUF, París.
- Gerritsen, D. (1987), «Limites de l'indépendance et mythe de l'autonomie. Bate-liers et chauffeurs de taxi», *Annales de Vaucresson*, 26, pp. 231-242.
- Glaser, B. G., y A. L. Strauss (1967), *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, Aldine, Chicago, 281 pp.
- Grell, P., y A. Wéry (1993), *Héros obscurs de la précarité: récits de pratiques et stratégies de connaissance*, L'Harmattan, París.
- Guyaux, A., y C. Delcroix (1992), *Double mixte. La rencontre de deux cultures dans le mariage*, Contradictions, Bruxelles, L'Harmattan, París.
- Kaufmann, J.-C. (1996), *L'Entretien compréhensif*, Nathan, col. «128», París.
- Lapassade, G. (1991), *Ethnosociologie*, Klincksieck, París.
- Laplantine, F. (1996), *La Description ethnographique*, Nathan, col. «128», París.
- Laurens, J.-P. (1992), *1 sur 500. La réussite scolaire en milieu populaire*, Presses universitaires du Mirail, Toulouse.
- Leclerc-Olive, M. (1997), *Le Dire de l'événement (biographique)*, Presses universitaires du Septentrion, Villeneuve d'Ascq.
- Leomant, C., dir. (1992), *L'Histoire de vie au risque de la recherche, de la formation et de la thérapie*, Centre de Recherches Interdisciplinaires de Vaucresson.
- Lindesmith, A. (1949), *Opiate Addiction*, Indiana University Press, Bloomington.
- Linhart, R. (1981), *L'Établi*, Éditions de Minuit, París.
- Mauger, G. (1991), «Enquêter en milieu populaire», *Genèses*, 6, diciembre, pp. 125-143.
- Mills, C. W. (1967), *L'Imagination sociologique*, Maspero, París.
- Monjardet, D. (1996), *Ce que fait la police. Sociologie de l'ordre public*, La Découverte, París.
- Nicole-Drancourt, C. (1991), *Le Labyrinthe de l'insertion*, La Documentation française, París, 408 pp.
- (1994), «Mesurer l'insertion professionnelle», *Revue Française de Sociologie*, XXXV, pp. 37-68.
- Pinçon, M., y M. Pinçon-Charlot (1997), *Voyage en grande bourgeoisie. Journal d'enquête*, P.U.F., París.
- Pineau, G., y G. Jobert (1989), *Histoires de vie*, L'Harmattan, París, 2 tomos.

- Ricœur, P. (1983-1985), *Temps et récit*, Seuil, París, 3 tomos.
 — (1986), *Du texte à l'action*, Seuil, París.
 Roos, J.-P. (1987), «From farm to office: Family, Self-Confidence and the new Middle-Class», *Life Stories/Récits de vie*, n.º 3.
 — (1994), «True life revisited. Autobiography and Referentiality after the "posts"», *Auto/Biography*, n.º 3.
 Schütz, A. (1987), *Le Chercheur et le Quotidien*, Méridiens Klincksieck, París.
 Schütze, F. (1983), «Biographieforschung und Narrative Interviews», *Neue Praxis*, 3, pp. 283-293.
 Schwartz, O. (1993), «L'empirisme irréductible», postfacio a la edición francesa de Anderson Nels, *Le Hobo*, Nathan, París, pp. 265-308.
 Sève, L. (1969), *Marxisme et théorie de la personnalité*, Éditions sociales, París.
 Singly, F. de (1992), *L'Enquête et ses méthodes: le questionnaire*, Nathan, col. «128», París.
 — (1996), *Le Soi, le Couple et la Famille*, Nathan, París.
 Strauss, A. (1995), *La Trame de la négociation*, L'Harmattan, París.
 Terrail, J.-P. (1990), *Destins ouvriers, la fin d'une classe?*, PUF, París.
 — (1995), *La Dynamique des générations. Activité individuelle et changement social 1968-1993*, L'Harmattan, París.
 Thompson, P. (1980), «Des récits de vie à l'analyse du changement social», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 69, pp. 249-268.
 — (1988), *The Voice of the Past: Oral History*, Oxford University Press, Oxford.

Números especiales de revista

- (1980) *Cahiers Internationaux de Sociologie*, LXIX-2, «Récits de vie».
 (1987) *Annales de Vaucresson*, 26, «Histoires de vies —histoires de familles— trajectoires sociales».
 (1988) *Sociétés*, «Histoires de vie».
 (1995) *Current Sociology/La Sociologie Contemporaine*, «The Biographical Method/La méthode biographique».

Siglas utilizadas en la obra

ANPE: Agencia Nacional de Empleo
 CGT: Confederación Nacional del Trabajo

- CNRS: Centre National de la Recherche Scientifique – Centro Nacional de Investigación Científica
 CORDES: Comité d'Organisation des Recherches Appliquées sur le Développement Économique et Social. – Comité de Organización de Investigaciones Aplicadas al Desarrollo Económico y Social
 INED: Institut National d'Études Démographiques – Instituto Nacional de Estudios Demográficos
 IRESO: Institut de Recherche sur les Sociétés Contemporaines – Instituto de Investigación sobre las Sociedades Contemporáneas